

LOS HERMANOS DE LA COSTA

Piratería libertaria en el Caribe

Bernardo Fuster



Distribuidora Peligrosidad Social

distribuidorapeligrosidadsocial.wordpress.com
distribuidorapeligrosidadsocial@riseup.net

¡Copia y difunde!

Prólogo a la Edición pirata de 2014

A inicios de 2014 se editó el nº 4 de la revista anarquista gallega *Abordaxe*, que contenía en su seno un artículo sobre la piratería del siglo XVII y XVIII desde una perspectiva libertaria. En él nos enteramos de que el autor de este libro, del que habíamos oído grandes críticas, Bernardo Fuster, era un célebre partícipe en la nefasta Sociedad General de Autores y Editores, esa misma que en 2010 emprendió acciones legales contra la CNT y el portal anarquista *alabarricadas.org*¹ por criticar su usura, métodos coercitivos y abusos deshonestos con el pretexto de la propiedad intelectual, y que les valieron pagar unas multas que bien podían haber sido usadas para mejores fines. Mientras su querida asociación está dañando la labor política anarquista de dos importantes referentes, Fuster, compositor y miembro del alternativo grupo de rock folk *Suburbano*, en la SGAE desde 1978, con su libro sobre la piratería libertaria recién sacado, lo presenta en el mes de abril el Ateneo Libertario La Idea de CGT², dato que tampoco parece importarles demasiado a los miembros de dicho sindicato. Tras el proceso de remodelación de la SGAE en 2011, posterior a la detención de nueve de sus miembros, entre ellos el ignominioso director de esta “época dura”, Teddy Bautista, acusados de malversación de fondos, pasa a formar parte de la Junta Directiva del Colegio de Obras Audiovisuales, una de las subdivisiones de la SGAE³.

Del mismo modo que no nos gustaría que dentro de 300 años un grupo de chupópteros se lucrara económicamente escribiendo libros sobre nuestras prácticas asamblearias de apoyo mutuo en los barrios y espacios sociales, nuestra sociedad marginal de okupas recicladores y mangantes y/o nuestros pueblos rurales agrarios autogestionados y demás experiencias antagonistas, o de nuestras acciones contra el sistema, consideramos que a muchos de los piratas de la Cofradía que se opusieron en todo momento contra el sistema y sus intentos de recuperarlos, que no fueron pocos, no les haría ninguna gracia la existencia de alguien como Fuster, y verían bien este plagio en toda regla, aunque quizá unos cuantos nos dirían que nos dejásemos de libritos y palabrería y nos pusiéremos a asaltar como es debido. Por lo pronto, lo que podemos hacer es en convertir en fanzine este libro para favorecer la difusión de las interesantes experiencias que aquí se cuentan y configurar un poco más nuestros referentes anarquistas históricos anteriores al siglo XIX. Un ejemplo más de que la anarquía excede los límites del propio ámbito anarquista.

Distribuidora Peligrosidad Social. Puerto del Manzanares, Madrid. Mayo de 2014.

¹ <http://www.alabarricadas.org/sgae/> El portal tuvo que pagar 12000, además de los más de 50000 que la Asociación de Internautas sufragó por hacer *putasgae.org*, en cuya solidaridad el portal vertió las críticas que le valieron la denuncia.

² <http://www.rojoynegro.info/evento/maquetacion/22-abril-madrid-ateneo-la-idea%C2%A0-pirateria-libertaria-el-caribe-los-hermanos-la-co>

³ <http://www.elconfidencial.com/cultura/2011/socios-respaldan-gestion-actual-eligen-continuidad-20110701-80854.html>

PRÓLOGO

Si digo que mi acercamiento a la Cofradía de Los Hermanos de la Costa fue gracias a la música, quizá más de uno se sorprenda. Voy a explicarlo.

Confieso que llevo más de 25 años viviendo para hacer música, disfrutando de ella y dejándome llevar por ella con la seguridad, comprobada hasta el momento, de que sea cual fuere el futuro que me depare la vida, siempre será justo, pues en estos 25 años he recibido mucho más de la música de lo que pude soñar cuando empecé a tener relación directa con ella.

Afortunadamente mi pasión por esta disciplina ha compartido espacio y tiempo con otras varias pasiones. Una de ellas ha sido el afán por conocer y profundizar en todas las manifestaciones libertarias que se han dado a lo largo de la historia. Buscarlas, conocerlas, leer todo lo que caía en mis manos y en última instancia, acabar identificándome con ellas desde la distancia.

A través de la literatura y los libros de historia, me he sentido mecido por los impulsos de las distintas revoluciones y movimientos que han reivindicado la libertad a lo largo de los tiempos.

Fue precisamente leyendo sobre estos temas que un día, ya lejano, cayó en mis manos un libro de J. Y F. Gall llamado *El ensayo anarquista de los Hermanos de la Costa*, cuya lectura me abrió la puerta a la necesidad de conocer más y más sobre esta sociedad libertaria que se creó en el Caribe a principios del siglo XVII.

Cuando un tema me atrae, reconozco que me vuelvo obsesivo y tengo la necesidad de acaparar toda la información posible. En ese estado de excitación, buscando textos de esa Cofradía, me encontré de pronto con un dato que me dio nuevos ánimos para la investigación sobre esta sociedad libertaria: la importancia que le daban a la música.

La primera sociedad anarquista de la historia daba a los músicos un papel tan digno e importante que me sentí doblemente identificado con ellos. Luego vino el estudio y los matices. Los datos eran definitivos: en los barcos de la Cofradía de los Hermanos de la Costa iban muchos músicos para animar a los tripulantes en los momentos bajos. Cobraban un sueldo superior a la mayor parte de la tripulación y eran tratados con deferencia y respeto. En las tabernas de Port Royal y de Isla Tortuga, lugares de reunión de la Cofradía, había siempre un grupo de músicos que tocaban canciones populares y recreaban las aventuras vividas en sus travesías. Su presencia era obligada, como obligado era que estos músicos tocasen danzas y melodías de los distintos lugares de procedencia de los filibusteros. Allí se produjo el primer mestizaje musical.

Bretones junto a centroeuropeos, españoles con portugueses y africanos crearon la primera música mestiza. Todo esto me empujó a querer saber más sobre esa sociedad que le daba al ocio y al placer un lugar privilegiado en su historia.

Este libro no es imparcial porque no se puede ser imparcial con la historia. Es apasionado. No es un trabajo histórico porque en el tema de los piratas libertarios son pocos los documentos que existen y muchas las leyendas. Intenta ser lógico y fiel a las ideas, más que a los datos. En definitiva, es la conclusión que he sacado después de más de quince años leyendo sobre el tema.

Debo aclarar antes dos cosas: no se debe confundir la piratería a lo largo de la historia con lo que fue la Cofradía de los Hermanos de la Costa. La piratería y en concreto la que se daba en el Caribe es la antesala y el impulso de un naciente capitalismo. Los corsarios ingleses y holandeses fueron los que pusieron la alfombra al nacimiento del futuro capitalismo que germinó en las colonias. Me declaro contrario a la piratería y a los piratas clásicos, es decir, a los corsarios, que es tanto como rechazar a todos los piratas, pero no puedo decir lo mismo del os filibusteros, de la Cofradía de los Hermanos de la Costa. Su lema “ni patria, ni Dios, ni rey” deja bien claros sus principios ideológicos, totalmente alejados de los que enarbolaron los corsarios y otros piratas posteriores. Si los corsarios y piratas del Caribe son el origen del capitalismo, los filibusteros de la Cofradía son el origen o germen del anarquismo.

No he defendido nunca la piratería clásica, porque en el fondo ha sido siempre una forma de hacer la guerra sucia por parte de las monarquías. Pero no la piratería de la Cofradía, que fue libertaria e independiente aunque sólo durase sesenta años.

Rechazo la violencia tal y como se dio en aquellos mares y tierras, pero siempre que se condene por igual la de todos, los llamados buenos y los malos. Todos fueron igual de asesinos y desde esas “tablas” escribo este libro. Colón se comportó como Drake, Menéndez de Avilés como el Olonés, Morgan y Pizarro eran de la misma madera, asaltaron y robaron con la misma vehemencia y con una asombrosa similitud en sus actos y por ende, no existía ninguna diferencia entre los reyes de España, Francia o Inglaterra. Todos fueron historia o escoria, me da igual, pero todos fueron lo mismo: individuos que en un momento deciden buscar la riqueza y el poder. Sólo se diferencian en sus orígenes, en cómo y por qué llegaron hasta allí, y eso es lo que pretendo contar en estas páginas.

Hace unos años me pidieron que escribiera algo sobre mi visión de la piratería libertaria caribeña. Se trataba de prologar un CD musical que hice con Luis Mendo y la gente del grupo Suburbano. Al final, este texto no salió publicado. Quiero reproducirlo aquí a modo de introducción de este libro, de este viaje hacia la que sería la primera sociedad anarquista de la historia.

El barco comienza a soltar amarras. Estamos en el puerto de la imaginación dispuestos a adentrarnos a través de los tiempos en el mar de las sombras.

Siglos atrás nos están esperando unos hombres que desde la cubierta de la locura ocuparon el lado oculto de la historia para llenarla de proyectos, silencios, misterios, horror y sueños: los piratas libertarios de la Cofradía de los Hermanos de la Costa.

Vamos a emprender un viaje hacia el Trópico, un lugar donde todo sigue siendo posible.

En el horizonte podemos divisar las Antillas, Cuba, La Española... unas islas que se encuadran en una región mal administrada, donde la autoridad es débil, está corrompida y vive lejos de la metrópolis y por lo tanto, lejos de leyes y policías que sirven y protegen a unos reyes que buscan el oro a cualquier precio. Un lugar donde la historia oficial, la conocida, aunque no por ello la única, se teje con el hilo de las conspiraciones y los intereses intentando ocultar la otra historia, la de las sombras.

Viajamos a través del tiempo hacia el mar de las sobras, de los reflejos, para encontrarnos con destellos brillantes de rebeldía, de enajenación, de utopías, reflejos a veces macabros, pero tan reales como el peso de los cientos de tomos escritos al dictado de los poderosos por los cronistas de turno.

En el Caribe, en 1640, detrás de cada sombra hay un pirata, un filibustero, un individuo que aunque conocemos poco de él, sabemos que está allí. Y cuando ese individuo decide renegar de una sociedad impuesta, injusta e insolidaria, aunque no le veamos directamente, a través de su bandera percibimos el exilio más absoluto.

Un exilio que va más allá de cualquier país: es la ausencia total de patria. El pirata al que vamos entrevistando, ha decidido exiliarse de una sociedad que rechaza, sin la menor intención de hacer historia. Prefiere seguir siendo sombra, por eso no suele dejar nada escrito a excepción del rastro de sus actos, siempre contados, salvo honrosas excepciones, por sus enemigos. Él mismo se ha encargado de borrar el texto original, saboteándolo con la confusión premeditada y tiñéndolo con el color de las leyendas para poder continuar su "carrera" en libertad y dentro del más absoluto silencio.

Quien se proponga descifrar lo que los piratas pensaban de sí mismos, tendrá que zambullirse en el intrincado mundo de las sombras. Datos sueltos, reflejos, tan solo apuntes recubiertos de literatura y poco más. La literatura ha sido tan importante para el mundo de los piratas del Caribe, que relatos nacidos en la imaginación de Daniel Defoe y plasmados en su Historia de la Piratería han sido tratados como verídicos por algunos historiadores.

Entre sombras y luces, podemos ver cómo algunos de estos piratas de la Cofradía cumplían las leyes de la anarquía; otros se podía definir como socialistas salvajes y un tercer grupo estaría formado por los nihilistas desesperados, pero todos unidos por un denominador común: su reeldía. La rebeldía de un corazón desolado que no espera nada, pues ni tan siquiera tienen la vanidad de dar sentido a su muerte. Viven con ella, la utilizan y se ríen de ella.

Es una rebeldía hecha a partes iguales entre la aversión y el deseo, es decir, entre el pasado y el porvenir ya que el pirata libertario no sólo se decide a sacudir el tablero en el que mueven ficha los poderosos del mundo, sino que a través de sus normas de conducta pretende crear las nuevas reglas del juego.

Toda rebeldía tiene una cierta dosis de venganza. Está marcada por el pasado. Montbars se hace pirata para vengar las atrocidades de los españoles con los indígenas, o al menos eso dice él. Stede Bonnet, para vengarse de sus compatriotas ingleses que se dedicaban a la trata de esclavos y el Olonés, tras ser apaleado por su señor, hasta el punto de ser dado por muerto por sus compañeros. Una vez recuperado de las graves heridas, con la ayuda de varios perros que le hacen compañía y comparten la comida con él, acogiéndole en su manada, buscar a su opresor y le corta la cabeza. Es el principio de su sanguinaria carrera. Será el pirata más cruel del Caribe. Tres ejemplos de rebeldía engendrados por la venganza.

Pero no se trata de un rebeldía aislada. Los perros de la marca, como les llamaban los españoles, se unen trecientos años antes de que Bakuin y Marx llamasen a la unión de los parias del mundo para ofrecernos, desde su feudo cerrado de marginación desolada, un modelo de comunidad que las sociedades más modernas y avanzadas han copiado en alguno de sus puntos (véase, sin ir más lejos, las normas de conducta y la “chaise partie” de la Cofradía). Son un colectivo con un código y una ideología común. El pirata Bellamy, en uno de los pocos textos que se conservan, le dice al capitán de un barco al que acaban de asaltar: “¡Condenado te veas! Eres un perro servil como todos los que aceptan ser gobernados por las leyes que los ricos han hecho para su propia seguridad, pues esos cobardes no tienen el coraje de defender de otro modo lo que han ganado con sus bellaquerías. Pero

condenados os veáis todos: ellos, como un atajo de astutos bribones y vosotros que los servís, como un pedazo de carne con ojos y corazón de gallina. Esos canallas os vilipendian, siendo así que entre ellos y nosotros no hay más que una diferencia: ellos roban a los pobres amparándose en la ley, sola protección de nuestro coraje. ¿No haríais mejor pasándoos a nuestro lado en vez de rebajaros tras esos malvados por un empleo?”

Alzarse por encima de las leyes en respuesta a la ofensa que las leyes les han hecho. Así se comporta el pirata libertario cuando reivindica su utopía. Pero toda utopía encierra en sí misma el cáncer que la destruye: por un lado las “normas” sociales que rigen su convivencia se convierten en dogmas y sabido es que los dogmas tienen como último fin, ser desobedecidos. Es ley de vida. Por otro lado, se convierte en enemigo irreconciliable a todo aquél que no está a su lado, dando entrada a la faceta más macabra y cruel del comportamiento de estos piratas: el terror libertario frente al terror oficial.

En esta cruenta batalla el resultado está decidido de antemano, pues el poderoso siempre es más cruel: su terror está protegido por la ley.

La mayoría de estos piratas mueren en la batalla o en el patíbulo, defendiendo su visión del mundo. Unos pocos, como es el caso de Morgan, traicionan su causa y se pasan al enemigo para perseguir a sus antiguos hermanos, demostrando que el camino más corto entre dos personas es el que separa al ladrón del que le persigue. Otros como Pierre Le Grande regresan a su país de origen para disfrutar del botín obtenido. Lorencillo, el pirata honorable y caballeroso, acabará fundando la ciudad de Biloxi, y Nueva Orleans junto al señor de Iberville, y por último, los más, acabarán sumidos en la pobreza más absoluta, muriendo en cualquier puerto o taberna olvidados de todos.

Sobre cómo, de entre un mundo de avaricia, genocidio, terror, mercenarios y piratas sicarios surgió esta sociedad, cuáles eran sus normas y su vida cotidiana, así como la vida de sus más populares miembros, trata lo que voy a contar a continuación.



LOS ORÍGENES

Alejandro Magno interroga a un pirata antes de colgarlo: ¿"por qué eres pirata" – le pregunta. "Porque tengo un barco – responde -, si tuviera cien sería almirante".

"Existen tres tipos de hombres, los vivos, los muertos y los hombres de la mar"
Proverbio griego.

1.1. Colón, el discípulo de Cotelen.

En 1491 alguien escribió "El oro es lo más importante. Quien lo tiene hace todo lo que quiere en el mundo, incluso alzar las almas hasta el paraíso..."

El que sentenció de esta manera no fue un monarca sincerándose con alguno de sus súbditos, aunque podría haberlo sido. Tampoco un cardenal con aspiraciones al Papado y dispuesto a comprar a todo el cónclave como hizo unos años antes Rodrigo Borgia para ser elegido Papa con el nombre de Alejandro VI. Tampoco fue alguien relacionado con el pensador Maquiavelo, ni pertenecía a ninguna escuela filosófica.

Fue un marino de familia marinera y tradición corsaria llamado Cristóbal Colón.

¿Qué es un corsario? Un marino que navega con patente de corso, es decir, que tiene esa autorización que se daba a los particulares para armar naves en apoyo del rey o del gobernante de turno, frente a sus enemigos. Esta práctica que se daba desde la Edad Media se acrecentó en España durante el reinado de los Reyes Católicos.

El corso no era sólo un apoyo a la marina real, una forma de engrosar sus filas con personal civil, era también y sobre todo un fructífero negocio para el corsario y para la corona que recibía un quinto (el quinto Real) de lo capturado. Como dato, digamos que entre 1422 y 1429 la corona de Aragón obtuvo 11768 sueldos por este concepto.

Cristóbal Colón trabajó como corsario para el conde de Provenza, René D'Anjou entre 1467 y 1470 y más tarde protegiendo los convoyes que cubrían la ruta entre Génova y Flandes, pero antes y según cuentan varios historiadores parece ser que realizó repetidas incursiones en la mar como pirata al lado de Vincenzo Colombo y del bretón Jean Cotelen, con el que navegó por los mares de Bretaña y por el mar del Norte. Cuando digo pirata, quiero diferenciarlo del corsario. Así, mientras el segundo trabaja con autorización y a comisión, el pirata lo hace por su cuenta y riesgo, sin ningún

tipo de relación con poder alguno externo a su propio barco o tripulación. Todo corsario ha sido alguna vez pirata y viceversa.

El corso fue algo normal en España. Se puede afirmar que esta práctica está en el origen de la marina española. La armada gallega nació del corso, creada en el siglo XII por el Arzobispo de Santiago, Diego Gelmírez. En 1296 se crea la Hermandad de las Marismas, flota corsaria contra los enemigos de Bayona e Inglaterra. Corsarios castellanos, capitaneados por el almirante Fernán Sánchez Tovar penetraron con 20 navíos por el Támesis e incendiaron la ciudad de Gravesend, cerca de Londres. Los Reyes Católicos dieron innumerables patentes de corso contra los ingleses y turcos.

El que Colón fuera un corsario más, tan solo es sinónimo, en aquellos días, de que era un buen marino.

Pero hemos dejado a Colón navegando con Cotelen. ¿Quién es Jean Cotelen? Permitamos que nos lo cuente Ángel Joaniquet en su libro *Nuestros Piratas*: “Jean Cotelen, un pirata bretón que vivió sus últimos años en Portugal, y pasó largas temporadas en las costas gallegas, enrolando en sus barcos a muchos marineros de esa zona, también tuvo contacto con marinos de la zona de Palos. Este bretón, de imaginación gaélica, aseguraba que había vueltos por el occidente del océano, tras naufragar en una isla al otro lado del mar”.

“Este pirata, - continúa Joaniquet - se emborrachó en presencia de un antiguo corsario mediterráneo, procedente de una Génova mallorquina, que se hizo llamar Cristóbal Coulombu. (...) en su delirio etílico explicó al joven su gran secreto marítimo (...) que había tierra al otro lado del Atlántico era un hecho conocido por los lobos de mar a finales del medioevo occidental, y que en aquellas tierras existían exuberantes riquezas, también.”

La existencia de unos mapas que trazaban la ruta hacia las Indias era algo de lo que se hablaba en tabernas y puertos, desde que un grupo de marinos mallorquines, a principios del siglo XV, afirmó haberlos visto. Lo que en principio pudo ser tomado como una historia de borrachos de taberna, ante la insistencia de muchos marinos de que existían esos mapas, puso en marcha la ambición del corsario Colón.

Desde que recibió esa información, se dedicó a buscar durante años entre los piratas bretones, vascos y andaluces los mapas y la información necesaria para poder hacer el ansiado viaje a las Indias Occidentales. Tras seguir varias pistas llega a la conclusión de que la mejor información la tenía un clan de piratas

gaditanos que durante casi un siglo demostraron por todos los mares su destreza en el arte del pirateo, aya fuese por libre o con patente de corso, al servicio del pagador de turno.

Joaniquet escribe: "... el clan de los Pinzón conocía esta revelación: la existencia de una tierra al oeste rica en plata. Y es posible que de una forma clandestina realizaran, por su cuenta y riesgo, esta ruta para descubrir de dónde procedía la plata templaria, pues se llegaba a decir que precisamente fueron navegantes templarios los que habían estado allí tiempo atrás".

El viaje debía ser siempre secreto, pues de enterarse algún monarca, la tierra descubierta pasaría de inmediato a formar parte de la corona y sería expropiada toda la mercancía, así como castigados los navegantes. Colón encontró la forma de no verse expropiado de sus posibles descubrimientos: ofrecer de antemano al monarca que se interesase por su iniciativa la propiedad de esas tierras, reservándose una parte sustanciosa de lo conseguido tal y como hacían los corsarios. No en vano él lo era.

Una vez tiene toda la información en su poder, pone en práctica su plan. Lo primero es convencer a la corona.

Lo siguiente es conseguir la mejor tripulación posible. Colón pide, escondiendo su relación de amistad, que sean los hermanos Pinzón los que lo acompañen.

Antes de zarpar hubo que expedir la consabida "patente de corso", es decir, la autorización para poder hacer el viaje y dar a cambio la propiedad de lo descubierto, menos un porcentaje, al monarca de turno, y esta patente se plasmó de forma encubierta días antes en las "Capitulaciones de Santa Fe".

Las Capitulaciones son un contrario en el que se establece qué corresponde a cada uno de todo lo descubierto, encontrado o ganado en las tierras hacia las que va a dirigirse Colón. El apartado tercero de este contrato dice "Ítem que de todas e cualesquiera mercadurías, siquiera sean perlas, piedras preciosas, oro, plata, especerías e otras cualesquiera cosas... que se compraren, trocaren, ganaren e movieren dentro de los límites de dicho Almirantazgo, que dende agora Vuestras Altezas fazen merced a dicho don Cristóbal e quieren que haya e lieve para si la dezena parte de todo ello quitadas las costas..."

Claramente se dan todos los elementos de una travesía corsaria: Patente de corso, tripulación avezada en viajes clandestinos y avatares piráticos, un prometido reparto del botín, reconocimiento oficial y la bendición del Papa de

turno. Los Reyes Católicos estaban entonces, por cuestiones de convivencia, en contra del corso, aunque, en realidad, su oposición se centraba más bien en el corso ajeno.

Cuando Colón pisa tierra lo primero que hace, según escribe en su diario, es algo que harán cien años más tarde los piratas de la Cofradía de los Hermanos de la Costa: “Nada más llegar a las Antillas, en la primera isla que encontré, atrapé a unos nativos para imponer autoridad y para que me dieran información sobre lo que había en esos lugares.

Sin duda lo más importante para Colón es saber dónde está el oro. No olvidemos que los Reyes Católicos le han prometido un diez por ciento de todo lo que encuentre o consiga robar y él en una carta a los monarcas les promete “...cuanto oro necesiten y cuantos esclavos pidan”.

En su ansia por el dorado metal ordena a todos los indígenas mayores de catorce años que vayan a buscarlo allá donde esté. Al que lo trae se le pone un collar de bronce al cuello, considerándose que ha cumplido con su misión y así, cuando encuentran a un indígena sin collar se le acusa de rebelde y de desobediencia y como castigo se le cortan las manos hasta que se desangre.

Poco a poco consiguen un ejército de sumisos esclavos que pasan meses y meses buscando oro por cualquier parte, para salvar la vida. En los primeros años se llegó a producir un auténtico genocidio consecuencia del expolio, que luego fue justificado, cuando ya no se pudo ocultar, como el pago necesario para el progreso, en el caso de algunos historiadores, o para la salvación de las almas del pueblo indígena, según las instituciones religiosas.

Fue tal el furor de los primeros colonizadores por el oro, que los indígenas encontraron la forma de vengarse: cuando caía una expedición española en una emboscada o eran víctimas de alguna revuelta no sofocada, los nativos rebeldes les ataban y les hacían beber oro hirviendo hasta la muerte.

Mientras tanto, a miles de kilómetros de distancia, en España, el cinismo de los Reyes Católicos seguía tejiendo el tapiz de la historia con los hilos de la intriga. Mientras se negociaba el Tratado de Tordesillas, que consistía en un reparto de las tierras del nuevo mundo entre España y Portugal, los monarcas españoles enviaron bajo mano a un corsario llamado Iñigo de Artieta, al mando de la Armada de Vizcaya, para que se situase en el golfo de Cádiz y apresase a todo barco lusitano con el objeto de coaccionar y presionar al rey del país vecino durante la negociación del Tratado. Cuando la argucia militar quedó al descubierto y se hizo pública, los reyes españoles reprenden al

corsario de forma teatral y falsa, para, más tarde, una vez estampada la firma, premiar a Iñigo de Arteta con el ascenso a labores de mayor responsabilidad.

1.2. El testamento de Adán.

Un año después del descubrimiento de América, el Papa Alejandro VI, nacido en la localidad valenciana de Xàtiva, informado de lo que podía haber al otro lado del océano, concedió a los reinos de España y Portugal el monopolio de las tierras conocidas o por conocer. Alejandro fue un Papa con clara visión de Estado. No quiso tierras a cambio. Optó por el control ideológico de la zona. Toda tierra descubierta debería ser evangelizada. Se firmó el compromiso con el nombre de “Bula Inter Cetera”. En base a esta bula se trazó una línea divisoria que pasaba a cien leguas de las Azores y Cabo Verde. Esta división dejaba en inferioridad a Portugal frente a los Reyes Católicos por lo que, para solventar las tensiones, Juan II propuso revisar los límites de la demarcación, reuniéndose ambos monarcas junto al enviado de Roma en la ciudad de Tordesillas donde se firmó un nuevo acuerdo, al que ya nos hemos referido, en 1494, que trazó una nueva línea de demarcación pasando de 100 leguas al oeste de Cabo Verde a 370 leguas, ganando con ello Brasil para los portugueses.

No habrían de pasar más de veinte años para que el rey de Francia, Francisco I respondiera desafiante a la iglesia y a los monarcas peninsulares: “Si el sol brilla para mí como para los demás, me gustaría ver en qué punto del testamento de Adán se nos excluye de una parte del mundo.”

¿Qué ocurrió en esos años para que el monarca francés abriera las puertas a un enfrentamiento múltiple que duraría más de 200 años?”

En un principio, todo se limitó a un cúmulo de rumores acompañados de noticias que poco a poco fueron confirmando la existencia de un lugar en el que la plata estaba al alcance de la mano, y en el que corrían leyendas que hablaban de tierras donde la vegetación era tan generosa que se podía cultivar todo lo imaginable, cuando especie conocida, un lugar, en fin, habitado por unos indígenas que ponían al alcance de los visitantes joyas, perlas, tesoros... e historias increíbles sobre individuos que se embadurnaban en oro y palacios repletos de plata y piedras preciosas...

Noticias, en definitiva, que abrían la puerta hacia un paraíso inmensamente generoso y desconocido, capaz de hacer felices a unos reyes avariciosos, a un pueblo hambriento y a unos marinos ansiosos de aventura.

A este aluvión de fantasías mezcladas con realidades no firmadas, le fue a poner la guinda un armador francés del puerto de Dieppe, que tocado por la mano de la fortuna se convertirá de la noche a la mañana en un pirata envidiado. Su nombre es Jean Fleury (Juan Florín para los españoles) y su hazaña va a ocurrir pocos meses antes de que Francisco I pronuncie su provocadora sentencia.

Todo ocurrió en 1523. Florín estaba navegando por aguas americanas, en concreto en la Isla Tercera de Jamaica. Cortés acababa de saquear el palacio de Moctezuma. Tal y como lo cuenta Bernal en sus crónicas, Cortés se llevó joyas, oro, plata y el penacho y cetro del gobernante azteca. Envía a Carlos V el botín obetenido, pero como viene haciendo desde un principio, el conquistador miente al monarca al ocultarle que ha fletado dos navíos más en los que manda a su familia una parte de las riquezas robadas. El destinatario es su padre, que gracias a este fortunón enviado clandestinamente durante varios años, llega a ser uno de los mayores prestamistas de la Corona. Cortés puso al mando de esos navíos a dos avezados pilotos: Quiñónez y Ávila. Estos marinos parten de Veracruz y en vez de emprender viaje directo, como van por libre, hacen escala en la Isla Tercera de Jamaica, para gozar de una noche loca con las nativas, justo en la misma taberna en la que está Juan Florín. Allí se emborrachan y se les va la lengua, presumiendo de la carga que llevan a bordo. Quiñónez muere al amanecer de una puñalada que le da una prostituta y Ávila sigue el viaje en solitario. El pirata francés no puede más que bendecir la suerte del encuentro con estos dos miliarios borrachos y agradecer a la prostituta que redujera en un cincuenta por ciento a sus enemigos. Tras sacar los datos necesarios, sigue a Ávila y sus dos barcos y los asalta el 20 de diciembre de 1522 cerca del Cabo de San Vicente. Junto a los cuantiosísimos tesoros, entre los que se encuentra el famoso penacho de Moctezuma, Florín encuentra algo tan valioso o más si cabe, que todo el oro y la plata: consigue cantidad de planos marinos y terrestres de la zona rutas de navegación e información hasta entonces desconocida en Europa.

Florín, emocionado por la inesperada cuantía del botín y agradecido al rey Francisco I, le entregó incluso más de lo estipulado en su patente de corso. La fama de las riquezas se extendió por toda Francia y el rey permitió a Florín volver a atacar a los españoles. La insistencia le cuenta cara, al ser apresado por corsarios vascos, al mando de Martín Pérez de Irizar, que recibió a cambio un título nobiliario. La captura se produjo en las cercanías de las Islas Canarias. De allí fue trasladado a Cádiz, a pesar de que intentó comprar con

parte de su fortuna al corsario que le había capturado. Tras ser juzgado en la Casa de Contratación de Sevilla fue ahorcado en Colmenar de Arenas.

El ejemplo de Florín alimenta los rumores. Las noticias inconcretas, las leyendas y las presunciones pasan de golpe a ser realidades. Un escalofrío recorre palacios y tabernas. Ya no se trata de un sueño. Los mapas confirman todas las suposiciones. Se levanta la veda.

Desde ese año todos los buques españoles viajan protegidos por la Flota de Indias y están obligados a viajar agrupados. La Flota estaba constituida por la Armada de Barlovento, la Armada de los Vizcaínos y la Armada de Nuestra Señora de la Guía del Mar del Sur, ésta última creada por los gobernantes locales.

Los viajes con las mercancías saqueadas a los indígenas se realizan en marzo y septiembre y siempre escoltados por alguna de las Flotas.

Estas comitivas militares de custodia no hicieron más que reafirmar que lo que se estaba sacando de esas tierras conquistadas era de gran valor y que además, por la frecuencia con que salían, había mucho. Había para todos.

Estamos ante el mayor negocio del mundo conocido hasta entonces y también ante el inicio de una época nueva para la historia de la piratería.

De la noche a la mañana, Europa está en condiciones de afirmar que los sueños étlicos que un día desveló el viejo pirata bretón Cotelen a su lugarteniente Cristóbal Colón acerca de lo que podía haber al otro lado del océano, es ya una realidad que encierra en sus entrañas la mayor de las fortunas inimaginables.

1.3 Se arman los primeros corsarios.

Francisco I no tiene barcos, pero en los muelles de Francia los hay a decenas. No sólo barcos, además hay grandes marinos conocedores de las aguas atlánticas y expertos en asaltos, abordajes y saqueos. Hay piratas curtidos en mil combates.

El rey decide dar bandera, apoyo económico, protección y reconocimiento a todo marino que salga a la captura de barcos españoles, a cambio de una parte del botín.

El robo y el saqueo siempre se vuelven legales cuando se hace al servicio del rey de turno.

El primer gran corsario que consigue éxito en el Caribe es, como acabamos de ver, Juan Florín.

La mayoría nunca regresará a casa. La excusa que ponen los instigadores de ese éxodo es que se han quedado allí atrapados por las bonanzas de un mundo paradisíaco o siguen persiguiendo el sueño de un enriquecimiento rápido tras un asalto afortunado. Se trata de no desmoralizar a los que están dispuestos a dar el salto hacia el otro lado del océano, pero la realidad es muy distinta. Los que no regresan o no mandan ninguna noticia de sus vidas, probablemente hayan muerto en combate, o en naufragios, o sufran penas de cárcel o estén entre los miles de individuos que engrosaron el batallón de los esclavos. Las epidemias y las enfermedades desconocidas para los europeos harán el resto.

No son muchos los que consiguen el éxito perseguido y los que lo alcanzan, es decir, los que se salvan de la muerte o la esclavitud, tienen que seguir ganándose el sustento día a día, en barcos corsarios o trabajando en campos clandestinos, escondidos de los españoles.

No obstante, en 1537 las costas de Cuba, La Española, Honduras, Méjico o Panamá estaban pobladas por pequeños corsarios franceses a los que se les unieron los holandeses que venían de una larga guerra contra el imperio y estaban dispuestos a prolongar su larga lucha contra los españoles en su propia casa, hasta los últimos confines del mar. Es una forma más de continuar su lugar por la independencia, al tiempo que potenciaban el poder económico y mercantil de las compañías transoceánicas creadas por un capital privado que financiaba estas incursiones.

Son pequeños asaltos que a veces ni siquiera aparecen en los libros de historia, cientos de pequeños picotazos en el gran pastel del naciente imperio. Pero poco a poco, las arcas de Francisco I y Enrique II en Francia, de Enrique VIII en Inglaterra y de los comerciantes holandeses empiezan a notar el peso de los pequeños corsarios a costa del monarca español Carlos I y de su hijo Felipe II.

En 1544 Francisco I firmará una efímera paz con Carlos I. Es la llama Paz de Crepy que pone fin, de momento, al enfrentamiento entre los dos monarcas y trae consigo que Francisco I se comprometa a romper su alianza con los turcos y los erasmistas alemanas y apoye la lucha por la unidad de los cristianos. Pero, ¿qué pasaba con los corsarios franceses ante esa tregua? Prácticamente nada. Europa y los problemas religiosos que enfrentan a los monarcas están muy lejos, por lo que los corsarios siguen a lo suyo y en el

peor de los casos deciden montárselo por su cuenta aceptando la bandera y la patente de corso de otro país.

Comienza el caos. Empieza a degradarse el concepto de patria. Hay corsarios con varias banderas y varias “patentes” que sacan según sea el barco que tienen delante. Si el barco es francés, aunque ellos sean franceses, sacarán la bandera holandesa y la patente de ese país y asaltarán el barco. Ya no importa la bandera ni la patria, sólo el botín. Trabajan por libre y eso tiene un gran aliciente: no tienen que pagar el quinto real al país de origen. Las ganancias son íntegras para la tripulación.

Los holandeses acuñan un término para denominar esto: vrij buitree (navegante libre), que más tarde derivará en filibustero.

Los tiempos cambian rápido. Francisco I muere y le sucede su hijo Enrique II.

Si el padre se llevaba mal con los españoles, el hijo los odia profundamente, y no sin razón, ya que había sido secuestrado de pequeño por Carlos I y conducido a Madrid para forzar la Paz de Crepy.

El nuevo monarca galo, lo primero que hace es reanudar la guerra con España. Vuelve a apoyar a los corsarios de su país, pero éstos, aunque agradecen el detalle y estarán dispuestos siempre que lo crean conveniente a usar su carta francesa de corso, ya saben lo que es navegar a su aire bajo distintas banderas, aunque sean inventadas, ya saben que esas banderas, en el fondo valen poco y que el mejor estandarte es no tener ninguno, la libertad absoluta... una idea que comienza a hacerse un hueco a medida que el caos va moviendo sus fichas. Si estos navegantes, antes de embarcar hacia el Caribe, no creían demasiado en acuerdos y firmas efímeras entre monarcas, ahora aún creen menos.

Si en 1523, como ya hemos visto, aparece en escena Juan Florín y revoluciona el panorama, treinta años después están a punto de entrar en escena otros dos personajes clave para la historia de la piratería caribeña.

Estamos en 1553 y por los muelles de la ciudad de Reville pasea un personaje al que llaman “Pata de palo”. Su verdadero nombre es Francisco Lecler, y de él dice el monarca Enrique II que es “... audaz y valiente sin igual... siempre el primero en el abordaje haciendo perdido una pierna y uno de sus brazos... no dejando por ello su servicio...” y ese rey que le admira es el

que decide contar con él para llevar a cabo sus planes. La corona necesita dinero y en el Caribe hay más que suficiente, pero también hay mucho aficionado. Necesita un buen profesional, alguien que sepa de asaltos y océanos más que nadie y esa persona es Leclerc. El rey le da patente de corso y todo su apoyo personal.

La expedición se preparó entre Rouen y Dieppe, y estuvo formada por seis grandes navíos, cuatro pataches y mil hombres.

La jugada es casi perfecta, sólo hace falta alguien que vigile al ladrón, alguien que le controle y para ello decide poner a su lado a otro gran marino y pirata, pero en este caso se buscará un hugonote. Enrique II hila fino, Leclerc es cristiano y el enfrentamiento religioso está latiendo en Francia. Poner dos marinos bajo una misma bandera pero con el resquemor que da el pertenecer a creencias distintas, o lo que es peor en este caso, a visiones distintas de una misma creencia, es una jugada perfecta de control, o al menos eso cree él. El elegido es Jacobo de Sores, gran marino y demostrado pirata. Uno vigilará al otro y ante cualquier rencilla uno denunciará al otro. En definitiva, siempre saldrá ganando el rey.

Leclerc, el “Pata de palo” incendia Yaguana, ataca La Española y más tarde Puerto Rico para regresar tres años más tarde a Francia a entregar la parte del botín. A su llegada, el rey le da título nobiliario. La huella que deja es casi insignificante comparada con las “proezas” de su circunstancial acompañante, pues nada más llegar al Caribe, en contra de los planes del monarca, se separan, sin duda por esos enfrentamientos religiosos, tomando cada uno su camino.

Jacobo de Sores, como hugonote calvinista, fue víctima de la intolerancia católica que asolaba Europa. La “Contrarreforma” persigue a los que no piensan como ellos. Vio ejecutar a hermanos suyos por no aceptar la jerarquía del Papa, había conocido a los que, acusados de blasfemos, se les cortaba la lengua, a los quemados en la hoguera... y el odio acumulado contra los católicos se va a ver desahogado.

Entre las primeras proezas de Jacobo de Sores estuvo el ataque a Santiago de Cuba donde tomó como rehén al obispo, un tal Uranga.

Una característica de Sores es que allí donde va la toma con la iglesia, sus miembros y sus osesiones. Está dispuesto a vengar la persecución a la que se veían sometidos los hugonotes en Francia y arremete contra cualquier símbolo o individuo de la iglesia católica. El cenit de su odio lo demuestra durante el asalto a la ciudad de La Habana.

Llegó allí con 500 piratas, secuestró a los notables y pidió rescate. Por la noche, los asaltantes fueron atacados por algunos vecinos habaneros. Sores cayó herido. Encolerizado, decidió entrar en la catedral. Según cuentan las crónicas, la saquea, mancilla todo objeto sagrado y lanza insultos al Papa y a sus acólitos. Desde ese asalto quedó grabado en la memoria de la corona española que los piratas eran todo herejes y anticristianos.

Lo último que se sabe de Jacobo de Sores es que asaltó un convoy y asesinó a 38 jesuitas a los que culpó de una desgracia. No se sabe cuál o, al menos, ningún historiador la concreta.

No es casual que la gran mayoría de los futuros filibusteros fuesen protestantes. En el Caribe, y lo que acabamos de ver en la forma de comportarse de estos dos corsarios y piratas es sólo el prolegómenos, mientras uno asalta, fiel a su rey y éste le recompensa con un título, el otro aprovecha el poder que tiene para vengar su pasado en Europa. La venganza es desde ese momento un elemento clave para entender la piratería caribeña. La venganza y, por supuesto, relacionada con ella, el hecho religioso.

El historiador francés Michel Le Bris lo deja bien claro en sus escritos: “más allá de razones puramente económicas, en el fondo se trata de una guerra que enfrenta dos concepciones del mundo absolutamente opuestas: lo que el filibustero pilla, arrasa o incendia es ante todo lo que odia y denuncia como esencialmente opresor en la administración de los seres y del mundo.

La Inquisición, implantada en España, se traslada a América y el Caribe con una diferencia sustancial: mientras en Europa el pueblo acepta y sufre sumiso sus consecuencias, sus juicios y sus crímenes, en este nuevo mundo hay una fuerza rebelde y descontrolada que odia a esa iglesia y tiene la suficiente fuerza como para plantarle cara. Este rechazo religioso va a marcar toda la historia de la piratería caribeña.



1.4. Los Hugonotes y la Contrarreforma desembarcan en el Nuevo Mundo

Los protestantes, perseguidos y asediados en Francia, buscaron una salida hacia un lugar en el que se pudieran sentir más seguros. De alguna manera, un exilio dorado.

El paraíso existe y está en este mundo, o mejor dicho, en el Nuevo Mundo, dando comienzo una emigración permanente, en muchos casos en forma de huida.

Estos prófugos de la religión imperante deciden establecerse en pequeños grupos en las llamadas “islas inútiles”, esas islas que los españoles dejan sin colonizar o abandonan por considerarlas de escaso valor para la corona. Están fundamentalmente en el archipiélago de las Bahamas y en las Antillas. Son, entre otras, las islas de San Cristóbal o Saint Kitts, la isla de Nevis y otros pequeños asentamientos en lugares apartados de otras islas mayores.

La primera gran “evasión” organizada de hugonotes y aventureros se realizó en 1564, con Felipe II reinando en España y el católico Carlos IX en Francia.

El 18 de febrero de 1562 el capitán hugonote Jean Ribault zarpó desde el puerto de Dieppe con la intención de establecerse en la desembocadura del río Mayo en La Florida. Dos años más tarde el almirante Coligny mandó otra remesa de colonos hugonotes que se establecieron en la misma zona.

Felipe II no puede consentir que los herejes se establezcan en un territorio que por la Gracia de Dios pertenecía a España y recurrió a un personaje de pasado siniestro. Si el rey de España juró vengar lo ocurrido en la Habana ya ha encontrado el momento y las víctimas propicias.

El elegido para ello es el capitán Menéndez de Avilés, hasta entonces encargado de fortificar las plazas españolas, controlar los asentamientos militares y perseguir a los piratas, contrabandistas y prófugos.

Era el tipo más cruel de la zona, por lo tanto el ideal para llevar a cabo los planes de Felipe II. Menéndez de Avilés montó una armada con 19 buques y 1500 hombres y zarpando de Cádiz se dirige a la incipiente colonia francesa. Llega a la aldea del Río Mayo y extermina de la forma más brutal a los hugonotes. La saña con que se recrea con sus víctimas a las que tortura y descuartiza tal y como lo cuentan las crónicas del archivo de Simancas y sobre todo, tal y como queda grabado en la memoria de los pocos sobrevivientes,

marcará un hito en la historia del Caribe y en el nacimiento de un odio ya imposible de borrar entre los franceses que acabarán engrosando las filas del filibusterismo libertario. Menéndez abandonó el lugar dejando sobre los restos de los cadáveres un letrero: “Así trato yo, no a los franceses, sino a los herejes”. Felipe II felicita efusivamente al capitán español. La noticia de la masacre estremeció a la Europa de la Reforma al tiempo que deja indiferentes a las autoridades católicas francesas, que consideran el establecimiento de esa colonia como un desacato a la corona.

Para los españoles es una respuesta a Jacobo de Sores. La espiral de violencia religiosa está en marcha.

La noticia llegó a Francia y la venganza no se hizo esperar. Unos 180 marineros y aventureros hugonotes se unen en una expedición comandada por un tal Domenic de Gourges y marchan a La Florida en busca de los hombres que ha dejado Menéndez para custodiar la fortificación incautada a los franceses. Los encuentran desprevenidos y tras matar a la guarnición dejan otro cartel sobre sus cuerpos: “Así tratamos nosotros, no a los españoles, sino a los asesinos”.

Esta expedición nunca regresó a Francia. Se quedaron en la zona dispuestos a vivir sin patria, pues saben que si vuelven a casa serán perseguidos por los católicos, y sin otra ley que la libertad, pues ya no hay nadie a quien tengan que rendir cuentas.

Tenemos ya dos elementos clave para entender el nacimiento del filibusterismo libertario en el Caribe, por un lado los centenares de colonos hugonotes que viven en las islas “inútiles” y por otro lado los sobrevivientes y los vengadores de la matanza de Río Mayo.

Unos años más tarde, el 24 de agosto de 1572, por orden de Catalina de Médicis, fueron asesinados los hugonotes reunidos en París con motivo del matrimonio de Enrique de Navarra con Margarita Valois. La matanza en la capital se extiende por toda Francia. La huida, cruzando el océano, de muchos de los perseguidos, llenó de nuevos “habitantes” y colonos las islas antillanas y no sólo las islas deshabitadas por los españoles, pues la oleada llega también a las costas de La Española y a algunos rincones e islas de las costas cubanas.

A pesar de que las colonias están separadas por cientos de kilómetros en islas distantes y que estos “habitantes” no se conocen entre ellos en la gran mayoría de los casos, dos ideas les unen: por un lado el deseo de poder vivir en paz en una tierra nueva y con medios para todos, y por otro lado, el odio

hacia la iglesia que les ha intentado aniquilar y a sus representantes allí donde se encuentren. Y la corona española es la más fiel valedora de ese poder religioso en esta zona del mundo.

Ansias de libertad y resentimiento, dos elementos claves en el surgimiento de la piratería libertaria en el Caribe.

1.5. Los Países Bajos, granero de rebeldes. Aparecen los “Mendigos de la mar”.

Otro elemento de gran importancia se unirá a estos dos: los holandeses víctimas de la persecución del Duque de Alba en Holanda.

En los Países Bajos, el pueblo comienza a inquietarse por las continuas persecuciones religiosas. La gobernadora de Bruselas, Margarita de Parma, hija natural de Carlos I, recibe a una comisión de jóvenes nobles que le exponen su descontento. Al aparecer, durante el encuentro, el consejero Belaymont, intolerante ante los disconformes, exclama en voz alta dando por terminada la reunión: “¿Qué hay que temer de un atajo de pordioseros?”. Los agitadores, una vez expulsados del palacio, levantan una escudilla de madera como las que llevan los mendigos y se conjuran contra el gobierno del rey de España al grito de “¡Vivan los pordioseros!”. Es el principio de la revuelta que terminará con la independencia de Flandes.

Ha nacido una organización de rebeldes que bajo el nombre, inicialmente, de “Los pordioseros” o “mendigos de los bosques”, y más tarde como “Los mendigos de la mar”, va a escribir una historia de osados enfrentamientos en el mar del Norte en primer lugar y los discípulos de éstos, más tarde, en el Caribe. Son una horda de bandidos, piratas, perseguidos religiosos, rebeldes políticos y diversas gentes del pueblo que van a terminar poniendo de rodillas a todo el poderío español, dando el primer aliento a un país que terminará siendo libre y alimentando las filas del futuro filibusterismo caribeño.

Los Países Bajos ya no son un lugar tranquilo para la corona española y Felipe II toma medidas a su manera, encargando al Duque de Alba la represión de los rebeldes.

Su primer edicto en 1521 va seguido de cientos de ejecuciones, pero fue el de 1535 el que escribió otra página ignominiosa en la historia de Europa. Este edicto fue considerado como el más terrible nunca dirigido contra los herejes. Horcas, cadalsos, patíbulos, son instalados en cada ciudad, en cada pueblo.

Los Países Bajos huelen a muerto por todas partes. Al que blasfema, es decir al que protesta contra esa “guerra santa”, se le cierra la boca con un tornillo o se le quema la lengua con un hierro candente.

La represión azuza el odio popular. Los “mendigos de la mar” se hacen fuertes en el mar del Norte. De nuevo el mar es sinónimo de libertad. Un mar que no sabe, ni quiere saber de las leyes que se ejecutan en tierra.

Muchos de esos “mendigos” y sus discípulos, al conseguir la independencia de Los Países Bajos, se irán con sus barcos a trabajar para la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, en un principio como marinos mercantes o corsarios, pero en cuanto llegan allí, su experiencia guerrera y su odio a los españoles les va a empujar a continuar la lucha contra sus enemigos naturales.

Aunque nos adelantemos por un momento en el tiempo, es de reseñar que los holandeses, una vez que crearon su propio estado, fueron los primeros en decretar para sus marinos la libertad de contrabando en el Caribe. Fue en 1632 y para ello establecieron varios almacenes, como veremos más tarde, en islas como Tortuga y Saint Kittes. El apoyo gubernamental a los corsarios y piratas holandeses fue tomado como una cuestión de estado. Eran considerados héroes y se les daban los mejores barcos, las famosas hurcas eran navíos de casi 400 toneladas y con 30 o 40 cañones, algo inusual en aquella época y en aquellos mares.

Ya tenemos un elemento de gran importancia que unir a los otros que expusimos antes y que darán vida a los filibusteros libertarios de la Cofradía de los Hermanos de la Costa.

Menéndez, la iglesia y el Duque de Alba siembran el odio de tal manera entre los prófugos europeos que ya será imposible erradicarlo en mucho tiempo, pero no sólo siembran el odio, sino que llenan el mar de enemigos audaces y sin nada que perder, dispuestos a todo contra sus adversarios.



1.6. Los ingleses: Militares con patente de corso.

Los ingleses fueron un elemento imprescindible para entender completamente el mapa que se nos pinta en 1600 en el Caribe.

Isabel I, protestante y enemiga de Felipe II, no está dispuesta quedarse sin su parte del pastel, aunque su entrada en escena no tiene nada que ver con los franceses y holandeses.

Son los corsarios ingleses, es decir, los marinos y militares servidores de la reina, los primeros en aparecer, pero lo hacen más que como asaltantes de navíos españoles, como contrabandistas. El contrabando marca en gran medida a la piratería inglesa. Son ante todo comerciantes que buscan hacer caja en el Nuevo Mundo. No hay ideología al margen de la oficial. No hay problemas religiosos y enfrentamientos nacionales con los españoles. Se trata pura y llanamente de hacer negocio. Junto a ese afán comercial hay otro elemento que les caracteriza: la disciplina. Antes que marinos aventureros, son militares navegantes.

Hawkins, Sir Walter Raleigh y Drake, son esencialmente navegantes y comerciantes que utilizan los medios legales cuando pueden y los ilegales cuando no, para comerciar con los colonos españoles. Todos ellos han sido negreros y han traficado con esclavos y todos ellos comercian con especias, cuero y plata y todos ellos han sido también galardonados por la corona inglesa por los servicios prestados a las arcas reales. Son ladrones con patria, honor y bandera: cuando los españoles no aceptan un negocio concreto o una compraventa, directamente se saltan las leyes e imponen por la fuerza su postura, incluido el robo, pero siempre con un estilo caballeresco propio de los militares que saben que en el fondo cada uno sirve a su rey.

De Hawkins se dice en las crónicas oficiales de la época que era un hombre de principios y se justifica contando a continuación que obligaba a rezar a diario a su tripulación. Era de familia de armadores y comerciantes de Plymouth, ciudad en la que nació en 1523. De Hawkins se ha escrito también que fue el mayor negrero de su tiempo y probablemente de todos los tiempos. En sus armas tenía representado un negro encadenado. Se dedicaba a capturar a los negros en África para vendérselos luego a los españoles, eso sí, rezando todos los días.

A medida que la corona española protesta por el descarado comportamiento de estos corsarios y la inglesa hace como que no sabe nada mientras engorda

la caja, la cuerda se va tensando hasta poner a los ingleses abiertamente frente a los españoles.

Del intercambio consentido se pasa a los asaltos. La guerra produce odios y el odio va segregando navegantes que se unen a los libertarios que ya están en la zona.

En 1553 se produce un hecho de gran importancia que va a marcar un salto adelante en lo que, hasta esa fecha, se venía considerando como “conflictos sobre el libre comercio” o enfrentamientos por intereses económicos nacionales.

El desencuentro se va a producir en la fecha mencionada, entre Hawkins y Enríquez de Almansa, virrey de la Nueva España, cuando coincide en el puerto de Veracruz la flota española que viene para llevarse el cargamento anual de plata hacia Cádiz, con los barcos de Hawkins, creándose una situación de gran tensión en la que se dan varios malentendidos que llevan a un enfrentamiento entre ambos. Hawkins es expulsado de la zona. Es el primer acto de guerra entre las dos monarquías en aguas caribeñas.

Isabel II, en represalia por la derrota infringida a su marino, decide no devolver a España el dinero que tenía confiscado a Felipe II y que se encontraba en la Torre de Londres. Este dinero estaba destinado en un principio a pagar a los soldados del Duque de Alba que peleaban en Flandes y que fue “confiscado por error” por un pirata inglés y guardado por la reina para devolverlo cuando considerase oportuno.

En estas fechas ocurre algo que va a enconar aún más el enfrentamiento entre ambos países: la decapitación de María Estuardo por parte de Isabel I. Este acto cierra las puertas al catolicismo y a la contrarreforma en Inglaterra, y en estas fechas tomar postura religiosa es tanto como posicionarse políticamente. Al abrazar el protestantismo, Isabel I “declara” la guerra a Felipe II que tardó en tomar medidas, planificando una invasión a Inglaterra con la Armada Invencible.

Hawkins participa en esta batalla contra La Invencible en 1588. Por su intervención, la reina Isabel le nombra caballero.

La derrota dejará a España muy mermada militarmente en su potencia naval.

Como muy bien dice Peña Batlle en su libro *La isla de la Tortura*: “Después del desastre de la Armada Invencible, la piratería de los herejes cobró proporciones colosales...”

Los filibusteros del Caribe se va a ver gratamente favorecidos por este hecho. El enemigo ya no es tan fuerte y, por supuesto, ya no es “invencible”.

Muerto John Hawkins aparece en escena el más consagrado marino inglés: Si Francis Drake.

Drake nació en 1540, hijo de un protestante que profesaba gran odio a los españoles. No pertenecía a la nobleza y desde joven se enrola a las órdenes de Hawkins. A los 25 años era ya capitán.

En 1577 llegó al Pacífico por el estrecho de Magallanes, atacando a continuación varios poblados y puertos que no se esperaban un navío inglés en esas aguas.

Participó también en la batalla contra la Armada Invencible, al mando del barco Revenge.

En 1594 volvió al Caribe. Esta última etapa es muy interesante, pues ocurre después de regresar a Inglaterra con las arcas llenas y proponerle a la mismísima reina, ante el éxito de sus operaciones, crear una empresa entre cuatro socios en la que la corona decidió colaborar con mil libras esterlinas.

La piratería se concibe por primera vez como un negocio “capitalista” con inversores, acciones y reparto de beneficios.

Es una visión nueva que se une a la más idealista de los franceses. Mientras éstos buscan la libertad, el paraíso y una nueva forma de vida, los ingleses buscan el gran negocio. Los holandeses, aunque en un principio están movidos por venganzas políticas, rápidamente se dan cuenta de que hay un gran negocio en esas tierras y se unen a la ideología inglesa. El capitalismo da sus primeros pasos de la mano de los corsarios.

Esta escuela, precapitalista, tuvo sus continuadores en los célebres Sir Walter Raleigh, Thomas Cavendish y Clifford, que siguieron el ejemplo de Drake.

Esto no quiere decir que no fuesen ingleses muchos de los piratas libertarios que más tarde formaron parte de la Cofradía de los Hermanos de la Costa, pero en muy pocos casos se trató de marinos con antecedentes militares de alta graduación como estos primeros corsarios. Eran fundamentalmente marinos en busca de aventura, navegantes pobres sin título ni educación militar, que en su mayoría provenían de familias marineras de las costas irlandesas o escocesas y que fueron al Nuevo Mundo en busca de una vida diferente y mejor, o bien perseguidos por la justicia o como desertores de la durísima disciplina, rayana en lo cruel, de la marina inglesa. Eran marinos ingleses con ideología francesa.

1.7. El siglo XVII. El tiempo del caso.

El principal problema del Imperio Español fue que era demasiado extenso para poder defender cada puerto y cada ciudad americana. Esto va a facilitar el camino a los demás países en liza.

De todas formas, el principal enemigo español era su propia política, una política belicista. La guerra de los Treinta Años debilitó a la corona de forma decisiva. España tenía frentes abiertos en casi toda Europa y no empieza a cerrar capítulos hasta la Paz de Westfalia, en 1648, con la pérdida de varios territorios, entre ellos y definitivamente el de los Países Bajos.

Las riquezas que obtiene España en Las Indias sirven, en primer lugar, para financiar estas guerras; mientras, Francia, Inglaterra y Holanda, cuando saquean en América, lo hacen por un claro interés comercial. Esto supone el nacimiento de una burguesía frente al oscurantismo monárquico español.

Volvamos al Caribe y a los piratas. Aquella zona, apenas pasados cien años desde que llegara el corsario Cristóbal Colón, se había convertido en un hervidero en el que bullen, además de los corsarios oficiales de cada corona, antiguos corsarios franceses sin patente de corso y por lo tanto piratas libertarios, individuos perseguidos por su religión, antiguos “mendigos de la mar”, desertores de las guerras europeas y corsarios ingleses, todos ellos buscándose la vida como pueden frente a un Imperio Español cada vez más débil, tanto militar como moralmente.

Al tiempo que estos personajes inundan los mares, en distintas islas se encuentran cientos de habitantes que han ido llegando de Francia, siguiendo el ejemplo de los primeros colonos de La Florida, y que se dedican al cultivo del tabaco, a la caza y al curtido de pieles. El ejemplo francés de colonización también es seguido por los ingleses, con el matiz de que mientras los primeros llegan allí en muchos casos huyendo, los segundos eran enviados por empresas privadas que ven innumerables beneficios en el negocio colonial.

Tanto los que buscan la libertad, como los que buscan el dinero, viven en paz. Los que buscan la libertad se sienten tranquilos por primera vez en su vida, después de escapar de las persecuciones de turno en su país. Son “ilegales consentidos”. Los que buscan la rentabilidad económica, porque pueden desarrollar sus negocios de contrabando y comercio en un territorio totalmente virgen.

Uno de los primeros movimientos de agitación de estos colonos surgió en el momento en el que Felipe II decidió prohibir el cultivo de tabaco, por considerarlo demoníaco. Arrasó los campos y dejó a estos colonos expuestos al hambre y la miseria.

En las “islas inútiles” y en los lugares recónditos de las grandes islas hay otros hombres, fundamentalmente franceses, que se dedican a la caza y al comercio de pieles y carnes que ahúman para venderlas “de contrabando” a los barcos que se acercan a las playas escondidas donde montan sus pequeños tenderetes. El rey español no puede permitir que nadie haga negocios a su costa en su territorio. Los cultivadores perseguidos que habitan en las zonas deshabitadas de las islas se unen a estos cazadores.

Surge el contrabando. La insuficiente e imposible vigilancia en puertos y costas y la escasez de mercancías por lo lejano de la metrópoli incentivan esta práctica.

Ante este nuevo problema, el arzobispo mexicano Agustín Dávila Padilla propuso en 1601 que se legalizara el comercio con las potencias extranjeras mediante un pago de aranceles, tal y como ocurriría en los puertos españoles de la península. Pero la ambición del monarca español no recogió esta sugerencia y decide, por el contrario, medidas drásticas basadas en el proteccionismo y el monopolio comercial, que traerán graves consecuencias como veremos a continuación.

No podemos olvidar que el contrabando estaba condenado incluso con la pena de muerte y nada podía comprarse ni venderse, sin autorización de los gobernantes españoles.

Felipe II decidió, en la última fase de su reinado, atacar frontalmente y con energía esta forma de comercio ilegal, con la creación de un cuerpo especial para la represión.

Al intentar erradicar el contrabando y perseguir a estos cultivadores y cazadores, abastecedores de los contrabandistas, se creó otro problema mucho mayor, que acabará llevando de cabeza a la corona española.

Surgen los llamados “bucaneros”.

LOS BUCANEROS

2.1. El contrabando.

El gran conocedor de la piratería caribeña y autor de uno de los libros básicos para entenderla, el inglés Phillip Gosse, escribe en su libro *Historia de la piratería*: "...el uso que hacían los españoles de su monopolio (el que les diera el Papa Alejandro VI y el tratado de Tordesillas) era no solamente en extremo estúpido, sino algo peor que esto. Como todos los países en los comienzos de la expansión colonizadora, España se aferró a la vana empresa de impedir todo contacto entre sus colonias y el extranjero, convencida de que extraería un máximo de beneficio para sí misma, obligándolas a comerciar exclusivamente con la metrópoli, sin tener en cuenta el hecho de que no disponía de medios que le permitiera abastecer a las poblaciones coloniales.

El contrabando caribeño tiene su origen en la necesidad de las gentes del pueblo de vender lo que producen y comprar lo que les hace falta, y cuando está en juego la supervivencia, nadie se cuestiona la nacionalidad ni la religión de su compañero.

En lo que podríamos llamar historia del contrabando en el Caribe se pueden distinguir dos tipos: por un lado el contrabando forzado que no es otro que el que se imponía a las autoridades y a los habitantes de una región mediante amenaza. Esta práctica era utilizada sobre todo por los ingleses, siendo Hawkins un maestro en estas artes. Pero sin duda el más importante y determinante fue el contrabando libre en el que participaba toda la población.

En un informe enviado a Felipe II y fechado en marzo de 1594, el Arzobispo de Santo Domingo, capital de La Española, contaba que "el contrabando ha borrado todas las diferencias religiosas, lo practican tanto gentes de mal vivir que profesan el catolicismo, como es el caso de franceses y españoles, como por ingleses y franceses que practican el protestantismo..." y lo más indigno de todo ello para el obispo, como escribe más adelante, es que se llevan bien entre ellos.

Escribe Peña Batlle: "los habitantes (...) promiscuaban con los herejes sin ningún miramiento, bebían y se emborrachaban con ellos, les daban a bautizar a sus hijos, recibían con abundancia sus biblias luteranas y mantenían un comercio que por productivo los enriquecía y colocaba en la holgura económica. No hay duda de que la mayoría de la población se hubiera aliado a los protestantes en un ataque serio contra el dominio de España. Había en la

isla [La Española] una conciencia anti-española bien definida, y decir una conciencia anti-española vale decir también una conciencia anticatólica...”

Toda la indignación oficial se centra en que estos infieles se saltan las leyes que obligan a que todo individuo que circule o viva en el “nuevo mundo” sólo pueda comerciar con la corona Española y según las estrictas normas que ésta establece.

El lugar clave del contrabando es La Española, lugar de paso obligado para todos los barcos que van y vienen entre Europa y el Caribe. En concreto, según cuenta el cronista Torres en Guanahibes, se reunían todos los pobladores de la parte occidental de La Española para traficar con los contrabandistas; pero también se producen hechos semejantes en otros muchos lugares, como las islas antillanas o los cayos cubanos.

El proceso que se seguía era el siguiente: el barco llegaba frente a la costa o a la playa, hacía unos disparos en señal de aviso e inmediatamente empezaban a acudir los contrabandistas pobladores de esas tierras descontroladas por los españoles, con sus cueros, caza, vinos y alcohol, carne ahumada, maderas y tabaco... y todo aquello que era solicitado por los barcos para poder seguir la travesía.

2.2. Felipe II toma medidas.

Escribe Peña Batlle: “...el contrabando tenía en aquel momento una larga historia. España no pudo deshacerse de aquella práctica por ningún medio razonable y adoptó finalmente el arbitrio infortunado de asolar la riqueza de la isla para que los naturales no pudieran trocarla en el comercio con los herejes”.

El contrabando resulta insoportable para el gobierno de Madrid por lo que Felipe III, en 1603, puso en práctica una idea que ya había planteado su padre: despoblar la parte oeste de la Española llevándose a “todos sus habitantes con sus ganados, esclavos, bestias de silla y carga...” es decir, como dice Batlle, asolar las riquezas de esa parte de la isla.

Muchos de los habitantes de la zona en cuestión se opusieron a tal medida y fueron expulsados por la fuerza. En 1606 un tercio de La Española está abandonado. Veinte años más tarde esa parte de la isla se repoblaría con los animales salvajes que quedaron en las selvas. Miles de cerdos y ganado vacuno vivirán en ese territorio aparentemente deshabitado. Un auténtico

tesoro todavía por descubrir para los futuros cazadores que por distintas causas, como veremos más adelante, acabarían recalando allí.

Peña Batlle lo cuenta así en su libro *La isla de la Tortuga*: “Los resultados de la despoblación forzosa están a la vista de todos. Se obtuvo en verdad, que no siguiera saliendo de la isla el millón de ducados que anualmente le sacaban los herejes, pero nada ganó España con esto, porque el millón y otras cosas más se perdieron para siempre. La isla quedó empobrecida y muerta de hambre. En cambio las regiones devastadas quedaron ahí mismo, sin guarda y sin vigilancia, para que, poco tiempo después, con su producción renacida, sirvieran de asidero a otro tipo de contrabando más activo y más feroz... Quedaron en su mismo sitio las regiones devastadas y abandonadas, para que de las riquezas, tornadas al estado salvaje, se nutrieran el bucanerismo y el filibusterismo.

La reacción de los países que se beneficiaban del contrabando no se hizo esperar. Los holandeses lanzaron una proclama pidiendo a los habitantes que se opusieran a las despoblaciones, prometiendo ayuda a quienes no aceptasen la normativa española, lo que produjo algunas rebeliones. Afortunadamente para Felipe III, la ayuda no se llegó a dar, por lo que, a mediados de 1606, un tercio de la Española estaba ya despoblada.

Mientras tanto, en dos islas que serán claves para nuestra historia, la de Nevis y la de Sant Kitts se produjo un ataque de los españoles contra los franceses e ingleses establecidos como cultivadores en estas dos islas “inútiles”. En concreto, en estas islas se había formado una colonia franco-inglesa gracias al acuerdo entre el navegante De Esnambuc y el inglés Thomas Warnes, que se repartieron la isla por la mitad y firmaron un acuerdo llamativo y que aventuraba ya la independencia de los que vivían en el Caribe con respecto a Europa: la firma de un tratado de paz entre ellos, en el que especificaban que no entrarían en guerra aunque lo hicieran sus gobiernos.

Como dijimos, los españoles atacaron esta colonia comandados por Don Fadrique de Toledo e hicieron huir a todos los habitantes. Un éxodo que les llevó de isla en isla hasta un paraíso inesperado.

2.3. El paraíso existe.

Los sobrevivientes recalieron en la isla de San Martín, allí se unieron con los habitantes de Montserrat, La Antigua y San Bartolomé y en la huida acabaron dando con sus perseguidos cuerpos en un “paraíso deshabitado” lleno de ganado de todo tipo, cruzado por ríos con abundante pesca y con playas donde

comerciar con los navegantes. Han llegado a la parte despoblada de La Española.

Al encontrar el gran tesoro natural que encierra La Española, los prófugos de Saint Kitts y sus compañeros de viaje se dedican a cazar reses para vender las pieles y a secar la carne de los cerdos. Todo esto lo venden a los barcos que pasan por la zona y que rápidamente se convierten en clientes fijos al ver que por fin tienen un lugar donde poder abastecer sus despensas para cruzar el océano y también un lugar recogido donde encontrar maderas ya preparadas para reparar sus barcos, sin tener que arriesgarse a entrar en zona española y ser detenidos por los guardacostas.

Dice Juan Bosch en su *Historia del Caribe*: “las reses y los cerdos de La Española fueron la causa económica del origen de la sociedad bucanera”, y añade más adelante “tantos y tantos millares de reses y de cerdos sin dueño equivalían a una mina de oro gigantesca. Para tener una idea del valor de las reses en esa época debemos recordar que cuando su número era menor – y además tenían dueño – los contrabandistas iban desde Europa a La Española a buscar sus pieles”. Y esas pieles eran por entonces moneda de cambio con las que se pagaban todos los artículos necesarios que venían de Europa.

Otros pobladores, en lugar de caza, se dedican a sembrar los campos y a vender sus productos a los cazadores y a los navegantes que requerían sus servicios. Los cazadores empezaron a ser conocidos como “bucaneros”, palabra que viene del término “bucanear” o “ahumar” la carne. A los individuos que, junto a estos bucaneros, cultivaban la tierra, se les llamó “habitantes”.

Los bucaneros y los habitantes se establecieron en el oeste de La Española donde crearon una sociedad precursora y única en la historia del Occidente moderno. Como escribe Juan Bosch: “...es una sociedad libre, sin códigos, sin autoridades y sin embargo tranquila; algo extraordinario en el siglo XVII...”

La sociedad bucanera no es una sociedad guerrera como muchas veces se ha escrito, al confundir a los bucaneros con los filibusteros. Los bucaneros son cazadores y comerciantes que viven ligados a la naturaleza, siguiendo unos códigos de vida cercanos a los que en su día reivindicarán los humanistas franceses. Fue una sociedad que rechazaba la violencia y se limitaba a cazar para alimentarse y vender las pieles a los buques que se acercaban a las costas.

“La sociedad bucanera tenía hábitos”, como dice Juan Bosch, pero no código escrito, algo que la diferencia de los filibusteros con quienes convivió. Otra diferencia con los filibusteros era que mientras éstos no tenían esclavos o sirvientes, los bucaneros tenían lo que ellos llamaban “comprometidos”, que eran unos individuos que compraban por tres años y que provenían generalmente de Francia. Pasado ese tiempo quedaban en libertad y se integraban en la sociedad bucanera, como uno más tras recibir un fusil, munición y todo lo necesario para convertirse en cazador.

Lo consideraban como un aprendizaje sin sueldo, pero lo cierto es que durante ese período de “servicio” eran utilizados y tratados en un régimen de semi-esclavitud, llegando en algunos casos, como al parecer le ocurrió al famoso filibustero “El Olonés, a huir de su amo y pasar a engrosar las filas de los filibusteros.

Al margen de este detalle que de alguna manera “ensucia” la hoja libertaria de esta sociedad, crearon unos hábitos de conducta que muy bien pudieron ser la base de posteriores proyectos utópicos de convivencia social. Se proclamaban pacíficos, sin leyes ni autoridades que detentasen ningún tipo de poder sobre el colectivo y absolutamente solidarios unos con otros.

2.4. Se corre la voz.

En la Europa del año 1620 llegan los ecos de esa sociedad que vive libre, y son varios cientos de aventureros, sobre todo franceses, los que deciden irse a vivir con ellos, pero no sólo empiezan a ser conocidos en Europa. En el mismo Caribe se sabe también de ellos y los prófugos y desheredados de la sociedad buscan cobijo y la posibilidad de comenzar una nueva vida junto a estos colectivos de cazadores.

Estamos ante una colectividad creciente que una vez implantada, empieza a organizarse. Por un lado, están los cazadores y por otro los cultivadores. Dos caras de una misma sociedad perfectamente coordinadas y dispuestas a prestarse al apoyo mutuo necesario.

Una sociedad que decide montar sus almacenes y sus campos de cultivo, sobre todo tabaco, patata y mandioca, en una isla pequeña que está frente a La Española. Esta isla se llama Isla Tortura por su forma que recuerda el caparazón de dicho reptil, y allí se guardan los cueros y las carnes, pero también se establece un mercado de librecambio con los productos cultivados. Como ya apunté en el capítulo anterior, esos enclaves utilizados como almacenes son apoyados por los holandeses al decretar la libertad de contrabando para sus ciudadanos en el Caribe.

Frente al concepto libertario del comercio que plantean los bucaneros franceses, está el modelo precursor de lo que más tarde será el capitalismo, defendido por los ingleses y los holandeses, pero han de pasar todavía muchos años para que estos dos sistemas se enfrenten y, como consecuencia, desaparezca el primero, devorado por el modelo anglo-holandés.

En Isla Tortuga se construyen casas y cabañas alrededor de sus calas, perfectas para que los barcos atraquen y puedan vender sus productos. Pero allí también se da cobijo a los filibusteros que navegan por la zona, dándoles comida y puerto, En un principio les mueve únicamente la necesidad de vender sus productos, pero más tarde esta colaboración llegará a una unificación decisiva para el futuro político de la zona. A principios de siglo, son dos sociedades o colectivos, muy distintos en un principio, con normas diferentes de conducta, como hemos apuntado antes, pero también con algunas cosas en común. N 1630 según nos cuenta Alexander Esquemelin o Oexmelin, La Tortuga, capital de los bucaneros, tenía una población de seiscientos habitantes, aunque la gran mayoría del tiempo, como explicaré a continuación, fuera de su casa y nunca coincidían todas las cuadrillas en la isla. Si contamos con todos los cazadores activos, muy probablemente la cifra se duplique y esto sin contar con los filibusteros que recalaban en el puerto principal de la isla.

2.5. Una nueva forma de vida.

Son muchos los historiadores que han estudiados esta nueva “sociedad” y han dejado sus escritos para divulgar las características de estos “colonos sui generis”

Los bucaneros habitaban en chozas. La mayor parte del tiempo, lo dedicaban a la caza en el monte; allí dormían a la intemperie. Solían ir en grupos de cuatro o cinco personas, rodeados de grandes manadas de perros a los que cuidaban de manera especial para que les resultaran eficaces en la caza.

Dejemos que sea Alexander Esquemelin el que siga hablándonos de ellos: “...los cazadores se subdividen en dos, unos se dedican a la caza de toros y vacas y los otros al jabalí. Cuando estos *bucaniers* van al bosque, se quedan allí un año y a veces dos sin salir. Navegan después a Isla Tortuga para comprar armas de fuego, pólvora, perdigones, balas y todo lo demás que necesitan para emprender otra caza y gastan sus ganancias con gran liberalidad...” y continúa hablándonos de los que cazan jabalíes: “...salan sus

carnes para evitar que se pudran...” “...tiene lugares o cobijos en los que viven tres y cuatro meses llegando algunas veces a estar un año. A estos lugares les llaman Deza Boulan...” Suelen ir en grupos de cinco o seis unidos por una gran camaradería. Todo es de todos y todo se reparte. La relación de ambos grupos de cazadores con los plantadores y cultivadores de la tierra es perfecta, como dije antes. Esquemelin la explica así: “Los *bucaniers* se obligan con el plantador a darle carne, cuanta hubiere menester, un año entero a cierto precio, cuyo pago se hace de ordinario con doscientas o trescientas libras de tabaco en hoja. Además el plantador les da a los cazadores un criado que llevan consigo para asistirles...”

Visten pantalones anchos y camisas anchas y largas. A veces usan casaca y siempre se fabricaban su propio calzado con las pieles de las vacas y toros a modo de mocasines. Suelen llevar una gorra con visera para la lluvia de la que cuelga una red que utilizan, dejándola caer sobre la cara, para protegerse de los mosquitos. En la cintura llevan una faja de la que cuelgan tres o cuatro cuchillos apropiados para la tarea de desollar las presas y descuartizarlas. Junto a los cuchillos una bolsa para la pólvora y los perdigones.

Los bucaneros destacaban por ser unos excelentes tiradores, sin duda los mejores de todo el Caribe, para lo cual desarrollaron una escopeta con cañón muy largo de cuatro pies y medio y balas de una onza de peso. Estas peculiares escopetas, diseñadas por ellos y que les permitían acertar en el blanco a casi cien metro de distancia, las cargaban con una pólvora especial llamada “pólvora de bucanero”, que transportaban en calabazas huecas y se fabricaba, según cuenta el cubano Francisco Mota, en la ciudad de Chesburgo. Los marinos que buscaban contrabando en las costas eran los encargados de traer esta pólvora a cambio de pieles y carne.

Los bucaneros comían lo que cazaban, siendo su bocado más apreciado el tuétano de los huesos de toro y vaca.

Su idioma más común era el francés, pero hablaban también el español de los prófugos españoles que se les han unido, el inglés y el holandés de los comerciantes, mezclando todas las lenguas en una especie de pre-esperanto, origen del llamado “Papiamento”.

El botín de la caza pertenecía a todo el grupo y era repartido según unos criterios de solidaridad desconocidos hasta la época. Una vez descontado lo necesario para reponer munición y procurarse lo necesario para salir de nuevo de caza, se gastaban el resto en los que eran sus grandes placeres: el alcohol, el

tabaco, el juego y las mujeres. Gastado todo, se retiraban unos días a sus chozas a reponerse y de nuevo partían al monte.

Peña Batllé dice de ellos que “...eran la gente de nadie, y la tierra que ocupaban era también la tierra de nadie, políticamente hablando. Bucaneros y más tarde filibusteros se organizaron para vivir, sin patria, sin Dios y sin ley, donde pudiera sustentarlos la carne de La Española: el boucan”.

Hay que señalar que por el año 1630 llegaron a Tortuga y a la costa oeste de La Española un destacamento de ingleses provenientes de la isla de Providencia. Se unen a los bucaneros y agregan a la cacería y el cultivo que se practicaba hasta entonces, el corte de madera. Es un dato que no tendría ninguna importancia si no fuese porque más tarde veremos la utilidad de estos carpinteros a la hora de reparar los barcos filibusteros, lo que creó una colectividad de servicios perfectamente organizada.

El historiador Germán de Arciniegas llama a forma de vida que se da en Tortuga “alegre salvajismo”: “...ser bucanero es elevarse en la condición social. Es gozar de la vida. Es acercarse a un estado ideal, rousseauiano. El bucanero siempre tiene un amigo más íntimo en la pandilla, que es su socio. El socio es el cómplice, el camarada y el heredero universal. Por lo demás, todos son hermanos...”

No olvidemos que estamos en una época en la que el sentirse libre era algo impensable para el pueblo llano, siempre sometido a un superior inmediato y siempre al servicio de alguien. Este fenómeno sólo se podía dar en el Caribe, un mundo nuevo sin leyes ni normas impuestas por la tradición y la represión clasistas de las monarquías.

Frente a la miseria, la vida bucanera ofrecía la posibilidad de depender de uno mismo; frente a la crueldad social, la solidaridad de los hermanos y frente a la intolerancia religiosa, el respeto de cualquier creencia. No es de extrañar que el reclamo hiciese mella en la vieja Europa, entre los perseguidos y marginados de las colonias.



2.6. *Vuelve la represión.*

Lógicamente, los españoles, en cuanto empiezan a detectar todo esto, deciden ponerse en pie de guerra contra estos pobladores herejes y comerciantes sin permiso de la zona deshabitada de La Española.

Para perseguirlos y exterminarlos, se crea un cuerpo llamado “Cuarentena”, formado por destacamentos de cuarenta soldados a caballo, con la misión de expulsar y acabar con la vida de estos intrusos.

Después de ser perseguidos en La Española, el primer ataque español contra los bucaneros que están en La Tortuga se produce en 1630, lo que les obliga a huir hacia islas como Antigua, Montserrat, San Bartolomé e incluso hasta las costas cubanas estableciendo colonias bucaneras en la isla de Pinos y en las bahías de Cochinos y Jagua.

Los siguientes ataques, en 1634 y 1638 contra isla Tortuga y la continua persecución implacable en La Española, produjeron un hecho clave: La radicalización de los bucaneros y de los habitantes que se acercan cada vez más a los filibusteros que navegan por libre en la zona y que como hemos visto, mantienen unas buenas relaciones “comerciales” y de abastecimientos con estos grupos, produciéndose una simbiosis ideológica entre ellos, pues no debemos olvidar que una parte importante de estos piratas son los restos de aquellos perseguidos por Menéndez, y los sobrevivientes hugonotes de otras tantas persecuciones.

Veamos cómo nos lo cuenta el padre Labat, un sacerdote francés, aventurero y marino, que vivió aquellos ataques: “el aumento del número de bucaneros hizo temer a los españoles por la pérdida de la Tierra Grande, que era como se llamaba Santo Domingo, de suerte que el Almirante de la armada naval de España recibió órdenes de destruir esta madriguera de bucaneros que los españoles consideraban como ladrones, y de pasarlos a todos a cuchillo. Esto se ejecutó en 1638. Como ellos no tenían todavía en La Tortuga ni fortalezas ni gobierno regulado, le fue fácil al Almirante, que tenía tropas numerosas y aguerridas, sorprender a esta gente desorganizada y sin jefe, esparcida por las ocupaciones que tenían hechas en la isla, y de quienes los más numerosos, bravos y aguerridos se encontraban en la Tierra Grande, ocupados en la caza y en preparar sus cueros; todo eso dio a los españoles una ventaja tan considerable sobre los ocupantes de la isla de la Tortuga, que hicieron una matanza general de cuantos cayeron en sus manos, y todavía incurrieron en la crueldad de ejecutar – contra el derecho de gentes – a los que vinieron a

implorarles perdón, manifestando que estaban dispuestos a regresar a Europa. Estas maneras inhumanas obligaron a los que quedaron vivos a esconderse en los lugares más inaccesibles, permaneciendo allí hasta que se retiraron los españoles, después de arrasar todos los pajares que quedaron a su alcance. Los sobrevivientes de la matanza se fueron a la Tierra Grande a buscar a sus compañeros, y juntándose unos trescientos retornaron a isla Tortuga, donde eligieron como jefe a un inglés, que desde hacía tiempo ejercía el oficio de bucanero, y en el que sus compañeros reconocieron prudencia y valor.”

Durante una primera época en la que se ve una clara radicalización en sus costumbres, los bucaneros simultanearon el asalto a algún buque español con la caza y el contrabando. Se produjo, poco a poco, un cambio en el comportamiento de este colectivo, un cambio sin duda forzado, pues como ya dije antes, los bucaneros no tenían ninguna inclinación hacia la violencia. Es la situación en la que están comenzando a vivir, la que paulatinamente les hará cada vez más violentos con sus enemigos.

En esos cuatro años, la corona española decide que la mejor manera de acabar con los bucaneros contrabandistas es exterminar todo el ganado que hay en la zona occidental de la Española, sin darse cuenta de que tal medida lo único que va a conseguir es que estos colonos decidan entregarse de lleno y definitivamente al filibusterismo, al quedarse sin caza. El historiador Mota lo deja bien claro en su estudio sobre esta sociedad: “Cuando los españoles de Santo Domingo, para acabar con los bucaneros, deciden destruir bosques y ganadería en la parte occidental de la isla, se estaba empezando a dar los primeros pasos hacia el filibusterismo”

Al otro lado de la Tierra Grande, en Tortuga, los bucaneros fortifican la isla y se plantean utilizar sus armas por primera vez, para defenderse en lugar de para cazar.

2.7. ¿Cómo y cuándo nace la Cofradía de los Hermanos de la Costa?

He aquí una pregunta que se han hecho muchos historiadores y que no tiene respuesta en los documentos y crónicas históricas. No hay nada escrito. Todos los datos aseguibles se encuentran en la leyenda y en la transmisión oral de los relatos, que nos pueden hacer intuir cómo y dónde ocurrió este hecho de gran trascendencia para la vida en el Caribe durante el siglo XVII.

Hay indicios para pensar que todo ocurrió en 1638, aunque otros historiadores lo fechan unos años antes o después. En cualquier caso, hay un dato histórico clave en dicho año: Se acaba de producir el segundo ataque en cuatro años contra isla Tortuga. Esta vez, los supervivientes fueron muy pocos, sin duda estamos ante el ataque más feroz y metódico de todos los acontecidos hasta la fecha, aunque como en los anteriores, los españoles, después de atacar, abandonaron la isla. Los muertos están esparcidos por los campos de la isla o colgados de los árboles. En total parece que hubo cerca de trecientos ejecutados. Cuando regresan los bucaneros que estaban cazando en la parte norte de La Española, se encuentran con el macabro espectáculo y los relatos de los pocos supervivientes.

Desesperados ante la imposibilidad de ganarse la vida suministrando carne ahumada a los buques y tras enterrar a los muertos, se reunieron en la playa y sellaron el juramento de no descansar hasta ver vengados a sus compañeros. Un pequeño grupo de cazadores acababa de declarar la guerra al imperio español.

Consolidado el pacto, abandonan la caza como único objetivo de sus vidas y deciden enfrentarse a sus enemigos en el mar y agruparse bajo el nombre de “Cofradía de los Hermanos de la Costa” recogiendo ese espíritu de hermandad que regía la vida de los bucaneros. El sentimiento solidario y su manera de entender la libertad será su gran aportación a la piratería libertaria del siglo XVI y es lo que la distinguió del resto de piraterías que se han dado en la historia. Por una vez, no son simples ladrones de la mar, ahora tienen ideología y unos principios que pondrán por encima de cualquier otro interés.

Estamos ante lo que se podría llamar la fase bucanera de la piratería. Todavía son más bucaneros que piratas.

Los focos de estos bucaneros no estaban sólo en Isla Tortuga y la costa oeste de La Española. En la isla de Cuba hubo varios asentamientos importantes. El historiador cubano Francisco Mota nos lo cuenta así: “Por ausencia de documentos escritos, no es posible precisar el relato de algunas tradiciones populares, pero de estas leyendas cabe desprender la posibilidad de que en muchas islas y cayos meridionales de nuestro Archipiélago, así como en algunos enclaves sureños de nuestro litoral, hayan proliferado colonias de bucaneros y filibusteros. Algunas de las cuales, si no tan famosas como la archiconocida de Tortuga, llegó en momentos a adquirir importancia. En este caso se hallan las colonias bucaneras creadas en Isla de Pinos, bahías de Cochinos y Jagua, Cabo de San Antonio, etc. Durante más de un siglo, alrededor de Cuba o en su propia periferia, se desarrolla una intensa vida

aventurera. Ya en 1573 y 1585 se tienen noticias de los primeros establecimientos bucaneros en la desembocadura del Cauto. En 1578, contrabandistas y bucaneros franceses asaltaron Remedios por negarse sus pobladores a suministrarles ciertos abastecimientos. En una comunicación a los reyes de España en 1580, el gobernador de la isla decía que “en Cuba había más franceses que en La Rochelle”. En 1582 la bahía de Matanzas, convertida en un nido de contrabandistas, monopoliza la mayor parte del comercio de cueros cubanos. La gente que estableció Girón en la Ciénaga de Zapata tenían más de bucaneros que de piratas...”

Estos nuevos bucaneros piratas salen en canoas compradas a los indios campeches o en pequeños bergantines. Estos barcos tan insignificantes navegan al caer el sol acercándose a los navíos de la Armada. Como eran unos barcos tan pequeños, se volvían prácticamente invisibles a la luz del ocaso y así podría llegar fácilmente hasta cerca del galeón sin que este se apercibiese de su presencia. Una vez lo tienen a tiro, aprovechándose de su extraordinaria puntería, depurada en muchos años de caza y del perfeccionamiento de sus armas largas, se iban levantando uno a uno y disparaban su mosquetón para enseguida volver a tirarse sobre el suelo de la barcaza para no ser vistos. Los disparos se dirigían contra el timonel y el vigía de cubierta. Obsérvese cómo hay otro elemento nuevo que los distingue de los otros piratas: la utilización de armas de caza de gran precisión, que les permite gracias a su puntería, atacar desde lejos..

Antes de que los españoles pudieran reaccionar, los bucaneros subían a cubierta y terminaban el saqueo.

Son pequeños asaltos, pero continuos. Luego se reparten el botín entre todos y preparan el siguiente viaje.

Es una guerra desigual, una guerra perdida de antemano, pero que les compensa: si no podemos vivir en paz, muramos peleando.

Los abordajes se multiplican. Los españoles, por lo general, ni los reflejan en sus crónicas históricas. No tienen apenas importancia. Los consideran la actuación esporádica de unos locos sin futuro. Son los pequeños contratiempos de la conquista... piensan que son los mismos piratas de siempre atacando de forma desorganizada, pero estos bucaneros desesperados trabajan en equipo y con unos planteamientos colectivos, siguiendo su forma de actuar como cuando eran cazadores y además no son los únicos enemigos que navegan

contra el imperio y el ejemplo de esta incipiente sociedad organizada va llegando a oídos de otros renegados y rebeldes.

Es todavía un murmullo, pero pronto será un clamor.

2.8. El primer gran asalto crea escuela.

En 1640 un bucanero miembro de esta Cofradía, llamado Pierre Le Grand, se hace a la mar para buscar la posibilidad de abordar algún barco español. Es la práctica diaria, la rutina esperando un golpe de suerte. Se encuentra cerca de Isla Tortuga cuando divisa un galeón. Algo cotidiano pero que esta vez va a marcar definitivamente la historia. Normalmente, ante un barco tan grande no se habrían movido. Es una lucha tan desigual que sólo un loco se atrevería a enfrentarla.

Alexander Esquemelin conoce la historia de primera mano y la traslada a su libro. La voy a reproducir tal y como él la escribió, pues refleja, como pocos documentos, un asalto pirata en aquellos primeros años de la Cofradía, cuando aún era casi un proyecto, y que gracias a este asalto pasará a ser una temible realidad.

“Este es el modo con que este intrépido pirata tomó y se atrevió a tal navío: Estuvo el barco de Pedro el Grande en la mar sin poder obtener nada, según su pirático intento, y faltándola ya los víveres y vituallas, no podía esperar más sobre las aguas; ante este conflicto, vieron un navío de la armada española que se había separado de los otros, contra el cual hicieron determinada resolución de tomarle o morir en la demanda, se fueron acercando para reconocerle y, aunque les pareció presa fuera de sus fuerzas, no obstante, desesperadamente lo abordaron; habiéndose llegado de suerte que ya el navío no se les podía escapar sino muertos todos, hicieron los piratas a su capitán Pedro juramento de haberse en la acción esforzados y valerosos, sin desmayos ni temores; creían entretanto, estos salteadores hallarían desproveído el bajel y que a poca cosa le podrían sujetar. Era cerca de la noche cuando esto se emprendió, disponiendo antes de la ejecución al cirujano de la barca que hiciera un gran agujero en ella para que, yéndose a pique, se hallasen forzados a saltar apresuradamente en el bajel. Así lo hicieron, no teniendo cada uno más armas que una pistola y la espada de a mano, con que entraron corriendo, inmediatamente a la cámara de popa, donde hallaron en ella al capitán con otros amigos jugando a los cientos. Pusiéronle una pistola en el pecho y pidieron les rindiese el navío a su obediencia. Como los españoles vieron dentro los piratas sin haberles visto venir, creían eran fantasmas y decían: ¡Jesús! ¿Son demonios éstos? Entretanto otros se apoderaron de la cámara de

Santa Bárbara, haciéndose en primer lugar, señores de todas las armas y municiones que en ella había, matando a cuantos se les oponían; con que finalmente los españoles se rindieron. Habían ese mismo día advertido al capitán del navío, que la barca que cruzaba delante de ellos era de piratas, de lo cual no haciendo caso, burlándose decía: ¿Debo yo tener temor a una cosa de tan poco momento? Ni aunque fuera otra nave tan grande y fuerte como en la que estoy. Tomando que hubo Pedro el Grande esta poderosa presa, detuvo en su servicio tantos cuantos había menester y puso el resto en tierra; con que al punto dio vela, poniendo la proa, con toda la riqueza que halló dentro, hacia el reino de Francia, donde se quedó sin jamás volver a la América.”

En un solo asalto, estos veintiocho intrépidos, han conseguido más dinero que todos los bucaneros en toda su vida de caza. Son 28 nuevos multimillonarios y además tienen en su poder un gran barco armado con más de veinte cañones, lo que nunca habían podido imaginar. Cuando llegan a Francia y los marinos de La Rochelle ven aparecer ese gran galeón armado hasta los dientes y tripulado por sus antiguos colegas no se lo pueden creer.

La noticia alimentó la ambición de cientos de aventureros y marinos que piensan que la Cofradía naciente es el lugar que el destino les ha puesto ante su vista para conseguir ver al alcance de su mano todos los deseos imaginables.

El ejemplo de Pierre Le Grande, a pesar de ser atípico en cuando que no vuelve a Isla Tortuga, alimentó el filibusterismo de los sin patria como movimiento libertario organizado e hizo dar el paso definitivo a los plantadores y cazadores de la isla y de los territorios cercaos, que decidieron gastar el dinero que tenían en comprar algunos pequeños navíos para hacerse a la mar y emular la hazaña de Pedro el Grande. Esta avalancha de pequeños barcos en tropel llegó a las costas cubanas costeano el cabo Álvarez y allí, apoyados por los hermanos bucaneros que habitan estas tierras, navegaron a la busca de varios pequeños navíos españoles cargados de mercancías que capturaron y llevaron a Tortuga. La flota de la Cofradía crece en número de barcos y esto les anima a salir hacia Campeche y otras partes de Nueva España. En dos años fue tal el número de pequeños asaltos que la Cofradía se enriqueció como no podían haber imaginado cuando la constituyeron.

Todo esto no hizo sino atraer a la isla a pequeños piratas de las islas cercanas y también de tierras europeas, que tras conocer las “hazañas” de estos bucaneros, decidieron unirse a ellos.

Aceptan sus leyes y su forma de vida. Son marinos prófugos, desertores, aventureros y gentes sin patria que se buscan la vida asaltando pequeños

barcos preferentemente españoles. Son esos corsarios sin patente de corso, abandonados por los reinos franceses, holandeses e ingleses, herederos de los sobrevivientes de La Florida, hijos de los habitantes de San Cristóbal y Nuevis, negros escapados de la esclavitud, nativos cubanos fugados de los campos de trabajo, marinos que no soportan la cruel disciplina de los barcos militares, sobre todo la de los ingleses, españoles que reniegan de su rey o su religión, deportados en castigo a los delitos cometidos en sus países de origen, en definitiva un ejército de desheredados con nada que perder y toda una vida que ganar.

Los bucaneros aportan la ideología, el sentido del compañerismo y la solidaridad, plasmadas en la “chaise partie”, las normas de comportamiento en tierra y el reparto del botín. Son excelentes tiradores y se mueven en tierra con gran sentido de la orientación.

Los filibusteros traen el sentido del valor, la experiencia como navegantes y marinos, el espíritu de venganza y la aventura en el sentido más libre de la expresión. Ambos coinciden en acabar con la noción de patria y en el odio hacia los españoles bajo dos palabras: libertad y botín. Son los desposeídos de Europa, unos en tierra y cazadores, otros en el mar y aventureros navegantes y ambos tienen un enemigo irreconciliable al que buscar, asediar y derrotar allá donde se encuentre.

Con la unión de los bucaneros reconvertidos en piratas y de los piratas filibusteros por primera vez actuando juntos, se forma el temible cóctel que va a tener en jaque al Imperio Español durante sesenta años.

Empieza a funcionar el engranaje de la Cofradía de los Hermanos de la Costa bajo el lema de “libertad y botín”



LOS HERMANOS DE LA COSTA

“...El mar es libertad.”

Proudhon

“Somos aventureros, ricos hoy pero pobres mañana. Cuando nos despertamos nunca sabemos si por la noche seguiremos con vida”

Frase recogida por Oexmelín.

3.1. *Una sociedad libertaria*

Escribe Gilles Lapouge en su libro “Los Piratas”: “...resulta en cierto modo enternecedor que los bucaneros y los filibusteros se llamen a sí mismos “los hermanos de la costa”. Hay razones para ver en ello la marca de sentimientos sutiles: esos hombres que se habían excluido de la sociedad, intentaban resucitar en los confines de la tierra un paisaje en el que respirar. A su manera, que es ruda, anuncian esa comunidd de los pesimistas que mucho después obsesionara a André Malraux.”

Rechazo de la sociedad que previamente les había marginado, y búsqueda de la libertad en un mundo nuevo, son la base de unión en un principio. Más tarde irán perfeccionando sus normas y reglas de funcionamiento.

Los hermanos Gall, escriben “Al cofrade no le importa lo más mínimo si está dentro o fuera de la ley. No le importa la ley. Son seres libertarios en esencia, sólo cuenta para ellos su condición de hombres libres y si el placer del lucro coincide con el de la libertad, lo más frecuente es que no pase de ser un salario.

Estos primeros años de la Cofradía se caracterizaron porque se vivía bajo un régimen de absoluta anarquía, lo que les supuso más de una derrota que incluso llegó a estar a punto de desarmar esta iniciativa rebelde. No estaban organizados y tan solo les unía el impulso vengativo. Su consigna de “libertad y botín” era prácticamente su único programa, pero golpe a golpe se van a dar cuenta de que necesitan una reestructuración. Lo primero que hacen para lograr una mayor eficiencia y coordinación en los mecanismos de ataque y de defensa, es plantear el tema a los jefes elegidos entre los más audaces e inteligentes con la única finalidad de preparar los asaltos y capitanearlos, así como de mantener cierta disciplina interna imprescindible en la defensa de la isla en los casos frecuentes en que hubo de verse atacada.”

Otro historiador, Manuel Lucena Salmoral, escribe: “Cofradía de los Hermanos de la Costa fue una sociación de filibusteros, pero su finalidad no era organizar la piratería, sino garantizar a sus asociados el libre ejercicio independiente de la profesión. Se gobernó por una especie de consejo de ancianos, integrado por los más viejos filibusteros, cuya misión era conservar la pureza del espíritu libertario y decidir la admisión de nuevos hermanos. Más tarde se eligió un jefe que fue llamado gobernador”.

Este gobernador es elegido de forma democrática, un hombre un voto, algo impensable en aquella época de monarquías absolutistas. Estamos ante una isla en el tiempo. Una ucronía.

Es el primer escalón de lo que siglos más tarde serán las ideologías sociales y libertarias. Los Hermanos de la Costa estaban abiertamente contra el poder, contra cualquier poder conocido y consideraban que la historia siempre la escribían los poderosos por lo tanto tergiversada en función de sus intereses políticos. Ellos no escriben lo que les va ocurriendo, no tienen cronistas, salvo la excepción de Esquemelin y algún otro. No tienen el menor interés en la historia. Si los poderosos utilizan la historia para ponerla a su servicio y justificarse con ella, ellos la niegan.



Cabe añadir un dato que distingue a los filibusteros de la Cofradía del resto de la piratería y es que, al final, gran parte de su botín procede de saqueos en tierra firme, algo que sólo se dio entre los corsarios berberiscos del mediterráneo.

Para ellos el barco era un medio para llevar a cabo el asalto propuesto, ya fuera un abordaje en medio del mar o un asalto a una ciudad. Los miembros de la Cofradía eran excelentes marinos, pues parte de ellos provenían de las filas del filibusterismo, pero no debemos olvidar que la otra parte eran cazadores y por lo tanto gente de tierra, individuos preparados para desenvolverse en el terreno y esto se va a notar a la hora de plantear sus asaltos en los que no sólo serán

abordajes en el mar sino auténticas batallas terrestres en la toma de villas y ciudades.

3.2. *Las leyes de la Cofradía*

Sobre esta sociedad que, como hemos señalado, se creó alrededor del año 1630 en una playa, quizá de isla Tortuga y durante un acto sencillo en el que un grupo de filibusteros y bucaneros junto a otros perseguidos se juramentan unir sus fuerzas contra el imperio español, existen muy pocos documentos escritos de primera mano. Sin duda el más importante es el libro ya citado de Alexander Esquemelin, el llamado médico de los piratas. También hay textos del Padre Labat y de William Dampier.

El resto de conclusiones habrá que deducirlo de los textos oficiales, siempre parciales, de los distintos países y contrastarlos con los no menos parciales nacidos de la admiración de los desposeídos por estos rebeldes. Ambas fuentes se deberán complementar con la tradición y la memoria popular, así como con algunas páginas maltrechas de supuestos diarios filibusteros, en muchos casos reescritos más tarde por sus seguidores y admiradores en tabernas portuarias. En último caso siempre nos quedará la leyenda, como reflejo popular de un hecho histórico.

El historiador cubano Federico Mota lo cuenta así: “Se ha fantaseado mucho sobre la vida y actividades de los filibusteros. Mucha literatura aventurera ha nacido al socaire de esta fantasía. A través del conocimiento que esta literatura nos proporciona, es difícil averiguar dónde se hallan los límites de la realidad y la imaginación... en la historia, así como en la forma de vida de los filibusteros hay más leyenda y tradición que documento... partiendo de este hecho vamos a ofrecer un somero panorama de la forma de vida de los filibusteros...” y la mejor forma de ver cómo vivían es conociendo las normas de conducta, es decir, las leyes que regían el comportamiento de este colectivo y para eso tenemos los escritos de Esquemelin.

Contrastemos la visión del historiador con la del literato. Herman Melville, en su libro *Las Encantadas* nos cuenta su encuentro con un lugar habitado por estos filibusteros de la Cofradía y escribe sobre ellos: “Con un fragmento oxidado de un puñal en la mano y un residuo de cántaro para vino en la otra, me senté en el ruinoso sofá verde... y recapacité sobre estos bucaneros. ¿Sería posible que robaran y asesinaran un día, se entregaran a las orgías el siguiente, y descansaran después, convirtiéndose en filósofos meditabundos, poetas bucólicos o constructores de divanes? El contenido de la pregunta no era ni gratuito ni improbable. Porque considérense las mudanzas de un hombre. Con

todo, por extraño que pueda parecer, debo atenerme al pensamiento más caritativo. Y hay que admitir que entre estos aventureros, había algunos espíritus bien nacidos y sociables, capaces de una entereza y una virtud genuinas.

Son historia y son leyenda, una leyenda alimentada más tarde por la literatura del romanticismo, y de la historia y la leyenda vamos a ir sacando los datos que nos den el perfil de aquella sociedad.

Las leyes de la Cofradía, desde la primera, surgida en el juramento con que se constituye y declara el odio eterno a los españoles, son esencialmente orales. No tenemos documentación escrita directa. Hay que tener en cuenta que aunque entre los filibusteros hay gente “culto” o ilustrada, la gran mayoría son analfabetos, como lo eran la gran mayoría de los ciudadanos. Lo que nos queda es la transcripción desordenada en textos de distinto tipo, pero que nos permiten sacar al menos cuatro puntos indiscutibles y que veremos a continuación.

Cuatro leyes o normas unidas por un espíritu claro. De nuevo cito a Gall para ir dando a través de varias pinceladas una visión lo más aproximada a la realidad de la Cofradía. Escribe el historiador francés: “la Cofradía entrañaba un espíritu que había que poseer de antemano, porque era muy difícil adquirirlo. Los tormentos que los habían arrojado de su país y las pruebas que sufrieron antes de llegar a La Tortuga, les habían dado una visión idéntica y una misma comprensión de las cosas. Estaban unidos por el mismo objetivo: fundar una sociedad para salvaguardar esa libertad arrancada a la fuerza. Por eso el que se acercaba a la Cofradía sabía de antemano a lo que iba, era bien recibido y se le consideraba “hermano” nada más pedir su entrada y ser aprobada por la asamblea y el consejo de ancianos.”

Los miembros de la Cofradía vivían fuera del mundo oficial. Eran apátridas absolutos en un exilio del que no había marcha atrás. Un exilio fundamentado en la rebeldía que nace del que se siente acosado y decide en un acto trascendente e irreversible romper con todo.

Estamos ante una rebeldía que, como escribo en el prólogo, está hecha a partes iguales de aversión y deseo, es decir, entre el pasado y el porvenir, ya que el filibustero no sólo pretende sacudir el tablero en el que mueven sus fichas los poderosos del mundo, sino que a través de su conducta está creando unas nuevas reglas del juego.

Si la libertad es en última instancia su única ley, el botín es su consecuencia y al menos así será durante bastantes años, hasta que la inversión de esta máxima acabe con los valores de la Cofradía y en su disolución.

Veamos a continuación cuáles son las leyes principales por las que se guiaban y en las que coinciden todos los historiadores que han tratado esta sociedad libertaria.

Primera ley:
Ni prejuicios de nacionalidad ni de religión.

Los hombres son criticados o elogiados como individuos, nunca por su pertenencia a un país o por sus creencias religiosas. Las guerras entre los distintos reinos no debe perturbar la armonía de la Cofradía. No hay ningún caso en las dos primeras etapas de la Cofradía en el que un filibustero tome partido por su país de origen en contra de un miembro de la Cofradía. Cuando llegó a ocurrir, a partir de la invasión de Panamá, fue el principio del fin de la Cofradía y una de las causas de su desaparición. En lo que respecta a las creencias religiosas no sólo se respetan todas, sino que incluso se acepta al que no pertenece a ninguna religión, es decir, a los ateos. Por primera vez en la historia son respetados como tales y conviven pacíficamente con el resto.

Curiosamente, en Tortuga, durante unos años, hubo un cura católico y pirata al mismo tiempo que oficiaba misas de vez en cuando. Cuando los piratas saqueaban alguna iglesia solían llevarse algún cáliz o imagen para la capilla de Tortuga.

Segunda ley:
No existe la propiedad privada.

Esta ley no se refiere a la parte del botín que corresponde a cada asaltante, sino a la propiedad de la tierra y a los barcos que se utilizan para los abordajes y combates.

Cuando un capitán o un marino entra a formar parte de la Cofradía con su barco, pierde toda la propiedad sobre éste, pues pasa a ser de la colectividad. Cualquier filibustero que quiera preparar una acción dispondrá de los barcos que necesite, siempre que convenza a la asamblea de que son necesarios. Al terminar esta acción vuelven a ser del colectivo. En cuanto a la tierra, las casas y los lugares en los que viven son de todos los que los necesiten.

Hay que puntualizar que los filibusteros nunca construyen y, por supuesto, tampoco compran sus barcos. Los roban para la sociedad y pasan a ser de todos.

Tercera ley: La Cofradía no interfiere en la libertad de sus miembros.

No hay obligaciones gratuitas, ni siquiera en beneficio de la comunidad. No hay impuestos ni presupuestos generales que deban ser cumplidos. Tampoco existe un código penal. Cualquier querrela que pueda surgir entre miembros de la Cofradía se resuelve hombre a hombre y generalmente mediante duelos o decisiones de la asamblea.

Por supuesto que nadie está obligado a combatir. La asistencia a las expediciones es voluntaria. Aunque todos en el fondo están allí por ser filibusteros, es decir piratas, hay quienes prefieren estar más en la retaguardia haciendo otras tareas, siendo respetados y valorados como los combatientes.

Se puede abandonar la Cofradía cuando se quiera sin que exista ninguna represalia. Son frecuentes los filibusteros que tras un suculento asalto deciden establecerse como colonos o bien regresan a su tierra. Hay casos tan sonados como el expuesto antes de Pierre Le Grand, que tras conseguir en un suculento asalto parte del tesoro azteca que mandaban los españoles a Cádiz, decide retirarse a su pueblo en la Bretaña francesa y allí acaba siendo un respetado y rico ciudadano.

Para los Hermanos de la Costa, exagerar la importancia del individuo significa evitar el nacimiento de un grupo dirigente que en algún momento pueda mediatizar la vida de la comunidad. Los derechos de cada uno garantizan la libertad de todos.

Todas las decisiones se toman en asamblea en donde las posturas más inteligentes o surgentes suelen ser las ganadoras.

Los Gall escriben: “En la organización de los filibusteros libertarios descubrimos la influencia de los hugonotes. Existe un jefe que es elegido en asamblea, y ese coordinador o gobernador puede ser revocado en cualquier momento y sólo tendrá capacidad de gobierno en tiempos de guerra, cuando la isla sea atacada o cuando exista un peligro militar externo.”

Este gobernador nunca tiene los poderes de un gobernador clásico colonial, pues las grandes decisiones se toman por una junta de capitanes o por la asamblea, según sea el tipo de decisión a tomar. En los tiempos en que los

Hermanos de la Costa están en Isla Tortuga y en Jamaica, las decisiones importantes se suelen tomar reuniéndose en la Isla de la Vaca que está a la misma distancia de ambas islas. Cuando reina la paz en isla Tortuga o en Port Royal, el jefe no posee mayor autoridad que los demás.

Para estar seguros de que no abusará de su poder, se deja bien claro en su “código” que puede ser depuesto de sus funciones por mayoría simple.

La elección de un jefe es algo que en nuestros días parece normal, pero no hay que olvidar que en el siglo XVII era algo totalmente revolucionario. Estamos en 1620, treinta años antes del republicanismo de Cromwell en Inglaterra, y 160 años antes de la revolución francesa. Era impensable que en aquella época alguien pusiese en duda la autoridad dinástica de los reyes, y sin embargo esto ocurre en un rincón del Caribe y en una sociedad totalmente distinta a las conocidas hasta entonces.

Cuarta Ley: No se admiten mujeres.

Este punto, sin duda conflictivo desde el punto de vista de una sociedad como la actual, lo justifican ellos argumentando que el matrimonio puede llegar a ser una fuente de conflictos entre los “cofrades”. Las infidelidades, los celos y la formación de una familia son elementos que pueden afectar a la unión de la sociedad. Sin embargo, cuando no permiten la pertenencia de las mujeres a la cofradía, se refieren a mujeres occidentales. Las nativas, las esclavas liberadas y las prostitutas sí estaban aceptadas, pues no consideraban que podían alterar la vida cotidiana al no ser proclives a la creación de familias. Los cofrades rechazaban tener hijos para no tener que plantearse el futuro.

Precisamente, cuando las monarquías, en especial la francesa, quiere controlar y amortiguar la fuerza de los filibusteros de la Cofradía, envían a isla Tortuga y a otras islas en las que éstos están establecidos, destacamentos de mujeres para fomentar el matrimonio, consiguiendo en muchos casos que estos filibusteros acaben viviendo como colonos, aceptando al gobernador de turno y abandonando la piratería.

3.3. ¿Cómo se entra a formar parte de la Cofradía?

Cualquiera podía entrar a formar parte de esta organización. No había restricción hacia nadie.

En un principio y durante una etapa, existía un período llamado el matelotage, y era un tiempo de adaptación o prueba que debían de pasar los nuevos miembros.

Cuando un aspirante llega a la isla, da igual su procedencia, su religión o las funciones desempeñadas en su país de origen como ya expuse antes, y tan sólo basta su intención de aceptar las leyes de la Cofradía. El siguiente paso es su aceptación por el consejo de ancianos. Una de las normas emanadas de esas leyes es la de convertirse en matelot o servidor y acompañante de un filibustero o cofrade veterano. Durante un período aproximado de dos años, el matelot debe seguir a su amor a todas partes. En tiempo de paz limpiará su choza, lavará su ropa, cuidará en definitiva de las cosas cotidianas del filibustero al que ha sido asignado y cuando llega el tiempo de guerra, de expedición, el filibustero le protegerá en el combate, se encargará de que tenga sus armas siempre en buen estado, en definitiva, le auxiliará siempre que sea preciso.

El matelot no puede participar en las elecciones y decisiones y no recibe ningún salario, siendo deber de su amo el alimentarlo, vestirlo y cuidar de él lo mejor posible, incluso con su vida si es necesario. El matelot era en palabras de Esquemelin “un compañero o socio en la fortuna”. En los asaltos le corresponde una mitad menos del botín que le toca a su amo, y pasados los dos años y demostrada su “buena voluntad” y su valor, se propone al consejo de la isla que sea aceptado en la Cofradía con todos sus derechos.

Cuando el nuevo miembro entra a formar parte de la sociedad filibustera acostumbra a adoptar un nuevo nombre o “mote” perdiendo su anterior nombre y apellido. Es una forma de romper definitivamente con su vida anterior.

El sistema del “matelotage” se practicó principalmente en la primera etapa de la Cofradía, cuando tenía un carácter más libertario utópico. Se trataba de una reminiscencia de la sociedad bucanera, pues fue esta sociedad de cazadores la que lo aplicaba a rajatabla. No debemos olvidar que el contenido ideológico de la Cofradía era en gran medida una contribución de la sociedad bucanera y de los hugonotes que buscaron refugio en el nuevo mundo ante la persecución religiosa y política que venían sufriendo en Francia. Cuando la Cofradía empieza a convertirse en una auténtica potencia frente a los españoles, y está prácticamente controlada por los filibusteros y por la gente de mar, se va olvidando esta costumbre, siendo sustituida por la aceptación de las normas de a bordo firmadas antes de embarcar, aunque queda una reminiscencia que caracteriza a la sociedad filibustera. Se trata del compañero

o amigo fiel que cada filibustero solía tener hasta el punto que se decía que iban por parejas. Entre los dos se juramentaban defenderse y ayudarse en todo momento hasta la muerte si fuese preciso y el superviviente se convertía en heredero de todos los bienes del muerto. La fidelidad es un elemento clave en la vida de los filibusteros de la Cofradía y se llevó tan hasta sus últimas consecuencias que bastó que ésta fuese traicionada en dos ocasiones concretas, como veremos más adelante, para que la Cofradía fracasase y se disolviese.

3.4. *¿Cómo vísten?*

Existe una imagen, que nos viene sobre todo del cine, en la que se ha recreado una estética de los piratas bastante equivocada.

Ésta por lo general no suele coincidir con la realidad y exceptuando algunas de las pinturas de Howard Pyle y otros grabados de la época, la forma de vestir de estos personajes está bastante alejada de la que se nos ha presentado frecuentemente en películas y obras de teatro.

Los filibusteros solían vestir de forma totalmente anárquica: una camisa de tela y un pantalón ancho, botas de cuero de cerdo y una gorra o un pañuelo para recogerse el pelo y protegerlo del viento, un cinturón de cuero más ancho de lo normal, del que colgaban sus armas y les protegía parte del estómago y, finalmente, añadían siempre un toque personal con alguna prenda u objeto de los robados a sus víctimas, como pañuelos o detalles de seda, alguna blusa bordada o con chorreras, sombrero y, sobre todo, joyas, como collares, pendientes o brazaletes de oro. Esto les daba un cierto toque “femenino” que en ningún momento rechazaban, ya que es considerado como un elemento diferenciador y de exaltación de la individualidad. Lo normal es que lleven ropa ligera que no les entorpezca los movimientos y, en algunos casos, cuanto menos mejor.

No obstante, se da otro prototipo de pirata y es el que se vestía las casacas robadas a los almirantes o capitanes de los barcos asaltados, lo que les daba un aspecto de almirantes o capitanes atípicos, pues junto a esos ropajes oficiales se colgaban las joyas que comenté antes y los pañuelos y pendientes robados.

También coexistía en el grupo quien conservaba la indumentaria típica de los bucaneros cuando iban de caza, sobre todo los encargados de utilizar los mosquetones. En cualquier caso, si había un elemento unificador en cuanto a la vestimenta, era que no existía uniforme alguno y que cuanto más diferente vestía cada uno, mejor visto era entre el resto de la tripulación. Tenían tan desarrollado el sentido del individualismo que el uniformismo era rechazado de raíz.

Un fenómeno curioso se daba durante los abordajes. Los filibusteros se disfrazaban con frecuencia de cualquier personaje, pues consideran que el vestirse de mujer, de cura, de monja o de cualquier otra cosa era una forma de desconcertar a los enemigos y faltarles al respeto, así como una manera de despistarlos, buscando que el vigía del barco enemigo confundiera su barco con un navío pacífico que transportara ciudadanos inocentes.

Sus armas eran pistolones, mosquetes de los usados por los cazadores bucaneros, sables y cuchillos de caza, además de los cañones propios del barco.

La utilización de los mosquetones, heredados de su época bucanera, era un elemento que les distinguía de otras formas de piratería. Durante su experiencia bucanera como cazadores fueron depurando una puntería envidiable. Estos mosquetones llamados “bucaniers” eran fabricados en Francia, en las ciudades de Nantes y Burdeos y tenían ciento cuarenta centímetros de largo. Cuentan algunos cronistas que estos bucaneros metidos a filibusteros eran capaces de dar a una moneda a 120 pasos de distancia.

Durante el asalto, estos tiradores de élite disparaban sobre el timonel o sobre los vigilantes facilitando el trabajo al resto de la tripulación.

3.5. Preparando la expedición.

Las expediciones organizadas empiezan a proliferar una vez superada la etapa más anarquista de la Cofradía: la de los pequeños asaltos con piraguas o pinazas contra los navíos españoles. La que podríamos considerar como “guerra de guerrillas”.

Una expedición, para tener éxito, necesitaba de bastante organización y disciplina. Aparece la jerarquía, que aunque revocable en cualquier momento, es aceptada como necesaria para llegar a buen puerto. Surgen los capitanes o jefes, elegidos entre todos, pero que siempre suelen ser los mismos hasta el punto de que con el tiempo son ellos los que convocan las expediciones y repiten tripulación y mandos intermedios. Es el momento en el que comienza la etapa de los grandes éxitos de la Cofradía. Las expediciones se anunciaban en los lugares donde vivían estos filibusteros y acudían de todas partes para apuntarse en ellas. Casi siempre el punto de partida o de encuentro de todos para organizar el viaje era la isla de la Vaca, al oeste de Santo Domingo.

El siguiente paso era el acondicionamiento del barco o los barcos, si éstos no habían sido previamente acondicionados para anteriores expediciones.

Paso a continuación a hacer una relación de los principales tipos de barcos que circulaban por el Caribe y por lo tanto estaban al alcance y fueron utilizados por los piratas:

Nao: Sinónimo de gran barco de cuatro palos.

Carraca: nave que era utilizada únicamente para la carga de mercancías.

Galeón: nave de guerra, por lo tanto bien armada, que protegía a las carabelas, que era como se llamaba al conjunto de naves que circulaban por los mares caribeños.

Patache: embarcación pequeña pero armada. Era la más apreciada por los piratas para atacar.

Pinaza: Utilizada para transportar fundamentalmente gente. Los piratas las utilizaban para desembarcos o ataques a ciudades. Eran de poco calado y podían navegar en aguas poco profundas y algunos ríos. Cabían 120 personas o más.

Balandra: Más pequeñas que la pinaza, se usa para atacar al enemigo en grupos, rodeando la presa. Muy útiles para abordajes.

Fundamentalmente, el acondicionamiento de cualquiera de estos barcos consistía en quitarle lastre; quitarle todo aquello que fuese considerado inútil para el fin que perseguían: adornos, mascarones, faroles y todo el barroquismo propio de los buques españoles e ingleses de aquella época. El mobiliario también iba fuera. Cuanta más gente cupiese, mejor. En cubierta sólo lo necesario para facilitar la maniobrabilidad en abordajes y enfrentamientos y quitar elementos que podían producir heridos en caso de que fueran alcanzados por una bala de cañón y las astillas que ésta producía.

Una vez realizada esta transformación, un buque que normalmente llevaba treinta cañones se convertía en uno de cincuenta.

Francisco Mota da otro dato importante: “la única variante que daba a los barcos adaptados era la de dotarlos de planchas metálicas de protección, planchas que acondicionaban de una manera bastante somera a los “empalletados” de las embarcaciones y que al no adaptarse frecuentemente a la línea de borda, era una de las señales para los navegantes del Caribe que denunciaba la presencia de un barco filibustero”.

El historiador español Lucena Salmoral, escribe en el capítulo titulado “Piratería libertaria: bucaneros y barrenderos del mal”: “La empresa filibustera era comunitaria y capitalista a la vez. Lo último se manifestaba en el reparto

del botín, donde cada uno recibía una parte en consonancia con lo que había puesto. Se iniciaba mediante un consejo en el que se decidía la forma de abastecer a la expedición con carne de res, de puerco o de tortuga. Frecuentemente el procedimiento más simple era robársela a los españoles, pero a veces había que comprarla a los bucaneros o hacer partidas de caza de ganado cimarrón...”

Resuelto el problema de la intendencia, se efectuaba, otro consejo en el cual se fijaba el objetivo y se señalaban los gastos y el reparto del botín.

Pero dejemos que sea Esquemelín, el que nos cuente de primera mano cómo se planteaba un asalto:

Antes de hacernos a la mar, los piratas avisamos a cada uno de los que van a formar parte de la expedición, del día exacto en que habremos de embarcar... imponiéndonos el deber de traer la cantidad de pólvora y de balas que se estimen necesarias para la empresa. Una vez a bordo, nos reunimos en consejo para discutir el lugar al que iremos primero para cargar víveres, sobre todo carne... Una vez en posesión de la cantidad de carne y otras viandas necesarias para la travesía, regresamos a bordo. La ración de cada uno es la que le cabe en la barriga, ni se pesa ni se mide, y no se le ocurre al despensero dar al capitán una porción de carne o demás alimento superior a la del más subalterno marinero.

Una vez aprovisionado el barco, celebramos otro consejo para decidir el lugar donde ir a buscar fortuna. En esta ocasión se acuerda y se ponen por escrito ciertos artículos u obligaciones que cada uno debe respetar... así, se especifica la suma de dinero que cada uno recibirá por el viaje...

Se menciona en primer lugar la suma que corresponderá al capitán, al carpintero y obreros que hayan carenado, reparado y aparejado el barco... luego, se aparta una cantidad para provisiones.

A continuación,, deducimos un sueldo para el cirujano y su caja de medicamentos, y para terminar se establece una tabla de indemnizaciones o recompensas para los heridos...

Es importante la cantidad de negros huidos de los campos de trabajos forzados y la esclavitud que formaban parte de las tripulaciones. El historiador inglés Clifford llega a cifrar esta presencia en un treinta por ciento. Otros consideran esta cifra exagerada, pero en cualquier caso la cifra era, a buen seguro, muy alta.

También se contaba con indígenas, al parecer, sobre todo con indios mosquitos, por su habilidad con las lanzas y como vigías, porque tal y como

explica el pirata de la Cofradía, y más tarde geógrafo y botánico de prestigio, William Dampier: “en el mar ven más lejos y mejor que nosotros...”

3.6. *La Ley de a Bordo. “La Chaise partie”*

La “Ley de a Bordo” o “Chaise partie” se firma al embarcar y se ciñe a la expedición, pues todas las leyes de la Cofradía sólo valen para cuando están en tierra y tienen el objetivo de defender al individuo frente a la usurpación de la libertad por la comunidad.

Una vez a bordo el objetivo es todo lo contrario: hay que defender a la comunidad, el bien común ante el individualismo.

La Ley de a Bordo es lo más serio para un filibustero. Se discute durante el tiempo que sea necesario y se jura poco antes de zarpar por todos los miembros de la expedición. Su incumplimiento puede suponer la pena de muerte.

Veamos cuáles son los artículos fundamentales, eso que, como dice Esquemelin, se firman antes de partir y se repiten prácticamente con sus particulares variaciones en todas y cada una de las expediciones durante las distintas etapas de la Cofradía.

Cada expedición tiene sus propias leyes y aunque sean en lo fundamental muy parecidas, la decisión final tomada en asamblea, hace que nunca dos leyes de a bordo sean iguales. Aquí voy a reproducir dos distintas. La primera, expuesta en el libro de Gall es de la época de Morgan y el Olonés, es decir, de la segunda época de la Cofradía, mientras que la segunda es de un poco más tarde, probablemente de 1685/95 y corresponde a la etapa final.

Artículo I. Durante el combate, todos los hombres tienen que obedecer las órdenes del capitán. El capitán podrá ser revocado en asamblea.

Artículo II. El botín se repartirá de la siguiente forma: El capitán recibirá 2 partes. El contra maestre recibirá 1 parte y media. Los oficiales y especialistas 1 parte y un cuarto. Los marineros recibirán una parte del botín. Los “matelotes” o aspirantes, media parte.

[Se da el caso de algunos capitanes como Morgan que se daban 5 o 6 partes del botín y pagaban a los oficiales y especialistas un sueldo fijo que estaba entre 100 y 150 piezas de a ocho. Si esto se aceptaba por los expedicionarios, era totalmente válido.]

Artículo III. Trata de las indemnizaciones que se darán a los combatientes que queden inútiles o lisiados durante el combate. El baremo es el siguiente: Pérdida del brazo derecho, 600 piezas de a ocho. Pérdida del brazo izquierdo, 500 piezas de a ocho. Pérdida de la pierna derecha, 500 piezas de a ocho. Pérdida de la pierna izquierda, 400 piezas de a ocho. Pérdida de un dedo, 100 piezas de a ocho. Pérdida de los dos ojos, 1000 piezas de a ocho.

Este artículo se repite en todas las normas de a bordo de todos los barcos de la Cofradía. Hay que añadir que también se destinaba un fondo para poder asistir a los “cofrades” cuando por edad o invalidez total tenían que dejar la piratería. Estamos en 1640, ante uno de los pilares en los que se basará varios siglos después la Seguridad Social de los Estados modernos y las tablas de cotización de las compañías de seguros.

Resulta curioso que incluso los lisiados eran recompensados si resultaba dañada la parte afectada de su cuerpo. El padre Labat lo cuenta en sus memorias: “si un hombre tiene una pata de palo o un garfio en el brazo y éstos resultan maltrechos, recibirá la misma cantidad, como si se tratara de sus miembros originales.

Artículo IV. La medida a tomar en el caso de que un miembro oculte parte del botín será la pérdida de su parte y el someterse al castigo que la tripulación y el capitán decidan.

Escribe William Dampier: “...uno de nuestros hombres fue acusado de robo y por ello, condenado a recibir tres latigazos en la espalda desnuda con una cuerda de dos pulgadas y media por cada hombre del barco (cien tripulantes). El primero fue el capitán Swan, y golpeó con benevolencia. Todos los demás seguimos su ejemplo”.

La pena mayor es el “marrón”, que consiste en ser abandonado en una isla con una botella de agua, una pistola y una bala. Como detalle anecdótico, señalamos que la novela *Robinson Crusoe* está basada en un hecho real acontecido a un pirata que fue condenado a un “marrón” y por lo tanto abandonado en una isla. El tal pirata se llamaba Selkirk, era holandés e inspiró el relato de Daniel Defoe.

Artículo V. Sobre las obligaciones a bordo, se acuerda que si un hombre olvida su trabajo o si no tiene sus armas listas para el combate, se someterá al castigo que le imponga el capitán y sus compañeros.

Artículo VI. Si un hombre fuma en pipa sin tomar precauciones o utiliza una bujía sin linterna debidamente cerrada, se deberá someter al castigo del capitán y sus compañeros.

En muchas expediciones se prohibía directamente fumar a bordo. No debemos olvidar que el peligro de incendio era muy grande, máxime si tenemos en cuenta que estos marinos solían beber a bordo vino rebajado con agua en lugar de agua para evitar infecciones, lo que aumentaba la posibilidad de “descuidos” debidos al alcohol. Hay que añadir que el consumo de alcohol “sin rebajar” era libre a cualquier hora del día y de la noche en muchas expediciones. Con el paso de los años, el alcohol se fue restringiendo a determinadas horas, e incluso días, no permitiendo algunos capitanes beber a bordo, dejando las borracheras únicamente para las tabernas y las estancias en puerto.

Artículo VII. Si un hombre hace trampas en el juego será juzgado por toda la campaña.

Acerca del juego a bordo hay que decir que se convirtió a veces en un grave problema. Hubo filibusteros que ganaron más dinero en el juego que con el reparto del botín. Se cuenta que Roc Brasiliano era tan buen jugador que se jugó su libertad con sus guardianes cuando era conducido a España para ser juzgado y la ganó.

Les encantaba jugar, sobre todo a los dados y esto planteaba un problema: los que habían ganado intentaban volver lo antes posible a puerto, y los perdedores estaban interesados en seguir la expedición por más tiempo. Esta situación requería de un capitán con suficiente mano izquierda para contentar a ambas partes, hasta el punto de que algunos de ellos incluyeron en las normas de a bordo la prohibición del juego durante todo el viaje o en determinados días.

Artículo VIII. El primero que vea un navío que pueda ser apresado será recompensado con la posibilidad de ser el primero en escoger un objeto del botín apresado.

Se escogía por lo general un arma, un collar, un vestido o algo que fuese vistoso y atractivo. Ese objeto era como un detalle de distinción, más por su significado que por su valor.

Artículo IX. La compañía dará cuartel a todos los barcos enemigos que se rindan sin combatir.

El comportamiento violento y sanguinario de muchos capitanes hace pensar que este artículo no figuraría en sus códigos de a bordo, pero lo cierto es que aparece en documentos incautados a algunos barcos.

Artículo X. Todo aquél que intente abandonar la compañía en el curso de una expedición, una vez se haya abandonado el puerto de origen, será castigado con un “marrón”.

Este artículo se enfrenta a otro que conocía como “la disciplina de Jamaica” que decía, en palabras de William Dampier: “...todo miembro de la tripulación es libre de desembarcar donde le plazca, o de formar parte de cualquier otro barco que le acoja”. Al final, era la mayoría la que decidía si en ese viaje se aceptaba la “disciplina de Jamaica” o no.

Estos artículos, como explican J. y J. Gall son un resumen de los más usuales, pero podían variar tanto en número como en contenido según lo decidiesen los filibusteros antes de zarpar.

Veamos a continuación el segundo ejemplo. Pertenece a la época de Laurens de Graff, alias Lorencillo. La base es la misma que en el caso anterior, aunque en este aparecen algunas particularidades curiosas como el durísimo castigo a quien maltratase a las mujeres, o la existencia de un grupo de músicos u orquesta a bordo:

Artículo I. Todo hombre debe obediencia a órdenes cortesas, el capitán recibirá parte y media de todas las presas; el patrón, el carpintero, el primer piloto y el jefe de cañones cobrarán parte y cuarto.

Artículo II. Todo hombre que haga proposiciones de deserción o de ocultar cualquier cosa, será bajado a tierra con un frasco de pólvora, una botella de agua, una pistola y algunas balas.

Artículo III. Todo hombre que robe, sea lo que sea, a la Hermandad, o se entregue al juego, haciendo apuestas de un duro o más, será abandonado en tierra o fusilado.

Artículo IV. Caso de que nos encontráramos con otro pirata, fuera cual fuera el momento, aquél que firmare entonces los artículos del mismo, sufrirá el castigo que el capitán o la colectividad juzguen conveniente.

Artículo V. A todo hombre que hiera a otro mientras estén vigentes los presentes artículos, se le aplicará la ley de Moisés (cuarenta latigazos menos uno) sobre la espalda desnuda.

Artículo VI. Todo hombre que rompa sus armas, o que fume tabaco en la bodega sin haber colocado un resguardo sobre su pipa, o que lleve una candela encendida sin colocarla dentro de una linterna, será sometido al trato previsto en el punto anterior.

Artículo VII. Todo hombre que no mantenga sus armas listas para el combate o que muestre descuido en el puesto, perderá su parte del botín y sufrirá además el castigo que el capitán y la hermandad juzguen conveniente.

Artículo VIII. Todo hombre que pierda alguna articulación en combate será indemnizado...

Aquí aparecen las mismas indemnizaciones que en el anterior contrato, de lo que se deduce que era algo establecido ya de antemano por todos los capitanes y tripulantes desde el principio de la Cofradía.

Artículo IX. Si en un momento cualquiera de encontrarse en presencia de una mujer honrada, alguien intentase violarla, este hombre será ejecutado en el acto.

Artículo X. Los músicos de a bordo librarán el sábado, estando obligados a tocar cualquier otro día y a cualquier hora a petición de la tripulación.

Los filibusteros no permitían que las mujeres viajasen en sus barcos. Ésta era una norma que se aplicaba a rajatabla, aunque bien es cierto que alguna vez un capitán consiguió imponer, por su prestigio, llevar compañía. Lo que sí estaba permitido era que mientras el barco estuviese en puerto y se ultimasen los preparativos para zarpar, uno o varios días o noches se pudiese subir a cualquier mujer.

El hecho de que pasasen mucho tiempo sin mujeres ha dado pie a que varios escritores hablen de la posible homosexualidad de los filibusteros de la Cofradía. Sin duda, el hecho de que el “matelotage” que explicamos antes fuese la base de su sociedad apoya esta postura. En cualquier caso, lo cierto es que no se condenaba ningún tipo de relación sexual por lo que, teniendo en cuenta que estamos en el siglo XVII, esa permisividad era ya un indicio de su conducta.

El artículo X demuestra que la Cofradía daba mucha importancia a los músicos, no sólo en las tabernas, en las que eran imprescindibles, tino también en los barcos, en los que cumplían el papel de dar ánimos y entretener a la tripulación en los largos momentos de espera y desmoralización, así como animando en el combate. Es curioso que entre las diversiones de los filibusteros no sólo estaba la música, sino también el teatro. Se solían hacer representaciones de carácter cómico en las que unos representaban a los españoles, al gobernador, incluso a los frailes y monjas, y otros a los piratas. Un director iba encauzando el acontecer de la obra. Éstas solían acabar en grandes fiestas y borracheras.

Volviendo al código, como escribió Philip Gosse: “...una vez puesto por escrito y aceptados por la hermandad estos artículos y estas normas de conducta, cada hombre era invitado a prestar juramento sobre la Biblia (o sobre cualquier otro objeto respetado por la tripulación, a veces una espada, una pistola o una botella de ron), pasándose luego al acto de elegir un pabellón que inspirase terror o confusión a quienquiera que lo viese. A veces se escogía como “Jolly Roger” o bandera, una simbología compuesta por un cráneo humano con dos tibias cruzadas, aunque esa simbología se da a partir de 1700 cuando ya no existe la Cofradía. Durante el período de la Cofradía se izaba cualquier bandera, por lo general la de un país que permitiese a los piratas confundir al enemigo. Para ellos la bandera no era más que un trapo al que no tenían el menor respeto.

Hay quien se decidía por personalizarla con algún símbolo como una cabeza de jabalí o un reloj de arena, que aludían al tiempo que daban al enemigo para rendirse. En cualquier caso, en la primera etapa de la Cofradía se prescindía de banderas, en la segunda, la de las expediciones, es siempre un trapo personalizado al que se da muy poca importancia. Es en la tercera parte cuando se unifican más los símbolos, aunque nunca fue algo común a todos ni mucho menos. Más bien eran siempre distintas y con motivos personales.



3.7. La vida a bordo

Cada vez que se iniciaba una nueva expedición, la tripulación definía los cargos o reparto de tareas dentro del barco. Los puestos más importantes eran:

El capitán:

Era el individuo al que se le suponían mayores dotes de liderazgo y habilidad diplomática, tanto con la tripulación como en las posibles negociaciones con el enemigo. Debía dar ejemplo de valor al resto de la tripulación y era el responsable del mando de la nave en los momentos de combate. En muchos casos y según la “Ley de a Bordo” las decisiones se tomaban en asamblea y entonces el capitán era el encargado de que se llevasen a cabo.

El “segundo de a bordo”:

Morgan es el primero que decide que en todo barco de la Cofradía debe ir uno o dos representantes de la tripulación filibustera para que hablen en su nombre. Más adelante se da paso a la elección de un “oficial” cuya función es igualmente hablar en nombre del resto de los hombres, comprobar que se les trata correctamente y asegurarse de que el botín es repartido según las normas de a bordo.

Este cargo es también el que convoca las asambleas a petición de la tripulación, y esas asambleas pueden cambiar o añadir puntos a las normas de a bordo. El segundo de a bordo es tan importante como el capitán hasta el punto que hubo segundos que tuvieron un papel clave en la vida de la Cofradía. Miguel el Vasco o Morgan, que fue segundo de Mansvelt o Michiel Andrieszoon entre otros, confirman esta apreciación.

El filibustero Raveneau de Lussan cambia a petición de su segundo y ante una situación difícil que obliga a jugárselo todo a una carta, la norma de a bordo y así lo escribe en su diario: “...entonces redactamos normas que condenaban con la pérdida de su parte del botín a todo aquél que fuera acusado de cobardía, violación, embriaguez, desobediencia, robo o incumplimiento de las órdenes.

El Contramaestre:

Era algo así como el intendente de la nave. Entre sus funciones estaba el reparto de provisiones a la tripulación. Se le suponían dotes de buen administrador. También era el encargado de decidir qué mercancías se cogían durante un asalto y cuáles se desechaban. Esta tarea era muy importante, pues

debía de estar al tanto de qué tipo de cargamentos se podían vender mejor. Se llegó a dar el caso de que un contraamaestre inexperto llegase a tirar al mar un cargamento de palo de Campeche por considerarlo madera sin valor. Se encargaba también de planificar el reparto del botín. Era el árbitro en las disputas entre tripulantes.

El carpintero:

Su deber era el mantenimiento material de la embarcación, debiendo taponar toda rotura del casco, del timón, del mástil...

También se encargaba de organizar operaciones como el carenado del barco o la reparación de los aparejos. Era un cargo muy respetado y valorado, pues de sus conocimientos dependía en gran medida el éxito de cualquier empresa. Era algo así como el “ingeniero” del barco.

El Cirujano o médico:

El ambiente insalubre que propiciaba la transmisión de enfermedades y los riesgos que suponían los abordajes y combates, lo hacían imprescindible en cualquier barco. Era el encargado de confiscar todos los medicamentos que se podían conseguir en los asaltos a los barcos enemigos y catalogarlos. En muchos casos se trataba de individuos que habían aprendido el oficio a base de amputar y curar sin otro conocimiento que la experiencia diaria. Aunque en otros se trataba de auténticos médicos o cirujanos que se unían a la causa filibustera. El más célebre cirujano filibustero fue Esquemelin, que alternó su trabajo médico con el de cronista de la Cofradía.

Las enfermedades más corrientes eran, en primer lugar, el escorbuto, consecuencia de la falta de vitamina C, y el beriberi por falta de vitamina B. También están la desnutrición, las insolaciones y las infecciones, además de todos los males relacionados con las heridas producidas en la batalla.

El Artillero:

Debido a que el apuntado de las piezas se hacía a ojo, un buen artillero se forjaba a base de experiencia. Su labor era la corrección de las piezas de artillería así como la organización y cargado de éstas. Se encargaba también del almacenado, control y buen estado de la munición. Un gran artillero o cañonero fue Laurens de Graff y gracias a su puntería y dotes como artillero subió de simple tripulante a jefe artillero de La Armada de Barlovento española, y tras desertar, a capitán pirata de la Cofradía.

El Oficial de derrota:

Las cartas de navegación no eran algo corriente en este tipo de barcos, por lo que aparte de ser un botín muy apreciado en los asaltos, llevar a bordo alguien que conociese las rutas y tuviese un mínimo conocimiento cartográfico era muy importante. Grandes cartógrafos como William Dampier fueron en su juventud oficiales de derrota de piratas como Bartolomé Sharp o John Coxon. Como anécdota, cuando Jean Fleury asaltó el primer galeón español en las Azores, en 1523, capturando parte del tesoro de Moctezuma que iba con destino a Sevilla, se valoró más todo el material cartográfico incautado que el mismo tesoro, pues eso permitió al Rey de Francia conocer las nuevas tierras conquistadas y las rutas de la zona. Un buen mapa de cualquier zona era tan valioso y tan preciado por los piratas como un gran cargamento.

El Cocinero.

Estaba encargado del mantenimiento de la tripulación. Hacía la comida y se encargaba de la bodega y de la conservación de los alimentos así como de la carga precisa y puntual de éstos en los puertos de partida.

Los principales víveres a bordo eran las galletas y bizcochos, endurecidos al horno para que se conservasen más tiempo, el arroz y la carne seca o cecina. En algunos barcos se llevaban algunas gallinas, por los huevos. El tocino se conservaba bien, así como quesos curados. La carne fresca de tortuga era también muy codiciada.

Lo normal era tocar tierra tantas veces como fuera necesario y a la hora de trazar el itinerario de una expedición se calculaban muy bien las distintas paradas en calas y villas conocidas en las que se iban abasteciendo, no sólo de comida, sino también de agua, elemento que se pudría con facilidad y había que reponer continuamente.

A bordo se solía comer una ración diaria igual para todos.

Los músicos.

Eran muy frecuentes. Los grupos de músicos que navegaban con piratas como Laurens de Graff o Bartolomé Roberts eran célebres en la época y hay múltiples alusiones a ellos en varias crónicas y libros de historia. Laurens de Graff como veremos más adelante en su biografía fue músico, en concreto violinista y Bartolomé Roberts era un fanático de Haendel y pedía a sus músicos que le tocasen piezas del compositor inglés.

Estos músicos debían estar siempre al servicio de las peticiones que les hiciesen sus compañeros a cualquier hora del día o de la noche y únicamente libraban los sábados. A cambio, recibían una paga extra.

Durante el abordaje hacían sonar sus instrumentos de forma anárquica y desafinada para intimidar y desconcertar a sus adversarios o para dar órdenes.

El espacio a bordo solía ser tan limitado que los filibusteros tenían que aprender a andar bajo cubierta, casi agachados y a convivir apretados, codo con codo o amontonados sobre cubierta. Unos “vivían” sobre la cubierta al cielo raso, la lluvia y las olas como único cobertizo, pero los que estaban bajo cubierta no se puede decir que vivieran mejor, ya que a veces eran más de sesenta personas para un espacio tan reducido que apenas podían moverse y debían compartirlo con los toneles de agua, vino y comida. Aparte estaban los cañones y la munición. Se solía dormir por turnos.

El retrete era una plancha de madera a la que se le hacía un agujero y se dejaba sobresalir por la proa. En momentos de tormenta o mar agitada era toda una heroicidad utilizar el beque, que es como se le llamaba a esta tabla.

Con el tiempo, estos detalles se fueron mejorando, sobre todo a medida que la Cofradía iba capturando barcos más grandes al enemigo. En la segunda época del filibusterismo caribeño (1660-80) ya se puede afirmar que muchos de los barcos de la Cofradía estaban más adaptados a la vida marinera que algunos de los galeones de la corona.

Los aspectos duros se alternaban con los días de agradable navegación, de compañerismo, de esa vida “social” que surgía del encuentro entre tripulaciones en medio del mar, en los que se hacía gala de la mutua cortesía y de la solidaridad, o como lo llamaban ellos, “l’ensemble du peuplue pirate”, o unión de todos los piratas frente al mundo hostil de los poderosos.

Si todo eso se daba en el mar, en tierra no era menos.

Después de un golpe, cuando éste era afortunado, regresaban “a casa”, es decir, a Isla Tortuga o a otra de las islas que tenían como base. Allí encontraban protección y podían disfrutar del botín en burdeles, casas de juego y tabernas.

Los únicos que seguían trabajando en tierra eran los músicos, que debían amenizar la fiesta tanto en las tabernas como al aire libre.

Los prostíbulos más famosos estaban en Port Royal, en donde llegó a haber putas tan conocidas que se convirtieron en auténticos mitos eróticos de los filibusteros. Quizá la más nombrada de todas ellas fue María Carleton, alias “la princesa Germana”, verdadera “Dulcinea” del filibusterismo caribeño.

La llegada de una tripulación victoriosa revolucionaba la isla durante varias semanas. El historiador francés Lapouge lo cuenta así: “Los piratas se disfrazan con paños preciosos que han descubierto en cofres. En un instante se forma un carnaval suntuoso y goyesco... revestidos de oropeles de oro y plata, el cuello adornado con pedrerías, el cuerpo velado con muselinas y sederías.... En este estado iban a ver a las “damas”, que les recibían con agrado, pues nadie pagaba mejor que ellos, y de allí a las casas de juego donde en muy poco tiempo se veían reducidos a nada. Bebían hasta morir, comían hasta reventar y se entregaban a las muchachas por docenas...” Bailaban hasta caer reventados, siempre al límite hasta el próximo asalto.

3.8. Historia de la Cofradía.

Una vez expuestas a grandes rasgos la forma de vida, ideología y normas de conducta, tanto en tierra como a bordo, de los miembros de la Cofradía, es el momento de retomar la historia de estos marineros libertarios.

Nos hemos quedado en 1640 cuando Pierre Le Grande asalta un gran galeón español y la noticia llega a las costas de Europa.

En Francia, Luis XIII se entera de que existe una sociedad armada contra el imperio español en Tortuga y decide mandar a un noble para que se haga dueño de la situación y ponga al servicio de la corona a esa fuerza incontrolada que suponían los filibusteros de la Cofradía.

El escogido es Jean Le Vasseur, que con sus 50 hugonotes procedentes de Normandía se establecieron en Port Margot, una pequeña isla que está frente a La Española. Desde allí entró en con los cofrades de Tortuga, y el 31 de agosto de 1640 llegó a la isla. Convoca a todos los habitantes y les cuenta que es necesario un gobernador para que las cosas funcionen mejor. Los filibusteros le escuchan y le dejan nombrarse lo que él quiera, al fin y al cabo quien decide es el Consejo de ancianos y las asambleas de la Cofradía. “Si quiere ser gobernador, que lo sea – comentaban entre ellos – mientras no moleste”. Pero Le Vasseur no puede ocultar la misión que le ha encargado el rey de Francia y en una de sus primeras declaraciones anuncia la anexión de la Isla de la Tortuga a Francia. A partir de ese momento todo cambia. La declaración fue acogida con una gran carcajada hasta tal punto que el propio Le Vasseur tuvo que declarar que, efectivamente, era una broma. Al ver que no se le tenía ningún respeto, escribe a Francia para comunicar que la forma de ganarse a los habitantes es fortificar la isla para pedir cualquier ataque

español. En París le creen y le ayudan en su tarea, sin saber que no es Le Vasseur el que se está ganando a los Cofrades sino al contrario: el gobernador es ya un miembro más de la Cofradía que está utilizando a Francia.

Gall lo cuenta así: “Pasan los años. Le Vasseur sigue de gobernador. Al parecer no ha participado en ninguna expedición, pero casi siempre se le pide consejo. Ya ha olvidado su misión oficial. En sus informes cuenta que ha organizado Isla Tortuga como colonia, que los filibusteros respetan al rey de Francia, que se recogen varias cosechas al año... Nada más lejos de la realidad. Tortuga no ha dejado de ser ni un instante independiente y la realidad es que Le Vasseur ha traicionado a su país”.

El rey francés, ganado por la desconfianza, ordenó a Philippe de Lonvilliers de Poincy, que gobernaba en San Cristóbal, que se enterase de lo que estaba pasando. Es el máximo representante francés en la zona y por lo tanto responsable de lo que ocurra en Tortuga. Cuando cuenta lo que en realidad está haciendo Le Vasseur, desde París le echan la culpa del desacato y desgobierno de la isla y lo destituyen.

Poincy está indignado. Insubordinado suyo le ha puesto en entredicho ante la corona y decide vengarse. Llamó a un noble de nombre Chevalier de Fontenay con la orden de que se apoderase de Tortuga y destituyera al gobernador rebelde. Fontenay se instaló frente a Tortuga y, utilizando a dos filibusteros enemigos de Le Vasseur, llevó a cabo su plan: asesina por la noche al gobernador.

El crimen llena la isla de confusión. Nadie sabe por qué ha ocurrido hasta que aparece Fontenay y con intrigas, datos falsos y testigos comprados, hizo ver que en el fondo todo ha sido un ajuste de cuentas y se ofreció a esclarecer el caso. En poco tiempo fue nombrado gobernador por los habitantes de la isla cautivados por su don de gentes y facilidad de palabra. Se muestra como un auténtico líder. Todo esto ocurría en 1652, precisamente el año en que de nuevo se va a producir algo inesperado para Francia: Fontenay se deja atrapar por la ideología de la Cofradía y reniega de su país para unirse a la causa filibustero. Una vez más, la prueba de la fuerza del espíritu libertario se impuso sobre el orden natural de las monarquías.

La corona española empezaba a sentirse seriamente amenazada y resolvió ocupar la isla para cortar la infección libertaria antes de que ésta se extendiese por todo el Caribe.

En 1654, la invaden y matan a los que no pueden escapar. Los huidos vuelven a vagar por el Caribe hasta que dos años más tarde el Conde de Peñalba, ante un ataque inminente a Puerto Príncipe, decide abandonar Isla

Tortuga para reforzar las defensas de la ciudad. Los filibusteros aprovecharon esta ausencia de los españoles para volver a su antigua casa, pero de Fontenay no se volvió a saber nada.

Este ataque español a la Tortuga cierra un capítulo de la piratería en el Caribe. Gall escribe: “La fecha de 1654 es crucial porque, más que la destrucción de la guarida filibustera, señala un nuevo giro de su historia, el fin de una era. Hasta entonces los filibusteros han vivido una época de pureza que podríamos designar como “período de cristal”. El espíritu anárquico ha imperado y las tentativas de Francia para aprovecharse de las empresas de la Cofradía han fracasado”.

Los filibusteros han vuelto a Tortuga, pero mucho más “radicalizados” y con más ánimo de venganza. Es el tiempo de los sanguinarios como El Olonés, Roc Brasiliano o Bartolomé el Portugués.

El nuevo gobernador es D’Ogeron, también francés y probablemente el mejor gobernador de Tortuga. Es ante todo y por encima de todo un filibustero, miembro activo de la Cofradía. Comienza su mandato concentrando a los filibusteros en Tortuga y se trae de Francia 2000 “engagés” o voluntarios para repoblar la zona de la costa oeste de La Española.

Empieza a cultivar allí cacao, maíz y tabaco y construye la ciudad de Port De Paix. Con esta acción se hace de hecho con ese territorio de la isla, que le será de gran ayuda a la Cofradía.

También trae mujeres que se van casando con algunos filibusteros y bucaneros, una forma inteligente de crear colonos y una fuerza de hombres en tierra, pues sabido es que el que se casa y termina formando una familia deja la vida de abordajes y asaltos.



En 1667 decidió, con el fin de unir más a la Cofradía, el asalto a la ciudad de Santiago de los Caballeros. El capitán nombrado en asamblea es Delisle y con el marchó de segundo un filibustero que

será clave en la historia de la Cofradía: el holandés Mansvelt, uno de los filibusteros más inteligentes de la época dorada y maestro de varios famosos piratas.

Tras el asalto victorioso a la ciudad española regresan llenos de moral y oro a isla Tortuga. Ha comenzado la nueva edad de la Cofradía. La llamada “etapa de oro”

3.9. Época dorada de la Cofradía

Después de lo que los historiadores J. y F. Gall llaman “la etapa de cristal” comienza el momento más alto en la historia de esta sociedad anarquista.

Los nombres de los piratas libertarios que aterrorizaron a los españoles durante esta época dorada son entre otros el francés Jean David Nau, más conocido por François “L’Olonnais”, para nosotros “El Olonés”, sanguinario y violento donde los haya, que no sólo puso en jaque a la corona española en el mar, sino también es quien inició los grandes asaltos a ciudades, como el de Maracaibo.

Poco después apareció en escena el holandés Mansvelt, para los ingleses Mansfield y para los españoles “Mansafar”, ideólogo que trató de fundar una república libertaria e independiente en la isla de Providencia y en la Costa de los Mosquitos sin conseguirlo, pues fue asesinado antes, al parecer por los ingleses. Mansvelt fue además maestro de varios filibusteros.

Bartolomé, alias “el Portugués”, Alejandro “Brazo de Hierro”, Roc “el Brasiliano” holandés, jugador y borracho, el inglés Meter Wallance, que dio nombre a Belice, Pierre Le Picard, Vent en Panne, Robert Chevalier, y por su puesto, por encima de todos ellos, el famoso Henry Morgan, asaltante de Panamá, Maracaibo y otras muchas ciudades, gran maestro de piratas y, al final, traidor a los filibusteros de la Cofradía.

Sobre algunos de ellos contaré sus principales avatares en la última parte de este libro.

Hubo otros muchos, menos conocidos, que no aparecen por sus nombres en las crónicas de los historiadores, pero no por ello son menos importantes en la vida de la Cofradía, ya que muchos de ellos fueron excelentes contra maestros, decisivos en asaltos, como es el caso de Miguel “el Vasco”.

Hay que resaltar que, coincidiendo con la primera “generación” de filibusteros, se produce en 1655 un hecho trascendental para la vida de la Cofradía: la conquista por parte de los ingleses de la isla de Jamaica.

Allí fundaron la ciudad de Port Royal, y el rey Carlos I de Inglaterra decide “ofrecérsela” a los filibusteros de la Cofradía, sabedor de los grandes beneficios que le iba a reportar la estancia de éstos en la isla, pues ya era conocido el derroche que hacían con el botín cuando pisaban tierra. La corona decidió construir tabernas, casas de juego y burdeles para recaudar el capital fruto de los asaltos. Port Royal se convirtió de la noche a la mañana, en palabras de los españoles, en la Sodoma y Gomorra del Caribe.

La maniobra de ofrecerles la ciudad les salió bien, pero sólo en parte, ya que únicamente los filibusteros ingleses y algún holandés decidieron establecerse allí. Los franceses y sobre todo los que siguen más al pie de la letra el espíritu libertario prefieren seguir en isla Tortuga, pues no se fían que la corona inglesa sea, de pronto, tan generosa con ellos sin acabar pidiendo nada a cambio.

De todas formas el crecimiento de la Cofradía y de la piratería libertaria hizo que el número de puertos e islas utilizados como “casas” por éstos, sea cada vez mayor. A Tortuga y Port Royal se unieron islas como la Lovaina, la Iguana, la isla de Pinos, Andros, isla de la Vaca, que era como el lugar común donde solían recalar antes de salir en expedición y otras muchas pequeñas islas, sobre todo frente a la península de Yucatán y cayos como los de Cuba.

Tan solo hay un gran líder pirata y jefe de la Cofradía, que decide estar en Tortuga y Port Royal. Se trata de Mansvelt, que sigue con la idea de crear su república y necesita para ello de toda la fuerza de la Cofradía.

En Europa las monarquías tiemblan ante la idea de esa república, pero la muerte le sorprende antes de poder llevarla a cabo. Su rumorea que fue envenenado por el gobernador de Jamaica, ante la posibilidad de perder el poder que le daba la clientela filibustera.

Hasta el año 1655, los ingleses no prestaron demasiada atención a los filibusteros libertarios, pero es a partir de la conquista de Jamaica que encuentran en ellos unos posibles grandes aliados contra los españoles. La diferencia entre ingleses y franceses es que siempre vieron a la Cofradía con una cierta distancia y con el fin oculto de destruirla cuando ya no les fuera útil.

En 1667 Inglaterra, gobernada por Carlos II firmó la “Paz de Madrid” con el también Carlos II español. Prácticamente al mismo tiempo, el rey español firmó con el rey de Francia Luis XIV la “Paz de Nimega”. Por un período corto de tiempo, los dos países que estaban apoyando a los filibusteros

libertarios optaron por “abandonarlos” a su suerte, aunque este abandono fue más de boquilla que real, pues ninguno de los dos quiere verse privado de los beneficios colaterales que estos piratas les reportan, y ambos saben que estos tratados de paz no van a durar mucho tiempo.

Morgan se movió a sus anchas en esta situación de pactos y rupturas entre España, Inglaterra y Francia, lo cual demuestra el poco interés del inglés y de la Cofradía en general por la alta política. De vez en cuando el rey inglés le reprende o se le llama a Inglaterra, para tras un juicio previsible dejarle volver al Caribe a proseguir con sus asaltos. Siempre se encuentra una excusa: atacó Puerto Príncipe con el pretexto de que se estaba fraguando allí un ataque contra Jamaica. Más tarde saqueó Portobelo con la excusa de que allí había prisioneros ingleses. Poco tiempo después asaltó Maracaibo y Campeche, para tomar más tarde Panamá.

Al regresar de Panamá se produjo un hecho vital para la Cofradía: trameó con sus hermanos filibusteros en el reparto del botín. Hubo enfrentamientos entre los miembros de la tripulación. Los que decían que no se debía confiar en los ingleses se vanaglorian de tener razón. En cualquier caso surgió la primera división entre nacionalidades en la Cofradía. La brecha abierta tras el asalto de Panamá ya no será cerrada hasta la disolución de la Cofradía.

Cuando Morgan vuelve a Port Royal es nombrado durante un corto periodo de tiempo, gobernador de la isla con el fin de perseguir a los filibusteros que habían sido sus compañeros. Es la forma que encuentran los ingleses para “disculparse” por el saqueo de Panamá.

Morgan cumple al pie de la letra su misión. Con la traición se cierra el capítulo de la época dorada.

3.10. Última época de la Cofradía

La división entre Port Royal e Isla Tortuga es ya irreparable. De aliados han pasado a enemigos, después de un período intermedio de ir cada uno por su lado.

Los filibusteros más puristas huyen en desbandada a isla Tortuga y Santo Domingo, donde los franceses les acogen encantados, pero dejan de ser apátridas. Viven desde ese momento bajo una bandera que ya no es la suya, es la enseña de una monarquía dinástica.

Ahora son ingleses y otros holandeses y franceses. Han vuelto las patrias, el orden clasista y las jerarquías. Las coronas de estos países deciden apoyar a estos dos bandos porque les interesa, pero se lanzarán sobre la Cofradía cuando lo crean oportuno.

En Tortuga gobierna Jacques Nepveu, señor de Pouançay, nombrado también gobernador de Santo Domingo por el rey Luis XIV. Hasta la fecha, Santo Domingo era un asentamiento de bucaneros y filibusteros que vivían y contrabandeaban en la costa oeste de la isla y así seguirá hasta 1697 en que pase oficialmente a Francia, aunque ya lo era de hecho desde que los españoles des poblaron la zona oeste de La Española.

Los miembros de la Cofradía estaban ya, a raíz de ese nombramiento, bajo la corona francesa y a pesar de que se les permite mantener su independencia, cada vez son más los que se fueron integrando en la forma de vida de los colonos, gracias a los continuos destacamentos de mujeres que les llegaban desde Francia y de la posibilidad de tener tierras propias que cultivar y abundante caza.

En cualquier caso, estaba ocurriendo lo que cien años antes quisieron hacer aquellos aventureros que llegaron a esta parte del mundo con el fin de establecerse como colonos y habitar lo que ellos consideraban “el paraíso” o la tierra prometida. Han tenido que producirse miles de muertes para que todo regrese al principio. Los primeros bucaneros de san Cristóbal o Nevis, los habitantes de esas y otras islas “inútiles” no buscaban otra cosa que lo que ahora están consiguiendo sus descendientes, aunque para ello, en el camino, agonice la primera iniciativa anarquista de la historia.

Por primera vez el gobernador ya no es un pirata más, por lo que los filibusteros ya no se fían de él como antes de quienes fueron sus compañeros de aventuras.

De todas formas, tras la deserción de Morgan surgió en Tortuga y alrededores la última camada de filibusteros de la Cofradía. Fueron el holandés-español Laurens de Graff, más conocido como Lorencillo, y quizá, junto a Morgan, el más importante pirata de la zona: Michel de Grammont, francés, hijo de un mosquetero y de origen noble, al que se le conoce por el alias de “Agramon” o “Ramón” y Nicolás Van Horn, un antiguo negrero holandés. Junto a ellos están Pierre Bot, Miguel Andrieszoon, “El Yunque”,

Ravenau de Lussan, y el incombustible y ya anciano Miguel “el Vasco”, antiguo lugarteniente del Olonés, Mansvelt y Morgan.

Todos estos nuevos piratas siguen considerándose independientes, pero no tienen el menor reparo en navegar, cuando lo creen oportuno, bajo bandera francesa. Ya no hay desprecio hacia el rey francés, hasta tal punto que en algunos asaltos se escucha salir de la tripulación algún grito de ¡Viva el rey de Francia! Algo impensable años antes.

Durante ese último periodo, se asaltaron las ciudades de Campeche, varias veces, así como Veracruz, Cartagena y gran cantidad de galeones pertenecientes a la llamada “Flota de Tierra Firme” que hacía el trayecto Veracruz-Cádiz o Sevilla dos veces al año.

En 1863 muere el gobernador de Tortuga y Santo Domingo, el filibustero francés Pouançay a quien sucedió Jean de Cussy, ya totalmente fiel al rey de Francia y que obliga a los filibusteros a navegar con patente de corso francesa a cambio de protección y puertos donde recalar y vivir.

La ideología original de los Hermanos de la Costa, se ve duramente atacada en su línea de flotación, pues aunque ellos siguen funcionando con sus “leyes de a bordo”, ya no son independientes ni libres. Tienen patria, bandera y la obligación de entregar al rey francés, al menos un diez por ciento de sus capturas. Por supuesto que procuran por todos los medios engañar al encargado real de turno para escatimar la comisión de corso, pero ya no es lo mismo.

Por esas fechas, los ingleses, aliados temporales de los españoles, deciden atacar juntos la colonia francesa de Santo Domingo, Antiguos filibusteros bajo pabellón inglés navegan junto a soldados con bandera española.

La mayor parte de los filibusteros franceses que todavía siguen en pie en Santo Domingo, intentando mantener las ideas de la Cofradía, deciden vengarse de la imposición del gobernador de dar un porcentaje de sus capturas al rey y no se unen a las fuerzas francesas que defienden las posiciones militares en la colonia y que están bajo el mando



de Cussy. Al no disponer de los filibusteros, sin duda los mejores combatientes de la zona, Cussy pierde el combate y muere. Los ingleses y los españoles se limitan a saquear las principales ciudades y regresan a sus bases.

3.11. El fin de la Cofradía

Con la muerte del gobernador impuesto por el rey de Francia, se produce un gran vacío de poder en Tortuga y Santo Domingo, territorios franceses en los que se asienta la Cofradía. Los filibusteros, en un último intento por recuperar los ideales iniciales, nombran gobernador a espaldas del rey a un filibustero llamado Jean du Casse y deciden atacar Jamaica para vengar el asalto hispano-inglés, aprovechando que pocos meses antes un gran maremoto había sumergido bajo las aguas la ciudad de Port Royal.

Los antiguos miembros de la Cofradía de nuevo se enfrentan a muerte, defendiendo unos su ya casi desaparecida ideología y otros la bandera inglesa. Unos gritan “¡Viva el rey!”, mientras los otros, todavía con restos de sus antiguas ideas, se mueven al grito de “¡Viva Francia!”, alternado con un “¡Viva la libertad!” En cualquier caso, las patrias se imponen sobre los individuos. La Cofradía agoniza entre el fragor de los cañonazos.

En 1697 se produce el último ataque en el que participan miembros de la Cofradía. Es el asalto a Cartagena por parte de Du Casse que ya no es gobernador y su sucesor, el Barón de Pointis, que por interés momentáneo acepta, aunque a regañadientes, a los filibusteros. Tras el asalto victorioso, los filibusteros regresan a Santo Domingo. Nunca más volverán a hacerse a la mar.

En 1700 Guillermo de Orange, Luis XIV y Felipe V firman la paz de Ryswik que reconoce oficialmente lo que ya era un hecho: Santo Domingo y otras islas son francesas.

Du Casse, que por entonces era jefe de la marina francesa en la zona, agradece a sus antiguos compañeros, los filibusteros, sus servicios prestados dándoles una parte del botín del último saqueo y ofreciéndoles quedarse en cualquier colonia francesa. Les promete tierra y un asentamiento digno. La gran mayoría acepta. Casi ciento cincuenta años después, los nietos de aquellos aventureros que buscaban un lugar donde vivir en paz, escapando de persecuciones religiosas e intolerancias políticas, consiguen su objetivo. Con

el pacto de familia que firma el Borbón Felipe V y el rey de Francia se cierra definitivamente el capítulo final de la historia de los Hermanos de la Costa.

Algunos de los antiguos marinos filibusteros, por designios del azar acabaron viviendo bajo bandera española, llegando incluso a pilotar los galeones españoles que seguían transportando tesoros robados a los nativos americanos con destino a la península Ibérica.

Con el cierre de esta etapa de la piratería en el Caribe, la de la Cofradía de los Hermanos de la Costa, se abre otra etapa que será llamada por algunos historiadores como la nueva etapa dorada de la piratería.

Será protagonizada por piratas que de forma individual e independiente seguirán navegando y asaltando a cualquier barco sin importarles bandera ni país de origen. Ya no hay solidaridad entre ellos. Manda el capitán y éste, bajo unos planteamientos claramente económicos, decide todo lo que hay que hacer. De alguna manera, si los filibusteros crearon las bases de una sociedad anarquista y algunas de las premisas que años después darán vida a la revolución francesa, estos piratas nuevos son los precursores de las primeras manifestaciones de capitalismo. Los beneficiarios de sus botines serán, en muchos casos, comerciantes que fletan sus expediciones y ellos mismos después de ganar el dinero suficiente con asaltos, acabarán montando empresas comerciales. Ni siquiera trabajan ya para reyes; ahora lo hacen para negociantes, comerciantes, banqueros y gente con poder. Cuando un propietario de una fábrica o complejo agrícola necesita algún producto tiene dos opciones: o lo compra en el mercado o monta un barco pirata, contrata a unos marinos y planea asaltar algún convoy que tenga lo que él necesita. Luego niega todo, paga y sigue siendo un gran hombre respetable. Estamos ante el comienzo del capitalismo, sobre todo en América del norte.

En su mayoría estos piratas serán ingleses, porque ingleses son los que están establecidos como colonos en el norte del continente.

Se llama a esta etapa “de oro” no tanto por la proliferación de barcos piratas, que también la hubo, sino por la mayor información que se tiene de ellos, de sus travesías, de sus botines y de sus ganancias. Si los filibusteros no tenían cronistas, estos nuevos piratas tienen hasta contables. Además hay ya una prensa nueva, con diarios que escriben crónicas de sucesos. Los sucesos de piratería venden lo suficiente como para estar siempre en la prensa.

La prensa empieza, no sólo a informar de los asaltos, sino que se recrea con las vidas de estos personajes, que lejos de formar “cofradía”, funcionan por libre y con las normas particulares de cada capitán. Se redactan crónicas desde

tierra y más de un escritor de prestigio, como es el caso de Daniel Defoe, llega a publicar un libro con la vida de los más famosos piratas del momento, libro que aparece firmado con el pseudónimo de Capitán Jonson.

Al principio, es decir, en el 1700 y los cinco o seis años posteriores, las tripulaciones de estos barcos están formadas por antiguos miembros de la Cofradía de los Hermanos de la Costa, por lo que tienen en sus normas y comportamientos los toques de solidaridad e igualdad que impregnaron a la agrupación, pero poco a poco, a medida que muchos de estos filibusteros se van incorporando a la vida civil como colonos, sobre todo a partir de los indultos que ofrecen las distintas monarquías a los piratas que acepten la vida colonial, es espíritu de la Cofradía se va diluyendo.

El nuevo pirata, por lo general, es un pirata individualista, sin el componente social y de solidaridad que teñían los cofrades. Manda sobre la tripulación, pues es el contratado por el pagador de turno para llevar a buen puerto su expedición, por lo tanto se acaba con el concepto de solidaridad y el sentido asambleario anterior. Esto nos permite encontrar en un mismo tiempo y lugar a piratas salvajes que sólo buscan un enriquecimiento rápido y un futuro reconocimiento social dentro de un naciente capitalismo, con piratas que emulan a Robin Hood, como el inglés Samuel Bellamy, que declara abiertamente que “...robar a los ricos amparándonos en nuestro propio valor, mientras que los ricos roban a los pobres amparados por la ley”.

En esta época se dan los ejemplos más típicos del pirata que será retratado siglos más tarde por el cine y antes por la literatura romántica. Piratas como Misson o el citado Bellamy inspirarán a guionistas y novelistas durante años.

También es la época en la que aparecen las banderas negras con calaveras para enriquecer una estética propia.

Su campo de operaciones estará situado sobre todo frente a las costas de Norteamérica, alejándose poco a poco de las aguas caribeñas y llegando en su navegación a las costas africanas, Madagascar y el océano Indico. Sus islas preferidas para refugiarse serán las de Providencia, Bahamas y alrededores y en África, Madagascar.

En estos barcos piratas, sobre todo a partir de 1718 se reprodujeron comportamientos típicos de los navíos, de la armada como la insolidaridad y la desigualdad. Esto hará cada vez más difícil la tarea de reclutar marinos con espíritu libertario, teniendo que recurrirse al marino asalariado que ya no participa en el reparto de botín.

Sus más reconocidos representantes serán el capitán William Kidd, que fue el clásico policía metido a bandido, Bartolomé Roberts, el pirata que más barcos asaltó en el Caribe y que además era un gran melómano; el famoso Barba Negra o Blackbeard, cuyo verdadero nombre era el de Henry Every, y tenía el alias de “Long Ben” pero Daniel Defoe por error le cambia el nombre en su libro sobre la piratería y ha llegado a ser más conocido por el nombre equivocado; Samuel Bellamy, ya nombrado y que se asoció con otro celebre navegante, el inglés Benjamín Hornigold, sembrando juntos el terror en la zona de las islas Virginia; Misson, un pirata del que ya se empieza a pensar que fue un personaje inventado por Defoe en su libro Historia general de la piratería”, pero que está tan bien contada su vida y otras que son muchos los historiadores que lo citan como un personaje real. Yo pienso que es un compendio de varios piratas: Calico Jack, cuyo nombre real era Jonh Rackham y que el motivo que le ha ayudado a entrar en la historia es por haber convivido y compartido amor y aventuras cerrando un trío de alto voltaje erótico con las dos más célebres pirata mujeres: Mary Reed y Anne Bloum. Juntos fueron detenidos y él fue ahorcado mientras las dos mujeres se salvaron, al parecer por estar embarazadas.

Éstos son algunos de los más célebres. Todos ellos empezaron a asaltar y robar cuando ya la Cofradía de los Hermanos de la Costa había desaparecido para siempre. Las banderas personalizadas de cada uno de ellos ondearán sobre las aguas libres del planeta hasta casi finales del siglo XVIII. Algunos de ellos, los menos, participarán en la vida económica de los países que se van formando en el Nuevo Continente, apoyando con su dinero los movimientos de independencia y a los nuevos presidentes y corrientes políticas, otros pocos acabaron marginados y pobres dando tumbos por tabernas y puertos, contando sus vidas a periodistas y literatos y avivando la imaginación que se vio plasmada en novelas y poemas. Los más murieron en asaltos y abordajes, víctimas de enfermedades propias del mar y de la desventura o de heridas mal curadas. Pobres y abandonados, son los que nunca aparecerán en un libro, pues sus nombres no figuran en ninguna lista.

Los últimos piratas que sí hicieron historia fueron los hermanos Pierre y Jean Laffite, auténticos “dueños” de La Florida y que alternaron comportamientos claramente progresistas con prácticas mafiosas. Desaparecieron alrededor de 1821.

BIOGRAFÍAS DE ALGUNOS DE LOS MÁS NOMBRADOS CAPITANES DE LA COFRADÍA DE LOS HERMANOS DE LA COSTA

JEAN DAVID NAU o FRANCOIS “EL OLONÉS”
(Activo entre 1660-69)

El primer filibustero que abre la etapa más activa de la Cofradía es El Olonés. Nace en Sables d’Ollone en Francia. Forma parte de esa caterva de individuos que son enviados por el rey de Francia al Caribe para repoblar las zonas abandonadas por los españoles. Prácticamente, trabajan como esclavos en distintas plantaciones. En concreto Jean David trabaja en una plantación de caña de azúcar en la zona oeste de La Española, un territorio que por entonces ya estaba de hecho manos de Francia. El trabajo es tremendamente duro, por lo que escapa de la plantación y huye a Isla Tortuga. Cueta la leyenda que antes de llegar a la isla tiene que vagar escondido por bosques pasando muchas calamidades, algo que según algunos historiadores va a marcar su crueldad y sed de venganza frente a todo individuo que se oponga a sus decisiones.



Hay otros libros que afirman que El Olonés llegó a Santo Domingo como soldado francés en 1650. En cualquier caso lo cierto es que diez años después ya está en Tortuga pirateando para la Cofradía.

Nada más llegar a la isla empieza a navegar en pequeñas embarcaciones y a practicar asaltos. No tarda mucho en ser nombrado capitán por sus correligionarios y con una tripulación de veinte hombres absolutamente fieles, organiza asaltos de mayor envergadura.

Intenta atacar la ciudad de Campeche y no lo consigue, cayendo herido y teniendo que hacerse el muerto para salvar la vida. Con la ayuda de unos pescadores vuelve a Tortuga.

Más tarde realiza varios asaltos afortunados contra navíos españoles, uno de ellos en las costas de Maracaibo, lo que le hace concebir un plan que expondrá a la Cofradía meses después.

Su valor contrastado en todas estas aventuras le llevan a formar una flotilla de ocho veleros y unos cuatrocientos tripulantes y es a partir de ese momento, y una vez regresa de sus correrías por las cosas venezolanas, cuando toma una decisión que marcará la historia de la piratería en esa zona: en lugar de atacar los galeones, ¿por qué no ir a las plazas donde se almacena el oro?

El cambio de táctica trae consigo largas discusiones en Tortuga. ¿Serán capaces de luchar en tierra con la misma eficacia que en el mar? ¿Estarán preparados para tomar un fuerte y asaltar una plaza amurallada?

Consigue convencer a sus compañeros filibusteros, y junto con varios capitanes de prestigio prepara la primera gran expedición. El objetivo, tal y como venía rumiando desde hacía tiempo, es la ciudad de Maracaibo.

Estamos en 1667. Antes de partir, ya tenía una victoria en su mano y no era otra que la novedad que constituía su acción. Nunca nadie había intentado un golpe así, y por lo tanto, de la misma manera que Pierre Le Grand sorprendido con su osadía al galeón español que asaltó con sólo veinte hombres, los filibusteros de El Olonés sabían que la sorpresa iba a ponerse de su lado en el asalto a la inexpugnable ciudad de Maracaibo.

Lo absurdo, según la lógica militar del ataque, hace que los españoles no den demasiada importancia a la comitiva de barcos que se acercan a la villa. Los piratas inciden en el desconcierto: cuando comienza su ataque, en vez de buscar un enfrentamiento en distintos frentes, para despistar al enemigo, fingen encarar frontalmente la fortaleza como si de un gran ejército se tratara.

Esto trae consigo, por una parte, que los habitantes de la villa tengan tiempo de huir con sus riquezas a la ciudad de Gibraltar que está al otro lado del lago interior, pero por otra parte da confianza a los españoles que ven la victoria segura y se relajan. Mientras tanto, los piratas alargan intencionadamente el ataque frontal para concertar las fuerzas enemigas en una zona de la muralla al tiempo que dos pequeños grupos desembarcan, aprovechando la humareda de la batalla, en varias canoas. Estos grupos de filibusteros no tienen problemas en entrar por las puertas laterales de la ciudad. De nuevo los españoles son sorprendidos al ser atacados por la retaguardia y deciden huir a Gibraltar abandonando Maracaibo.

Cundo El Olonés y sus hombres entran en la ciudad se encuentran con que está vacía y lo que es peor, sin nada de valor.

Los piratas, absolutamente contrariados, salen a través de la selva en busca de los que huyen consiguiendo atrapar a varios grupos rezagados. En total consiguen cerca de 2000 pesos y un cargamento con diversas mercancías de valor. Con ese botín regresan a la deshabitada Maracaibo y se quedan en ella durante quince días pensando en qué decisión tomar: o bien regresar a Tortuga o intentar el asalto de Gibraltar donde están las riquezas que no encontraron en Maracaibo. Como era de esperar, tomaron la segunda alternativa.

La flota pirata atraviesa el lago interior de Maracaibo y se coloca frente a Gibraltar. El combate por la plaza es tremendamente duro, pues los españoles han tenido tiempo de prepararse. Aquí ya no juega el factor sorpresa. El Olonés intenta desembarcar y avanzar a través de la ciénaga para atacar la ciudad por varios flancos, pero el terreno blando y fangoso se vuelve muy peligroso para los atacantes. Ordena el pirata una retirada que en definitiva no es más que una trampa. Los españoles van en persecución de los hombres del Olonés y cuando llegan a la retaguardia del grupo se ven atacados por otros destacamentos piratas que se habían quedado escondidos para tenderles el lazo. Los filibusteros salen vencedores del envite y entran en Gibraltar donde, exasperados por la resistencia y las bajas sufridas, practican una rapiña inusual hasta entonces, por su violencia sin límite. Saquean las casas y someten a torturas a los que saben dónde está el oro y los objetos de valor. Durante el tiempo que están en Gibraltar consiguen 60000 pesos más, pero sobre todo dejan escrita para la historia una página cruel y sanguinaria que marcaría para siempre el nombre de El Olonés como el más bárbaro de todos los piratas de la Cofradía. En el saqueo toman también todos los objetos de culto de las iglesias con la idea de adornar, según decían, una futura catedral que pensaban erigir en Isla Tortuga.

De nuevo en el mar, se dirigen a la isla de La Vaca, cerca de Santo Domingo, para hacer el reparto.

De regreso a isla Tortuga todos los supervivientes de la expedición son ricos, consiguiendo que se les considere héroes y su ejemplo confirme que El Olonés tenía razón al abordar una nueva forma de piratería.

Ante el éxito obtenido, El Olonés decide continuar. Después de disfrutar y dilapidar su fortuna prepara una nueva expedición. El objetivo esta vez será el lago de Nicaragua que, según le han contado unos indios, está rodeado de ciudades en las cuales hay grandes riquezas. Para el nuevo viaje reúne seiscientos hombres y seis navíos, uno de los cuales es un carguero vacío para transportar el botín.

Antes de iniciar esta segunda gran expedición, se sabe que estuvo merodeando las cosas de Cuba y asaltó San Juan de los Remedios y Puerto Príncipe con no demasiado éxito, pues el gobernador de Cuba mandó una expedición para frenar sus intentos de tomar estas y otras ciudades. En el transcurso de esos enfrentamientos con la Armada Española cae herido y regresa a Tortuga. Allí aprovecha, mientras se cura, para planificar el viaje a Centroamérica.

La nueva expedición no comenzó bien: una tormenta les sacude y tras la calma les deja paralizados en medio del mar.

Son muchos días de inactividad sin saber qué hacer y cunde la desmoralización. Sólo el empeño del capitán les empuja a seguir y al final llegan a la costa, maltrechos y hambrientos.

Lo que encuentran allí, lejos de lo que les contaron los indios, no es más que varios grupos de cabañas y villas pequeñas en las que no hay nada de valor. Cuando preguntan por el oro, los habitantes se quedan boquiabiertos, pues nunca habían visto tales riquezas ni tenían idea de dónde podían estar. El Olonés, desesperado por su fracaso, tortura a algunos ciudadanos para sacarles información que, como es obvio, no obtiene. Después de dejar un rastro de muerte y oprobio, se marchan sin nada.

Lejos de su casa y picados en el amor propio por la posibilidad de regresar derrotados, deciden merodear las costas del golfo de Honduras.

De pronto, divisaron un gran navío. Reanimados por la posibilidad de conseguir algo lo asaltan y lo toman, pero se trataba de un barco que iba a cargar y por lo tanto estaba vacío. Tan solo tiene víveres para subsistir. Masacran a los tripulantes y hacen a uno de los prisioneros, que para salvar la vida se pasó a su lado, les dice que el oro está en San Pedro.

Se dirigen allí, pero las cosas ya no son como antes. Los españoles saben de la presencia de los piratas y se han armado y fortificado en toda la costa. Para llegar a San Pedro debieron caminar por la selva y las emboscadas no se hicieron esperar. Tienen numerosas bajas, pero no obstante llegan a la ciudad y la toman. Los habitantes no tienen nada que ofrecer, tan solo cargamentos de índigo, rechazados por los filibusteros. Ellos quieren oro, pero tampoco hay oro en San Pedro. No olvidemos que los españoles, todo lo que saqueaban en tierra lo mandaban lo antes posible a la corte de Madrid, por lo que los piratas, si no estaban perfectamente informados de cuándo iban a aparecer los navíos que transportaban esa carga a la península, raramente encontraban algo. Esto lo aprenderán con el tiempo.

Destrozaron y quemaron la ciudad antes de abandonarla y volvieron a la mar.

La desesperación está a punto de aparecer cuando divisan en el horizonte un gran galeón español. Tras analizar la situación no dudan de que se trata de uno de los barcos que ha cargado el oro de San Pedro u otra villa cercana. El armamento del navío les reafirma en la idea: es un barco con 56 cañones. Si van tan armados es porque guardan algo, piensan, y deciden la estrategia.

Desde el galeón, los españoles les han visto y se acercan a tierra, desembarcan los pasajeros y dejan a bordo sólo a los artilleros, que empiezan a cargar los cañones. Ante esa acción, El Olonés decide no atacar con sus grandes barcos y lo hace en pequeñas canoas. Al estilo de Pierre Le Grand y tal como hacían en Tortuga los primeros miembros de la Cofradía.

La táctica funciona, pues el pequeño tamaño de las canoas se convierte en un objetivo difícil para los cañones y su movilidad acaba por volverlas inalcanzables. Pasan las horas en un enfrentamiento absurdo de cañonazos contra chalupas, hasta que el galeón cae en manos de los piratas. Toman el barco y corren a las bodegas en busca de los tesoros, pero al abrir las escotillas se encuentran de nuevo con la cruda realidad: no hay nada de valor. Los españoles, sabiendo de su presencia en la zona, habían prohibido cargar durante un tiempo cosas de valor.

La decepción hace mella definitivamente. Hay quien decide que lo mejor es volver a Tortuga; otros deciden que hay que seguir, pero solos, sin su capitán, en el que ya no creen. Los que abandonan para seguir por su cuenta se marchan con varios navíos al mando de Moisés Vauclin y Pierre Le Picard con los que, según las crónicas, consiguieron varios meses después un gran botín al asaltar un galeón cerca de La Habana.

Los que se quedan con El Olonés, que son los menos, deciden seguir sin rumbo fijo y terminan por embarrancar en un arrecife del golfo de Darien. Se quedan en tierra largo tiempo hasta que logran reconstruir el barco averiado. Tardaron más de diez meses en poder volver a la mar.

Esta vez deciden remontar el río San Juan en Panamá. A mitad del recorrido fueron atacados por una lluvia de flechas que les lanzan los indios de la zona, emboscados en la orilla.

Muchos piratas cayeron heridos, otros murieron. El Olonés fue capturado por los indígenas. Se trataba de una tribu de caníbales. Tras torturarlo se lo comen en un acto religioso.

Éste es el fin del más sanguinario de los miembros de la Cofradía y probablemente también del pirata con más mala suerte de la época. El Olonés tuvo un final acorde con su crueldad.

Con El Olonés navegaron entre otros los afamados piratas Miguel “El Vasco”, Moisés Vauclin y Pierre Le Picard.

Del primero decir que fue uno de los filibusteros que más tiempo estuvo en activo. Empezó en 1665 y desapareció de las crónicas casi treinta años después. Siempre trabajó a las órdenes de algún capitán, desde El Olonés pasando por Henry Morgan y terminando con Laurens de Graff, alias “Lorencillo”, siendo un contraamaestre muy valorado en cualquier expedición. Sin lugar a dudas, si los cronistas hubieran seguido más su rastro y el de otros “actores secundarios” tendríamos unos relatos en los que estaría reflejada la verdadera historia de la Cofradía, pues ellos fueron los que imprimieron el carácter a esta sociedad anarquista. Hoy por hoy nos tenemos que conformar con estructurar su historia a través de grandes figuras y por lo tanto mediatizar a todo colectivo por la forma de actuar de sus personajes más conocidos.

Sobre Pierre le Picard se sabe que también fue uno de los más viejos filibusteros, permaneciendo activo desde 1668 hasta 1690. Basta decir que Pierre estuvo con las tripulaciones de El Olonés, con quien empezó. Navegó también con Ravenau de Lussan, con Edgard Davis y con Charles Swan; es muy posible que estuviese también con Morgan en Panamá, siguió con Breha, para terminar en la tripulación de Grammont y Lorencillo. Se trata, como en el caso de “El Vasco”, de un imprescindible contraamaestre de cualquier expedición.

ROC o ROCHE EL BRASILLIANO

(Activo entre 1654 y 1673)

Pirata miembro de la Cofradía, activo desde 1654 hasta 1673. Tuvo como base de operaciones Port Royal en Jamaica, aunque murió en Tortuga.

Nació en la ciudad holandesa de Gröningen en 1630. Su padre fue un holandés negociante que decidió establecerse en la colonia de Brasil. Roc llegó al Caribe como marino de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales y estableció su primera residencia en la ciudad brasileña de



Bahía. En un principio era un joven estudioso que llegó a dominar el alemán, holandés, español y portugués, aprendiendo más tarde, en isla Tortuga, el francés. Cuando los portugueses se hacen con esa plaza, en 1654, decide huir a Jamaica, donde se establece y aprende el inglés. Estamos ante un pirata atípicamente políglota y culto. En la isla inglesa, con un pequeño barco y una tripulación de poco más de treinta hombres, merodea las costas de Campeche realizando pequeños asaltos. Su táctica de ataque era la de disfrazar a toda la tripulación de pescadores y camuflar el barco. Cuando la presa confiada se dejaba aproximar, destapaban los cañones cubiertos con redes y aperos de pesca y se lanzaban al abordaje.

En uno de estos asaltos, Roc cae preso y lo suben a un galeón con la intención de llevarlo a una plaza grande donde sea juzgado y ahorcado. Durante el viaje, propone a los soldados que le custodian jugar a las cartas para pasar el tiempo. En el transcurso del juego traen vino, y el filibustero consigue convencerles con su labia para que, juntos, tomen el barco y se subleven contra los españoles, pasándose a las filas de la Cofradía.

Con este nuevo barco, ya de gran tamaño, y de 30 cañones, estuvo pirateando varios años las costas de México.

Según cuentan algunas crónicas, estuvo entre los filibusteros que bajo el mando de “El Olonés” merodearon el golfo de México.

Más tarde se incorporó a la expedición de Morgan contra Panamá, siendo uno de los capitanes que ayudó al inglés en la planificación del ataque que se realiza en la isla de la Vaca.

Fue herido durante el ataque al castillo de San Lorenzo, por lo que se retiró a la isla de Providencia a recuperarse. Pese a estar todavía convaleciente, se incorporó a la expedición que tomó la ciudad de Panamá.

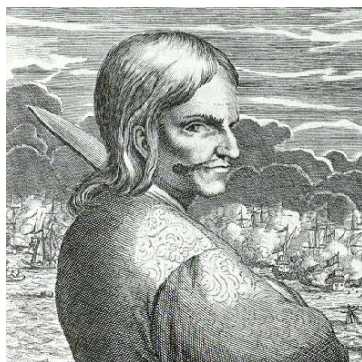
Las últimas noticias que se tienen de él nos la da el almirante español Mateo Alonso de Huidobro, que pasó una nota al gobernador de la villa Laguna de Términos diciendo que ha capturado al pirata Juan Lucas y que éste le ha confesado en el interrogatorio que estaba merodeando la costa junto a Roc el Brasiliano. Esto ocurre en 1673.

El médico de los piratas, Esquemelin, cuenta que Roc era un alcohólico irredento y que murió ese mismo año en Tortuga, en la más absoluta miseria y víctima del alcohol.

BARTOLOME EL PORTUGUÉS

(Activo entre 1655 y 1665)

Nacido en Portugal, empieza su carrera como filibustero de la Cofradía en Jamaica. En 1655 merodea por las costas cubanas con un pequeño barco armado de cuatro cañones en el que viajan 30 filibusteros. En uno de los abordajes consiguió, un año más tarde, un barco mayo y entra en la historia de la piratería, porque por esas fechas logra hacerse con un botín de 70000 “piezas de a ocho” y 120000 libras de cacao. Su hazaña se cuenta de taberna en taberna y de costa a costa.



El historiador cubano Saturnino Ullivari nos lo cuenta así: “...en uno de los viajes divisó un galeón español de mucha apariencia y al parecer de más artillería de la que llevaba su nave. Consultó a sus compañeros sobre las medidas a tomar y éstos unánimemente le respondieron que como sólo tenían que perder la vida, había sin embargo mucho oro que podrían conseguir y que por lo tanto se abordase el galeón. Pusieron proa al buque español. La tripulación de éste entendió que se trataba de piratas, pero no se atemorizó de primera intención, calculando que podrían fácilmente barrer del mar al enemigo. Bartolomé al timón de su embarcación se acercó al español y descargó los cuatro cañones de a libra, que no hicieron daño, en tanto que el español envió una andanada sobre el buque pirata y lo dejó maltrecho. Se alejó el pirata evitando los disparos del galeón, ocultando los salteadores sus cuerpos detrás de la borda, puesto que sólo se acercaban al buque atacado cuando no había duda de hacer blanco con sus débiles disparos. Desilusionado Bartolomé de no poder dominar al buque español ordenó el abordaje, lo cual ejecutaron, fracasando la primera vez. Al segundo intento tuvieron éxito, subiendo a bordo del buque atacado veinte piratas que iniciaron terrible carnicería con los tripulantes sorprendidos de tal audacia. Ante la furiosa acometida se entregaron...”

Estamos ante un caso parecido al de Pierre Le Grande, con la diferencia de que, en lugar de irse a Francia y hacer allí una vida típica de hombre de fortuna, Bartolomé el Portugués decide seguir en el Caribe como filibustero.

Al año siguiente, en 1657, cerca del cabo de San Antonio, asalta y captura tres barcos españoles que hacían la ruta entre México y La Habana. Parece ser que también tenían un buen cargamento a bordo, aunque no tan suculento como el anterior.

Cuando tiene que hacer una parada para reparar el barco, en una zona cercana a Campeche es reconocido por los lugareños. En una emboscada lo capturan. Como habla perfectamente español consigue convencer, probablemente mediante la promesa de dinero, a sus carceleros de que lo suelten. Otras versiones dicen que mató al centinela que le custodiaba y se lanzó desde lo alto de una torre al mar nadando más de dos millas en unas aguas repletas de tiburones. Llega a tierra y se esconde en unos manglares entre el cieno para evitar que los perros que llevaban los españoles le olfateen. Estuvo varios meses en la selva pasando hambre y escondido. Tras pasar un sinfín de penalidades logra llegar a Jamaica y desde allí, con veinte hombres y una canoa, regresa a Campeche, dispuesto a buscar su barco que continuaba en el puerto, requisado. No se sabe cómo, pero lo recupera y con él se vuelve a Jamaica.

La última noticia que se tiene del “Portugués” es que se le vio durante algún asalto en los alrededores de la isla de Pinos en Cuba por el año 1665. Otras versiones dicen que murió en el mar cuando fue sorprendido por una tormenta cerca de la misma isla, pues se cuenta que aparecieron restos de su barco en unos arrecifes de la península de Zapata, en Cuba.

EDUARD MANSVELT
(Activo entre 1659-1667)

Los españoles lo conocían como el pirata Mansafar, una mezcla entre su nombre y el de Lucifer. Hay divergencias entre los historiadores sobre el origen de Eduardo. Unos dicen que fue inglés y su nombre era Mansfield; otros afirman su origen holandés y que su nombre era Mansvelt. Alexander Esquemelin, contemporáneo suyo y posiblemente miembro de su tripulación, le llama pirata holandés, aunque tampoco esto quiere decir mucho, pues cualquier miembro de la Cofradía en aquella época renegaba de su patria de origen y puede que pesase más el hecho de que Mansvelt



o Mansfield llegase al Caribe, en concreto a la isla de Curaçao como marino de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, que su lugar de nacimiento.

Al margen de esa duda, lo cierto es que llegó a ser uno de los notables en la Cofradía, alternando su residencia entre Tortuga y Port Royal.

Aprendió las artes del pirateo con el comandante inglés Christopher Mings, reflejándose su primera aparición en las crónicas durante el merodeo de Campeche, y se sabe de él porque, tras ser herido de gravedad, fue elegido por la tripulación para hacerse con el mando.

Su primer gran asalto como jefe es contra la ciudad de Santiago de los Caballeros, en el interior de La Española.

Después de conseguir en un asalto previo un barco francés de gran capacidad de carga, llegan a Santo Domingo y desembarcan en Puerto Plata. Durante varios días tienen que caminar por la selva hasta llegar a la ciudad. Es algo que hasta entonces no se había hecho.

Para facilitar la consecución de sus planes, Mansvelt decide dividir a sus hombres en varios grupos con el fin de pasar desapercibidos y que el enemigo, si conseguí detectar uno de los grupos, no pudiese saber nunca el número total exacto de asaltantes. La marcha dura algo más de tres días y llegan a la ciudad un viernes santo por la noche.

Se hacen con el botín tras un asalto que dura una hora y una vez victoriosos deciden celebrar una gran fiesta esa misma noche de viernes santo. F. Gall lo cuenta así: “se organiza un banquete inmenso al aire libre. Las hijas de los notables de la ciudad deben de servir la mesa. Para divertirse, obliga a los hombres ricos de la villa a emborracharse y una vez alegres, se les hace bailar delante de sus esclavos. Después se canta y se sigue bebiendo. Al cabo de tres horas, la orgía está en su apogeo”.

Cuando todo termina, regresan a la selva con el botín y se llevan al gobernador como rehén. Durante el trayecto hasta el puerto donde esperaban los barcos, se encuentran con varios grupos de soldados mandados por los dueños de las plantaciones cercanas. Estos grupos les tienden una emboscada dando comienzo un tiroteo largo e intenso. Los filibusteros intentan cobijarse en la selva mientras los soldados se parapetan en trincheras. Tras un intercambio de disparos, de pronto se hace el silencio: las dos partes se han quedado sin municiones. Los filibusteros deciden salir a la luz con el gobernador y amenazan con matarlo si no les dejan pasar camino de la costa. Sigue el silencio por parte española. Nadie responde. Cuando los piratas comienzan a caminar con el rehén de escudo humano, se dan cuenta de que las

fuerzas españolas se han retirado, dejando al gobernador en manos de los hombres de Mansvelt.

Llegan a la costa y antes de embarcar vuelven a pedir un rescate por el gobernador a las autoridades de Puerto Príncipe. La respuesta es que hagan lo que quieran con él, pero no hay dinero a cambio. Decepcionados por el poco valor de un gobernador, lo dejan en tierra y parten con el botín.

En 1664, Modyford, gobernador en Jamaica, decidió dar cobijo en Port Royal a los filibusteros de la Cofradía que así lo requirieran con la intención de controlarlos y utilizarlos en distintos ataques contra islas holandesas. Mansvelt es elegido por la Cofradía como jefe máximo de ambas islas, dándose una situación que hasta entonces no se había dado. La capital ya no era únicamente Tortuga. Ahora, la Cofradía tenía dos puntos de reunión: Tortuga frente a La Española y Port Royal en Jamaica. Mansvelt vivió en ambas e intentó unir a las dos comunidades.

En diciembre del 64 sale de expedición hacia Cuba. Asalta e incendia Santo Espíritu.

En esos días, España e Inglaterra estaban en paz por lo que Modyford no podía apoyar a la Cofradía abiertamente. Esto le planteó un problema grave, pues los filibusteros de Port Royal decidieron irse a Tortuga. Parece ser que el gobernador invitó a comer a los más prestigiosos capitanes bajo el mando de Mansvelt, para convencerles de que se quedasen. Hay una carta del gobernador a Londres en la que dice: “no tengo dinero para pagarles, ni barcos para obligarles a obedecer; en estas condiciones están a merced de nuestros enemigos... darles patentes de corso es la única manera de impedir que se conviertan en enemigos de Jamaica”. Pasa poco tiempo para que el Consejo de la Isla de Jamaica acceda a dar patentes y cobijo a los filibusteros.

La prueba de ello es que con más de 600 hombres y ayuda en barcos de Modyford, Mansvelt decide, a mediados de 1666, atacar Costa Rica y en concreto asaltar la ciudad de Cartago. Tras un cruento combate con las fuerzas españolas mandadas por el gobernador Juan Gómez de Flor, decide retirarse sin conseguir su objetivo y sufrir numerosas bajas.

Para no volver a tierra de vacío decide atacar la isla de Providencia. Junto a él van 100 filibusteros ingleses de Port Royal y 80 franceses de Tortuga, así como varias decenas de holandeses y portugueses.

Toman la isla, que estaba muy mal protegida por los españoles, y apenas encuentran riquezas que saquear. Lo principal de este asalto es la idea que tiene Mansvelt al ver la isla, sus defensas naturales y su situación próxima a la costa centroamericana: crear una república de filibusteros libertarios al margen

de Francia e Inglaterra a las que consideraba que se estaban inmiscuyendo demasiado en la vida de la Cofradía.

Cuando Mansvelt llega de nuevo a la isla, Modyford, que había apoyado con barcos y dinero el fallido asalto a Costa Rica, manda una carta a Londres donde deja claro su gran cinismo: “He censurado ásperamente la conducta de Mansvelt, que ha actuado a espaldas de su majestad”.

El ansiado, y sin duda importantísimo proyecto de Mansvelt de crear la república en Providencia no llegó a realizarse, pues durante la preparación fue envenenado, probablemente por los ingleses, que temían esta iniciativa, tal y como consta en la correspondencia mantenida por Modyford con Londres.

A la muerte de Eduardo Mansvelt, alias “Mansafar”, la Cofradía eligió como jefe supremo a Henry Morgan.

HENRY MORGAN (Activo desde 1662 hasta 1688)

Henry nace en la ciudad galesa de Glamorgan, en 1635. Sobre cómo llega al Caribe hay varias versiones; una de ellas dice que fue raptado y vendido por un gentilhomme de Jamaica. Otros dicen que era un prófugo que buscó escapar de su mala suerte en Inglaterra y embarcó buscando la aventura. También se cuenta que llegó como marino de la Armada Real. Lo cierto es que alrededor del año 1660 está en Jamaica y participa en algunas pequeñas expediciones de filibusteros. De Jamaica se va a Tortuga y durante siete años va de un lado a otro en distintas naves de la Cofradía, con capitanes como Mings o Mansvelt, aunque lo más probable es que estuviese en todas las expediciones importantes que se hicieron por aquellos días y conociese a piratas como “El Portugués”, “El Olonés” o Roc “El Brasiliano”.



Son años de aprendizaje intenso, pero con una inteligencia que le diferencia del grupo: Morgan no quiere que su nombre sea conocido, busca siempre el anonimato. Hoy se sabe que participó en multitud de ataques, pero no consta

en ninguna crónica. Probablemente una de las razones de este intento por pasar desapercibido fuera porque su tío, Edgard Morgan, era gobernador de Jamaica y podría haberle pedido que actuase con discreción, para no ensuciar su nombre. Esto le da a Morgan una protección con la que juega continuamente. Sabe que los ingleses de Jamaica no le harán nada y sólo tiene que ocultar a su tío sus estancias en Tortuga y su relación con los piratas franceses y holandeses.

Parece ser que para evitarle mañas compañías, es su propio tío el que le propone unirse a la tripulación de Eduardo Mansvelt, quien en aquellos días tiene una excelente relación con la corona inglesa. Edgard Morgan prefiere que su sobrino trabaje antes con un filibustero amigo del gobernador que con un desarrapado francés de Tortuga. Lo que no sabe es que Mansvelt es el más libertario de todos y que juega con los ingleses cuando y como le conviene. En este caso nombra a Morgan como su segundo de abordaje, con lo que entra por primera vez, y por la puerta grande, en las crónicas de la época.

Morgan es un tipo con suerte. Cuando Mansvelt muere envenenado, toda la Cofradía, tanto los de Port Royal como los de Tortuga le nombran jefe máximo. Ante todo, les ha convencido su sentido de la organización. Todo está previsto en sus expediciones. Prefiere estar meses estudiando que lanzarse a la aventura. Es una nueva forma de trabajar que cautiva a los filibusteros, generalmente más impulsivos. Morgan marca las tareas e impone la disciplina, y no comunica a toda la tripulación todos los detalles de la expedición, solo a los jefes elegidos para evitar que por culpa del alcohol alguien se vaya de la lengua, o se discuta sin conocimiento de causa sobre temas claves, mermando la disciplina.

Hay otro importantísimo detalle que marcará la vida de Morgan: tras el fallecimiento de su tío es elegido gobernador de Jamaica un gran amigo suyo. Se trata de Modyford, que le apoyará y cubrirá siempre cualquier acción de su íntimo amigo. Morgan tiene las espaldas cubiertas.

El asalto a Puerto Príncipe, el primero de su carrera, está perfectamente planificado y siguiendo esa planificación se realiza, pero al entrar en la ciudad descubren que no hay apenas nada de valor. Morgan, en vez de decepcionarse y permitir que la desmoralización haga mella en su tropa, decide contarles que en el fondo sólo se trataba de un ensayo para medir su eficacia. El siguiente asalto sería en serio, así lo cuenta y ellos, quizá porque no tienen más remedio, le creen.

La prueba donde se va a poner en juego su liderazgo será la ciudad de Portobelo.

Se trata de una plaza difícil y Morgan sólo cuenta con 500 hombres. Un objetivo en el que deberá poner a prueba toda su astucia si quiere seguir teniendo la confianza de los filibusteros de la Cofradía.

Desembarcan sin ser vistos y atacan la primera fortaleza. A partir de ese momento ya no pudieron seguir pasando desapercibidos. Se disparan las alarmas y cae sobre ellos una lluvia de fuego que les produce las primeras bajas. Es este un momento crucial en el que Morgan debió barajar si retirarse a la espera de una situación más favorable o afrontar un ataque suicida tan al estilo de la primera época de la Cofradía, pero Morgan es distinto y sus decisiones rompen los moldes conocidos hasta el momento de ataques y asaltos piratas. En pocos minutos tomó una decisión sorprendente: se dirigió con varios de sus hombres a un convento de curas y monjas que estaba cercano a la ciudad y que no contaba con protección española. Antes de ir a por los religiosos, pidió a los carpinteros que construyeran unas escaleras largas y sobre todo anchas, por las que pudieran subir personas de tres en tres. Tomó a los curas y monjas de rehenes y avanzaron con ellos como escudo en dirección a la fortaleza. Tras de cada tres religiosos iba agazapado un grupo de filibusteros. Robert de la Croix lo cuenta así en su libro *Historie de la Piraterie*: "...era una escena burlesca, los desgraciados trabándose con sus hábitos y sotanas, tropezando con las piedras (...) una escena odiosa, sobre todo lorque los filibusteros avanzan detrás de ellos al amparo de ese escudo humano. La sorpresa paraliza a los españoles." Una vez bajo las murallas, los hacen subir por las anchas escaleras construidas a propósito. Tres religiosos y detrás los piratas y así toda la tropa. Los españoles dudan por un momento si lanzar sus flechas y piedras contra los curas. Justo el tiempo preciso para llegar arriba. A las pocas horas, Portobelo la inexpugnable cae en manos de Morgan, y allí sí que había oro. Suficiente como para llenar las bodegas de los seis o siete barcos que traían.

De vuelta a Jamaica, el gobernador Modyford se hace el sueco y se desentiende del asalto ante sus superiores de Londres. Bajo mano, cobrará de Morgan una parte del botín, como si de un filibustero se tratase. Morgan es elegido jefe indiscutible de la Cofradía y aceptado tanto por los filibusteros de Jamaica como por los de Tortuga.

El siguiente asalto va a ser Maracaibo, la ciudad atacada por El Olonés poco tiempo antes.

Avanzaron sobre la ciudad entrando en la laguna del mismo nombre que antecede a la fortaleza sin demasiada resistencia, probablemente por la sorpresa que causa a los españoles dos ataques de la Cofradía a una misma villa en tan poco tiempo. Quizá sea este el motivo, pero lo cierto es que en Maracaibo casi no había tropa y el ataque se resolvió a favor de los piratas antes de lo que pensaban. Una vez tomada la ciudad, descubren que hay más oro que en Portobelo.

Después de pasar unos días robando y saqueando todo lo posible y una vez cargados los barcos, emprendieron la vuelta, a través del lago en busca del mar abierto. De pronto, algo inesperado les hace parar en seco: en la salida del lago, impidiendo el paso, se ha colocado una flota de barcos españoles dispuesta a plantarles cara. Están acorralados y no queda más remedio que combatir para escapar, pero los barcos están totalmente cargados con el botín, y en esa circunstancia la maniobrabilidad se ve considerablemente reducida. Deciden quedarse quietos. Todos miraron a Morgan esperando alguna idea que les sacase del atolladero, y Morgan a tuvo.

Tras un tiempo de espera en el que los españoles miran a los piratas con la altivez del que se sabe que esta vez ha ganado la jugada, y éstos no se atreven a moverse por miedo a desencadenar el ataque, un barco pirata se adelantó al resto. Viaja decidido hacia la desembocadura orientado hacia el centro de la flota española, que lo tomó como un acto a la desesperada de los piratas, un suicidio colectivo o un sálvese quien pueda. Disparan sobre el barco sus cañones y dan en el blanco. Gritan de alegría, pero ésta dura poco: apenas se ha producido el impacto, el barco pirata salta por los aires como una bomba. Morgan ha fabricado una “brulote” que es como se llamará entonces a cargar un barco con explosivos y dirigirlo contra el enemigo.

La metralla tocó a algunos barcos de la flota, pero, sobre todo, el desconcierto y la gran humareda que se produce tras la explosión desembocaron en el caos. Los barcos españoles empiezan a disparar entre el humo. Dan a alguno de los suyos. En esa situación, los barcos piratas salen del lago bordeando la costa, con sigilo, como si la cosa no fuera con ellos, uno tras otro, sin apenas realizar disparos.

El regreso a Jamaica es victorioso. El reparto del botín, memorable, y a continuación ya se piensa en un nuevo ataque. La Cofradía está desahogada tras tanto éxito.

El siguiente objetivo fue Panamá, la ciudad donde se almacenaba todo el oro procedente del Perú.

El asalto se planificó en diciembre de 1670 en la Isla de la Vaca, cerca de Tortuga y la costa oeste de Santo Domingo. Allí se reunieron 138 barcos y 1500 hombres.

En enero de 1671 España e Inglaterra están en tregua. Cualquier dato que relacionase el planeado asalto a Panamá con el gobernador Modyford traería consigo una ruptura de la paz que ninguna de las dos partes desea, pero Morgan no se echa atrás. Quiere Panamá y Modyford está dispuesto a seguir fingiendo que no sabe nada y también a seguir cobrando parte del botín. Se trata por lo tanto de actuar sin que Londres sospeche nada.

La expedición filibustera zarpó de Jamaica con casi mil hombres más de los que asistieron a la reunión de la isla de la Vaca. Todos van en dirección a Chagres. Es la expedición más numerosa hasta la fecha.

Llegaron a Chagres y tras tomar sin dificultades la plaza, una sorpresa les desconcierta: no hay nadie en los pueblos de la costa. Emprendieron la marcha a pie, a través de la selva, en dirección a la capital y de nuevo se encontraron con que todos los pueblos que atravesaban estaban vacíos o abandonados; no hay hombres, pero lo que es peor, tampoco hay víveres ni agua potable, pues los pozos han sido anegados o el agua ha sido ensuciada y según teme Morgan, envenenada, incluso se encuentran con pueblos recién incendiados. No hay duda, alguien ha dado el chivatazo a los españoles y éstos han decidido dejar abandonados a los peligros de la selva a los piratas sin nada con que poder recuperar fuerzas.

La jugada les ha salido bien. La selva, los mosquitos, la disentería y sobre todo el hambre y la sed hacen mella en los piratas. Fueron nueve días interminables en los que casi tuvieron más bajas que en el asalto a Maracaibo, y todo sin recibir un solo disparo de sus enemigos.

Al anoecer del noveno día apareció ante ellos la ciudad de Panamá, y como si de una visión milagrosa se tratase, desde ese momento todo se tornó en suerte para la tropa de Morgan. Esa noche un grupo de asnos salvajes pasa cerca del campamento. Por primera vez comen caliente y recuperan fuerzas. La moral se va recuperando poco a poco.

En la capital, el gobernador Don Juan Pérez de Guzmán les esperaba con la artillería a punto. Antes, hizo salir a la caballería contra los piratas acampados, que optaron por dispersarse en pequeños grupos para hacer más complicado el ataque. Consiguen resistir primero, y entonces el gobernador pasó a la segunda parte de su plan, que consistía en lanzar sobre los piratas una manada de toros y bueyes salvajes que tenían encerrados. Si la caballería les ha hecho correr, los toros, piensa él, les terminarán por dispersar haciéndoles perder las ganas

de acercarse a la fortaleza; pero Pérez de Guzmán estaba cometiendo un error de bulto y no sabía que entre los filibusteros de la Cofradía se encuadraba un gran número de antiguos bucaneros, de los que cazaban toros y bueyes salvajes en la zona despoblada de Santo Domingo. Son perfectos cazadores y, sobre todo, conocen el comportamiento de estos animales como nadie.

Con gran habilidad y mediante disparos certeros consiguieron que la manada se diese la vuelta y embistiera contra la caballería y los defensores de la plaza. Los filibusteros iban detrás de la manada, utilizándola tan como lo hicieron con los curas en Maracaibo, a modo de escudos que les abren paso. Para colmo de los españoles, la suerte les dio la espalda, y una tremenda explosión, no se sabe si por un cañonazo enemigo o por un descuido propio, hizo volar por los aires el polvorín de la ciudad. El pánico se apoderó de los defensores, y en apenas dos horas la ciudad cae en manos de Morgan y sus hombres.

El tesoro que encontraron era incluso mayor del que esperaban. Más de 750000 doblones aparte de joyas y objetos de valor.

Permanecieron durante una semana en la ciudad y, cuando ya no queda nada más por robar, emprenden la vuelta. En Chagres, Morgan procedió a repartir el botín y regresó con algunos de sus más cercanos a Jamaica. El resto se dispersa, unos a Tortuga y otros a Jamaica, pero por su cuenta.

Es a partir de este reparto cuando se produjo algo definitivo en la vida de la Cofradía. Los filibusteros piensan que lo que Morgan les ha dado es una parte del botín a cuenta y que les dará el resto en breve, pero Morgan les dice que eso es todo, y tras mostrar unas cuentas amañadas les dice que no hay más. En realidad sólo les había dado una cuarta parte de lo que les tocaba. Un grupo de filibusteros, encabezados por los franceses, se rebelan contra su capitán, y tras unas discusiones duras y violentas se van a Tortuga jurando contra Morgan y en general contra los ingleses.

Modyford recibió a Morgan con los brazos abiertos. Al fin y al cabo le va a corresponder una parte del botín, siempre de acuerdo con Morgan.

El asalto trajo graves consecuencias para la tregua entre España e Inglaterra. El rey Carlos II tuvo que enfrentarse al monarca español, que reclamó un severo castigo para Morgan y Modyford. Ante el acoso diplomático, el monarca inglés no tuvo más remedio que llamar a Londres a los dos. Fueron juzgados en un juicio frase: Modyford fue condenado a pasar un año encerrado en la torre de Londres, mientras que a Morgan, considerado un héroe popular, se le deja en libertad disfrutando de su prestigio en la mismísima corte.

El peso del nombre de Morgan era tal que, a los dos años, la corona decidió nombrarle gobernador de Jamaica en sustitución de Modyford, con una misión especial: acabar con la piratería libertaria en el Caribe.

El Capitán de la Cofradía, el mayor filibustero, el más audaz, es ahora el represor de sus hermanos, el representante del rey de Inglaterra en la zona.

El espíritu de la Cofradía ha recibido un golpe mortal. Ya nada volverá a ser como antes. La división entre ingleses y franceses será ya insalvable; de nuevo vuelve a haber patrias y banderas.

Morgan murió en Port Royal, alcoholizado, en 1688. Pocos años más tarde, un maremoto sepultó bajo las aguas la ciudad y en ella la tumba del traidor inglés.

MICHEL DE GRAMMONT (Activo desde 1678 hasta 1686)

El libro *Pirates* de Wolfram Zu Mondfield cuanta en una de sus páginas: “una apiñada multitud de curiosos rodea al agonizante oficial de la guardia caído en plena calle. Un duelo en el centro de París. Al lado del hombre herido de muerte, se arrodilla una joven hermosa, Mademoiselle Grammont. En segundo plano, con la ensangrentada espada en la mano está el triunfador del duelo, un muchacho de catorce años, el caballero Grammont.



“Decid a su majestad, musita el agonizante, que no se ha cometido ningún asesinato conmigo, yo mismo he sido el causante de mi desgracia y todo ha tenido lugar de modo honroso.

“A continuación lega la mayor parte de la fortuna a la señorita Grammont y otra parte a su hermano, quien por celos le había herido de muerte de una estocada. No hay ningún juicio ni castigo, pero el rey exige al joven espadachín que ingrese como cadete en la marina real para hacerle entrar en cintura”.

Esta es la leyenda, repetida en todos los textos, del origen de este filibustero de procedencia noble y que se convirtió en uno de los piratas más afamados de la Cofradía.

Los españoles le llamaron Agramón o Ramón. Cuando Grammont llega a las Antillas desaparece su rastro durante unos años y sólo se vuelve a saber de él cuando, junto a otros marinos franceses, ataca y asalta una flotilla holandesa y captura un botín de 80000 libras. Al parece, iban con patente de corso, pero es más probable que ya perteneciese a la Cofradía. El joven pirata reparte el botín y en apenas una semana se lo gasta en juergas y en el juego. El último dinero decide jugárselo y gana tanto como para comprar un barco de 50 cañones. Busca una buena tripulación en Tortuga y decide abiertamente dedicarse a la piratería.

En 1678, Luis XIV quiso dar un escarmiento a los españoles por una afrenta recibida y organizó una expedición, reclutando a miembros de la Cofradía, bajo el mando del aún joven Grammont que reunió en poco tiempo a 2000 hombres y 20 naves. El objetivo, una vez más, Maracaibo, la continuamente machacada ciudad venezolana. El 10 de junio entraron en el golfo de Venezuela y en cuatro días se plantaron ante Maracaibo. La ciudad está prácticamente abandonada después de los reiterados ataques y no encuentran apenas nada que robar. Para no volver de vacío se encaminaron a Trujillo y después a Gibraltar. Cuando regresan a Petit Goave en Santo Domingo apenas traen 150000 pesos.

En 1680 decidió atacar Cumaná. Parte de Santo Domingo con 1900 hombres y 17 barcos armados con un total de 328 cañones. Se propuso tomar la ciudad a plena luz del día y con redoble de tambores. Lo consiguió y, tras el saqueo, tomó 150 prisioneros, entre ellos al gobernador; pro ya de vuelta a casa fueron atacados por un destacamento naval español y Grammont cayó herido de gravedad. Regresa a su casa y no se volverá a saber de él durante un par de años.

Por aquellas fechas, isla Tortuga y Santo Domingo eran ya colonias francesas y estaban dentro de las normas de comercio de la Sociedad de las Indias Occidentales, que ejercía un control casi monopolítico de todo lo que ocurrí en territorio francés. Esto trajo consigo un decaimiento del contrabando y por lo tanto un paulatino empobrecimiento de los habitantes, bucaneros y pequeños filibusteros. Algunos de éstos deciden irse a otras islas menos controladas. Para evitar la desbandada, sobre todo de los grandes piratas, el rey de Francia decide darles a todos patente de corso y protección oficial. Por supuesto, son unas patentes muy beneficiosas para los piratas, en las que el

antiguo quinto real pasa a ser un cincuenta-cincuenta o más, aparte de que no se les controla y pueden engañar con consentimiento al recaudador de turno.

Grammont es uno de los primeros en aceptar estas patentes al igual que sus compañeros Laurens de Graff y Van Horn, ambos holandeses.

Sobre sus asaltos a Veracruz en 1683 y Campeche en 1685, hablaré en el siguiente capítulo al contar la historia de Laurens de Graff, pues navegaron y asaltaron juntos estas dos ciudades, siendo Laurens el jefe de la expedición.

Después de estos dos importantísimos asaltos y tras tener un duro enfrentamiento con el gobernador de Tortuga y Santo Domingo, Jean de Cussy, decide una mañana fletar un navío de gran tonelaje y, tras cargarlo con su fortuna y llevar de tripulación a sus más fieles compañeros, leva anclas desde Tortuga con rumbo desconocido. Estamos en octubre de 1686.

Grammont no revela a nadie su destino.

Tan solo hay un testimonio de Esquemeli, que en su libro cuenta: "...Grammont se había retirado a una isla paradisíaca con sus incondicionales, los que siempre habían estado a su lado y un harén de lindas muchachas nativas, y que había fallecido de muerte natural a una edad avanzada".

LAURENS DE GRAAF, "LORENCILLO"

(Activo desde 1677 hasta 1695)

Se cuenta que era hijo de un colono holandés que trabajó en Pernambuco para la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales y que, una vez muerto su padre, dejó las tierras tropicales con su madre para volver a Holanda, en concreto a Gante. Durante el viaje, el niño Laurens disfrutó y se vio marcado por la vida de a bordo y las tareas marineras. Del pequeño Laurens dicen que lloró cuando abandonó el barco y tuvo que despedirse del cañonero que, según cuentan, le regaló una talla en madera de un cañoncito que conservó durante toda su vida.

Su afición a la artillería, en cualquier caso, no le venía de lejos, pues su padre, según dice la leyenda, tenía un cañón en la torre de su hacienda y solía dispararlo todos los días, enseñando a su hijo el manejo del arma.

En La Haya, a la edad de 12 años, estuvo empleado como paje en casa de un portugués llamado Gaspar Días, que se preocupó por darle cultura. Estudió



historia y también aprendió música. En concreto, a tocar el violín y probablemente la trompeta. Esta afición a la música sería luego reseñada por el pirata y médico Alexander Esquemelin, llegando a ser un buen instrumentista, tal y como aparece en las crónicas locales.

A la edad de 16 años y tras engañar al contratista diciendo que tenía dos años de más, se embarcó en un galeón. Probablemente, el aprendizaje que tuvo con el cañón se su padre le aupó en poco tiempo al puesto de cañonero en un buque español, hasta convertirse en militar al servicio de la corona española.

El cronista francés y jesuita Pierre François de Charlevoix escribe: “...entró muy joven al servicio de la corona española. De ahí pasó al poco tiempo a ser artillero y al parecer de gran reputación, por lo que no tardó en recibir puestos de responsabilidad a bordo.

Comenzó a relacionarse con gente de poder y militares. De esos contactos, surge en 1674, ya cumplidos los 24 años, su boda con la española Francisca Petronila de Guzmán, natural de la isla de Tenerife, lo que viene a dejar claro que, aunque fuera holandés de nacimiento y muy probablemente de religión luterana, para dicho casamiento tuvo que adoptar la religión católica, aunque más tarde posiblemente renegase de ella o fuese excomulgado.

De Graaf estaba tan bien considerado como marino entre los patronos de los barcos que hacían la ruta de las Indias, que fue nombrado capitán de un nave con destino a Veracruz. Dejó Canarias al año de casarse y embarcó hacia aguas caribeñas, aunque hay quien dice que su huída de Canarias y el embarque hacia el Caribe fue para escapar del estrecho lazo que le suponía el matrimonio, y la necesidad de sentirse libre de nuevo.

Lo cierto es que, una vez en el Caribe, y tras varios viajes con la Flota de Tierra Firme que hacía el trayecto entre Campeche, Veracruz y La Habana, decidió unirse a la Armada de Barlovento.

La Armada de Barlovento fue creada en 1635 por el miembro del Consejo de Indias Don Juan de Palafox, con el fin de “limpiar” de piratas las vías marítimas por las que navegaban la Flota de Tierra firme y la Flota de La Nueva España, auténticas cintas transportadoras por las que salía hacia España todo lo robado en las colonias. Para comandar esta Armada se reclutó a los marinos más expertos y a los mejores cañoneros y militares que navegaban por la zona, pero el mal pago y la corrupción que surgió en esta institución, sobre todo a partir de 1668, convirtieron a la Armada en un peligro relativo para los piratas.

Laurens de Graaf navega en los buques de la Armada que tienen su base en los puertos de Veracruz y Campeche, lo que le dio unos conocimientos de estas dos villas que le serían muy útiles años más tarde.

Desde 1676 nadie volvió a hablar de Laurees. No aparece en las crónicas militares, ni en los diarios de viajes de los comerciantes. Pasarán varios años hasta que volvamos a saber algo de él.

La siguiente noticia documentada sobre el hispano-holandés ya no le sitúa a bordo de un barco de la Armada de Barlovento. Muy por el contrario, según las crónicas fechadas en 1682 y firmadas por el gobernador de Santo Domingo, el francés Jean Duchase, navega por la zona un filibustero llamado De Graaf, al que los españoles llaman Lorencillo, que lleva ya entre cinco y seis años cometiendo abordajes y asaltos entre Cuba y Santo Domingo. Esto quiere decir que Laurens empezó sus correrías con los Hermanos de la Costa en 1676 o 77, fecha en la que, según los rumores de los ambientes marineros y portuarios, el guardacostas que capitanea fue interceptado por un barco de la Cofradía filibustera y tras un breve enfrentamiento optó por unirse a ellos como parte de su tripulación. Nada aparece en las crónicas oficiales que solían ocultar los muchos fracasos y deserciones, para impedir represalias y destituciones, pero el rumor parece tomar tintes reales cuando los tripulantes del guardacostas que no aceptan el cambio de bando, son devueltos a un puerto de la costa cubana y cuentan la aventura.

En 1679 consiguió hacerse con un barco español al que llamó “El Tigre”. Con este barco navega cerca de Jamaica, desde donde el gobernador de entonces, Henry Morgan, envió un barco para atacarle y detenerle. Lorencillo le burló sin dificultad, lo que provocó una carta de Morgan a Londres hablando de este peligroso pirata.

En 1682 asaltó un galeón español y consiguió 120000 piezas de a ocho que repartió entre su tripulación a razón de 700 para cada uno; el diez por cierto del botín lo reservó para el gobernador francés de Santo Domingo, Pouançay. Desde entonces, consigue libertad de navegación por la zona y apoyo e todas las islas y territorios franceses. Digamos que es un corsario que decide él mismo cuánto y cómo le da su parte al gobernador.

Un año más tarde se produjo uno de los más importantes asaltos de la Cofradía, junto con el de Panamá, realizado por Morgan. Es el asalto a Veracruz.

El 17 de mayo de 1683, trece naves y más de 2000 filibusteros están preparados para asaltar Veracruz, el principal puerto de Nueva España, lugar en el que recalaba la flota encargada de llevarse la plata hasta la península.

La ciudad de Veracruz ya había sido saqueada por el corsario Drake y por el también inglés John Hawkins a finales del siglo XVI, pero desde entonces nadie se había atrevido a tomarla, por el rumor que corría de ser una plaza perfectamente fortificada y protegida. Lorencillo había vivido en Veracruz, cuando era capitán de la Flota de Barlovento, y conocía la realidad: de nuevo, como en Campeche, la relajación de la tropa y la corrupción de sus jefes habían descuidado las defensas de la villa.

En mayo de 1683, la ciudad estaba gobernada por Don Luis Bartolomé de Córdoba y Zúñiga, y la fortaleza de San Juan de Ulúa estaba mandada por Don Francisco Solte y Mendoza. Entre los dos no juntaban más de 300 soldados.

En este punto me gustaría, aprovechando que hay documentación al respecto, hacer un pequeño apunte sobre la composición del bando filibustero. Juárez Moreno en sus libros sobre los asaltos a Campeche y Veracruz publicados en 1972 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), da una serie de datos que nos permiten conocer qué tipo de personas componían la Cofradía de los Hermanos de la Costa. Veamos una breve muestra de la relación de los responsables del grupo durante ese asalto. Esta lista fue elaborada por los españoles y es un censo aproximado de los que asaltaron Veracruz.

Pedro Bot, bretón, desertor de la tripulación de un navío real. Éste era ya por entonces un renombrado pirata, fiel compañero de Lorencillo casi desde el principio de sus correrías.

Juan Tomás, potugués, marino de toda la vida hasta que decide unirse a la Cofradía.

Jaques Porro, anteriormente esclavo.

Esteban Barrie, natural de La Roche, esclavo libertado del gobernador de Santo Domingo.

Lorenzo Rojo, mulato, natural de Cartagena y esclavo también del mismo gobernador.

Pedro Naranjo, francés y, según el autor, conocido por su sadismo contra el clero.

Elías Vies, francés y esclavo durante seis años del tonelero Juan Francisco.

Juan de Bubia, antiguo esclavo.

Nicolás de Tremivida, normando a quien los ingleses saquearon sus tierras.

Manuel de Celaya, madrileño, paje y luego vendedor ambulante en Cartagena.

Juan Carballo, de Madeira, capturado como esclavo en la isla de San Miguel y vendido a Juan Gelín en Pitiguao, de donde se fuga para hacerse filibustero.

Francisco de León, sevillano y marino.

Jacinto de Triana, criado del español Martín Sarmiento, del que logra escapar...

Y así hasta más de mil individuos, entre los que hay un gran número de españoles, en contra de lo que siempre se ha dicho. La mayoría de estos españoles, según el historiador Manuel Lucena Salmoral, eran antiguos servidores o criados de los españoles, y al parecer “fueron los que más hicieron sufrir y los que más se ensañaron con sus antiguos amos”. Estos españoles, cuando eran atrapados por los soldados de la corona, eran ajusticiados los primeros por considerarlos traidores. El trato que recibían los primeros por considerarlos traidores. El trato que recibían era equivalente al de los herejes. A esta lista, por supuesto, hay que añadir los nombres de los grandes capitanes de la expedición: Grammont, Van Horn y Lorencillo, así como Michel Andrieszoon, Brea, Le Sage, Yunque y otros.

Volvamos de nuevo al asalto. Los filibusteros de Lorencillo, después de permanecer concentrados en la isla de la Guanaja, reuniendo fuerzas, se acercaron al puerto con las dos fragatas que acababan de robar a los españoles en la Bahía de Honduras, comandadas por Pedro Bot y “el Yunque”, y aunque ambas iban con bandera española, no dejan de levantar sospechas entre algunos marinos que trabajaban en el puerto, por la forma en que se movían. Éstos informan al gobernador, que les contestó que no hay que preocuparse, pues sin duda se trata de una avanzadilla de los barcos de la flota de “a Nueva España” que estaban a punto de llegar para recoger la plata. Esa misma noche, mil filibusteros, la mitad de las fuerzas de Lorencillo, ponen pie en tierra en la antigua ciudad de Veracruz, a dos leguas de la nueva, y que se encontraba abandonada. El cuerpo de élite que encabezaba la marcha de los filibusteros era conocido por el nombre de “Les enfants perdus” y fue conducido hasta las puertas de la ciudad por algunos esclavos negros a los que prometen la libertad.

Cuentan las crónicas españolas que los alrededores de la ciudad estaban patrullados por una ronda de caballería compuesta por tres individuos, con la misión de dar aviso disparando sus pistolas, si veían algo raro. Uno de los tres vigilantes es el cabo Félix Daza. Cuando la patrulla ve a la tropa filibustera acercarse a Veracruz, se dirige al último del destacamento para preguntar quiénes eran. El filibustero le pide que se rinda y el cabo Daza le responde clavándole en el pecho su lanza y matándolo. A continuación, huye al galope, presa del pánico, en dirección contraria a la ciudad, desobedeciendo la orden recibida de dar aviso con un disparo. Se cuenta que traumatizado por el fallo

cometido, se suicida dos días más tarde al enfrentarse él solo con un escuadrón de filibusteros.

Una hora antes del amanecer, los filibusteros estaban frente a las puertas de Veracruz.

En el breve espacio de tiempo que va desde que vieron los barcos en la bahía hasta que los piratas llegaron a las puertas de la ciudad, los españoles ya han cometido dos errores fatales: uno, por parte del gobernador, y otro, por el patrullero Daza.

El ataque, por lo tanto, se realizó por sorpresa. Lorencillo llevaba el mando de las tropas y junto a él marchaba Carlos Roinel, un alférez de navío natural de la isla de San Cristóbal.

En la plaza de Armas está la Tercera Compañía, que tiene adjudicado el servicio de guardia durante esa semana. Curiosamente su capitán, Don Diego Pamplona, está ausente.

La Segunda y la Primera Compañía que están mandadas por Miguel Román de Nogales y Jorge de Alcaraz intentaron ayudar a la Tercera Compañía. Les acompañaba el gobernador y el Sargento Mayor D. Mateo Alonso de Huidobro, que decidieron, ¡a buenas horas!, sacar la pólvora y repartirla. Se produce un enfrentamiento desigual y cae herido de muerte Alonso de Huidobro junto con parte de la compañía. El resto se retira para intentar hacerse fuertes en Las Casas Reales.

Allí, prácticamente sin pólvora, pues la que tienen en el almacén está en mal estado, tuvieron que enfrentarse con lanzas y espadas a los mosquetones de los filibusteros, muere Jorge de Alcaraz y queda descabezado el mando de las tropas españolas. La lucha por la ciudad de Veracruz ha terminado. Apenas han bastado unas horas para que uno de los puertos más importantes de la Nueva España caiga en manos de los filibusteros.

Lo que vino a continuación es fácil de imaginar: saqueos continuos en busca de oro, plata o cualquier objeto de valor... y algo tan usual entre los piratas como hacer cautivos y pedir el correspondiente rescate. En este caso, fueron encerrados en la iglesia parroquial de la villa, el Convento de la Merced, un elevado número de feligreses. Según los cronistas españoles de la época fueron más de seis mil, pero esta cifra es rebatida por Roberto Williams García, actual cronista de Veracruz, que califica de imposible esa cifra "...a no ser que las paredes de la iglesia fueran elásticas..."

El rescate no fue pagado, lo que no impide que el botín alcanzado por los filibusteros de Lorencillo sea uno de los más importantes conseguidos por los Hermanos de la Costa en toda su existencia. Según Esquemelin, se puede cifrar en seis millones de escudos españoles, entre todo lo que encontraron de

valor en las casas señoriales, las mercancías que iban a ser vendidas en el mercado que debía celebrarse unos días después del ataque, y el dinero en plata que iba a ser embarcado por la Flota de la Nueva España. También se llevaron un número alto de esclavos destinado al mercado.

A pesar de que no hay resistencia en la ciudad, desde el castillo de San Juan de Ulúa, situado en Isla Gallega, se dispara con cañones contra los filibusteros. También se producen disparos desde una goleta que está en el puerto, mientras avisan mediante un bajel al Virrey de Nueva España, Don Tomás Antonio de la Cerda para que mande refuerzos.

De la ciudad de Méjico partió un ejército de 2000 hombres. Los primeros en llegar fueron los de caballería, que logran sorprender en las afueras de la ciudad a algunos filibusteros, a los que dan muerte.

Alarmados por lo que se les podía venir encima, los hombres de Lorencillo, tras cinco días en Veracruz, deciden abandonarla y regresan a sus barcos. Poco antes de embarcar consiguieron, con el apoyo de un cura que desde el púlpito se dirigió a los prisioneros que estaban en la iglesia de la Merced, que éstos entregaran a los filibusteros las joyas que tenían guardadas, alcanzando su conjunto un total de 30000 pesos.

Cuando ya estaban prácticamente todos embarcados con el botín, entró en la ciudad la caballería seguida del resto del ejército. El número final de muertos en el asedio es variable según quien lo cuente y va desde los 300 muertos según unos cronistas, a los 15 o 20 según otros. Lo que sí es cierto, y en eso sí coinciden todos, es que se llevaron un gran número de prisioneros con la intención de cobrar rescate. Entre ellos parece ser que había algunos curas, frailes y monjas, pues éstos tenían más valor a la hora de ser canjeados por dinero, por lo que era bastante común entre los filibusteros buscar ese tipo de “piezas” para el canje.

Con los rehenes deciden establecerse en la Isla de Los Sacrificios. Desde allí mandan un mensaje a los españoles para que se produzca el canje de presos. La respuesta tarda en llegar y al parecer Van Horn decide matar a tres de ellos para presionar a las tropas de Don Tomás Antonio de la Cerda- Lorencillo se indigna con Van Horn, discuten y, en duelo, le hiere en un brazo.

Según la segunda versión, el enfrentamiento se produjo porque Van Horn había tomado un número excesivo de mulatos y negros como esclavos “se habla de entre mil y mil doscientos, pues en Veracruz los españoles tenían cerca de mil cuatrocientos esclavos negros según los cronistas) y Lorencillo pensó que no iban a poder alimentar a tal cantidad de gente durante el viaje, lo que podía ser una gran fuente de problemas en la huida de Veracruz. Esta discusión llevó a los dos filibusteros a las armas.

Hay una tercera versión que habla de un cofre con collares y joyas que el holandés oculta a Lorencillo. Lo cierto es que desde un principio el choque entre los dos piratas es evidente. Son caracteres totalmente opuestos y tarde o temprano tenía que ocurrir el enfrentamiento.

El 28 de mayo, los filibusteros perciben la cercanía de las dos naves de la Flota de Nueva España que tenían que recoger el dinero que los hombres de Lorencillo habían ya saqueado. Al ver a los piratas, no se atreven a entrar en el puerto. Algunos capitanes discuten sobre si deben atacar a estos barcos, imponiéndose la postura de Lorencillo, que defiende que dos barcos que vienen a cargar no tienen nada de valor excepto el mismo barco, y en esos momentos no necesitan de más barcos, por lo que los dejan marchar.

Dos días más tarde, el 30 de mayo, el gobernador de Veracruz paga el rescate pedido por los rehenes, al parecer unos 200000 pesos, y Lorencillo y los suyos abandonan el puerto Isla Sacrificios dirigiéndose a los cayos de la península de Yucatán.

Durante el trayecto, la herida que le infringió Lorencillo a Van Horn en duelo se infecta por la falta de higiene en el barco, que iba cargado de esclavos, y en tan solo veinte días acaba con la vida del holandés.

Otras fuentes cuentan que Van Horn murió a consecuencia de estas heridas el 24 de junio en la isla de Las Mujeres. En cualquier caso, muriese antes o después, el enfrentamiento armado entre los dos filibusteros había sembrado ya la división entre las tripulaciones.

Los hombres de Van Horn se enfurecen con Lorencillo y al parecer la noticia pone en tensión a los hombres de Grammont. Cuando parece que puede estallar un enfrentamiento entre todos los filibusteros, vuelven a cruzarse con la Flota de la Nueva España, mandada por el general Diego de Zaldívar y el almirante Diego de Orozco.

Cuando los barcos españoles se acercaban a los piratas y la batalla parecía inevitable, una calma súbita inmovilizó a los dos contendientes. Al amanecer, el viento volvió a ayudar a los filibusteros y los barcos de la Flota Real deciden no ir en su persecución, poniendo rumbo a Veracruz. Esta retirada ocurrió justo cuando el galeón que manda Dos Agustín Prado y que llevaba por nombre “Nuestra Señora de las Ánimas” estaba cerca del primer barco de los piratas que de tan cargado que iba, no tenía apenas movilidad. Los piratas, asustados, empezaron a abandonar en pequeñas barcas la nave, dejando allí el botín y buscando refugio en tierra. A pesar de esto, el general Diego Zaldívar insiste a Prado que debe obedecer sus órdenes y atracar en Veracruz. De esta manera, pudieron salvarse los tripulantes de ese barco que,

asombrados, subieron de nuevo a bordo sin entender nada aunque, por si acaso, izan velas para salir rápidamente de allí.

Lorencillo mandó atracar en Coatzacoalcos para repostar y poner un poco de orden en la situación. Cuando los españoles se enteran de que sigue en la zona, y a pesar de que el general Zaldívar insiste en que no hay que salir tras ellos, seis buques le desobedecieron y zarparon en su busca.

Los filibusteros se dispersaron en direcciones opuestas, despistando a sus perseguidores. Unos se dirigieron hacia Nueva Inglaterra, otros en dirección a Florida, y el resto decidió ir a la Isla de las Mujeres.

La muerte de Van Horn separa a Grammont de Lorencillo, marchando cada uno en dirección distinta. Mientras el primero busca refugio en La Gonaiva, el holandés decide ir a Jamaica, en concreto al puerto de Port Royal, donde el gobernador Sir Thomas Lynch, sucesor y enemigo de Morgan, le acoge sin problemas al saber del gran botín que llevaban a bordo, y las intenciones de gastárselo en juegos, putas y diversión, a pesar de que en esas fechas los ingleses de Jamaica perseguían hasta las últimas consecuencias a los filibusteros, siguiendo órdenes de la corona. (Debo aclarar que esa persecución era durante el mandato de Lynch, más de fachada que real, pues el negocio que se hacía con los botines que los grandes piratas seguían dejando en la isla, era mucho más importante que la orden oficial, que respondía más a un lavado de cara diplomático que a una realidad.)

Pero dejemos que sea Esquemelin, el cronista filibustero que vivió todo aquello, el que nos lo cuente: “...llegado que hubieron a Jamaica, estaban en estado de extrema delgadez, desfigurados, con las caras pálidas y sus ropas convertidas en verdaderos harapos, pero se pararon menos en mirar el desorden de su exterior que las riquezas de que eran portadores. Causó extraordinario asombro contemplar a unos cargados con grandes sacos de dinero y a otros que portaban sobre las espaldas, las cabezas y los brazos cuanto un hombre puede llevar. Cada uno de los habitantes de Jamaica se regocijó con la llegada de aquellos aventureros y se las ingenió, según su talento y su profesión, para aprovecharse de aquel enorme botín, especialmente los comerciantes, los taberneros, las mujeres y los jugadores de ventaja...”

El gobernador Lynch estaba feliz con aquellos visitantes tan respetables, que eran considerados comerciantes y no piratas, hombres de negocios y no hombres de armas, y en definitiva gente que sólo podía hacer bien a las arcas de la corona.

“...En poco tiempo se gastan todo lo que han ganado y terminan por regresar a los barcos sin una moneda, agotados y con la única esperanza de poder volver de nuevo a la aventura...”

Cuando se les pregunta qué placer encuentran en esa forma de vida, encontramos la respuesta de nuevo en Esquemelin: “...expuestos como estamos a inconmensurables peligros, nuestro destino es muy distinto al de los demás hombres. Hoy vivos, mañana muertos, ¿qué nos importa reunir y economizar? Nosotros no podemos tener en cuenta más que el día en que vivimos y jamás en el que podamos vivir. Nuestro principal cuidado consiste más bien en pasar la vida que en ocuparnos de aquello que pueda conservárnosla...”

El asalto a Veracruz fue la causa principal de la nueva guerra entre Francia y España que duraría hasta 1684. Francia nombra a Jean de Cussy gobernador de La Tortuga, aunque la noticia no llegó, como veremos más tarde, hasta 1684. Este nombramiento hay que interpretarlo como una clara maniobra de apoyo a los filibusteros.

A finales de ese año, Lorencillo y sus fieles capitanes Michel Andrieszoon, Pedro Bot, Yunque, Le Sage y Brea llegan a Petit Goave. Los franceses no le miran bien, pues le acusan de haber matado a Van Horn, por lo que se marcha en dirección a Santiago de Cuba. Antes de llegar a la ciudad se enfrenta con dos grandes galeones españoles, el “Paz” y el “San Francisco”, barcos de cuarenta cañones cada uno y las joyas doradas de la corona española en la zona. Les vence y se queda con los barcos. Regala “El Tigre” a Pedro Bot y él se queda con el “San Francisco”, al que bautiza como “Neptuno”. El “Neptuno” fue, probablemente, el barco más famoso de toda la piratería del Caribe. De vuelta, ya no se dirige a Santo Domingo, sino a Roatan, una isla que no era francesa.

Después de estos asaltos se produce una situación curiosa. Los ingleses, a través de Lynch, su gobernador en Jamaica, le ofrecen patente de corso si trabaja a sus órdenes. Por otro lado, los franceses, una vez muerto Pouançay, su enemigo, y nombrado Cussy, también le ofrecen patente de corso si se pone bajo su bandera. Tras pensárselo y barajar quién es quién, decide decantarse por los franceses que al menos nunca hasta el momento traicionaron a la Cofradía. Inmediatamente recibe el perdón por la muerte de Van Horn y Grammont vuelve a navegar a su lado.

El siguiente asalto es en Campeche. Toma la ciudad con Grammont, aunque el botín conseguido es bastante pobre.

En ese tiempo se vuelve a casar con una francesa y empieza a trabajar para el rey francés en varios enfrentamientos con los países que estaban en guerra

contra Francia. Ataca barcos holandeses e ingleses y se enfrenta varias veces con una banda de corsarios españoles llamados “Los Vizcaínos”, que se crea especialmente contra él. Siempre consigue escapar de ellos.

Por todo el Caribe se habla de la suerte de Lorencillo, al que se considera como el mejor marino y el más inteligente guerrero, pues apenas se le conocen derrotas.

Esquemelin escribió años más tarde sobre él: “...el capitán Lorenzo, alto sin ser encorvado, de cara hermosa sin parecer afeminado, los cabellos de un rubio dorado sin llegar al rojo, y un bigote a la española que le sienta de maravilla, es el mejor artillero que haya visto jamás. Acierta tan exactamente el lugar donde debe caer la bala del cañón una vez que éste ha sido emplazado, como el blanco de la bala del fusil que se echa a la cara... es extraordinariamente intrépido ante el peligro, pero se impacienta, se arrebata y jura excesivamente. Por otra parte sabe el modo de combatir a los españoles, a quienes conoce a fondo por haber convivido con ellos durante mucho tiempo.”

Esquemelin siente admiración por Lorencillo, algo que no le ocurre con otros antiguos compañeros de la Cofradía como fueron El Olonés o Morgan, a los que critica en sus escritos con dureza. De él dice: “...siempre lleva a bordo violines y trompetistas, con los que gusta divertirse y distraer a los demás, que le escuchan con deleite, distinguiéndose entre los filibusteros por su urbanidad y buen gusto; lo que le ha creado un nombre tan famoso que, en el momento que se sabe que se ha detenido en algún sitio, acude la gente de todas partes para ver con sus propios ojos si está hecho como otro hombre cualquiera...”

Lorencillo se convirtió en el prototipo del pirata de las novelas y poemas del romanticismo.

Después de participar en la expedición contra Jamaica de 1694 y repeler el ataque inglés contra Santo Domingo, regresa a Francia en 1697.

Durante los siguientes años trabajó como piloto de navío, haciendo viajes entre Francia y Santo Domingo. En 1698 se embarcó con Pierre D’Iberville en dirección a la desembocadura del Mississipi. Fundaron las ciudades de Nueva Orleans y Biloxi. De esta última fue nombrado gobernador. Murió allí en 1704 dejando unos bienes de 190000 libras y una azucarera con cinco calentadores y 120 trabajadores.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Hemos Visto a lo largo de estas páginas cómo surge una experiencia o ensayo anarquista en pleno siglo XVII. También han quedado apuntadas las causas históricas que dieron al traste con este proyecto social, pero no querría cerrar este libro sin incidir desde otro punto de vista en las causas de la desaparición de la Cofradía.

En primer lugar, debo volver a hacer hincapié, esta vez de forma más sintética y por lo tanto con más énfasis y sin rodeos, en mi visión sobre la piratería y en la pequeña excepción que supuso la Cofradía de los Hermanos de la Costa.

La piratería ha sido siempre una práctica al servicio del poder establecido: de las monarquías, de los nobles o de los armadores de turno, pero siempre del poder. La literatura, sobre todo durante el auge del romanticismo en Francia e Inglaterra más tarde el cine han dado a esta forma de vida un tinte de aventura y libertad, presentándonos al pirata como un individuo que por su cuenta se enfrenta a un mundo injusto defendiendo la libertad individual frente a la opresión de los poderosos. En gran medida, sin duda, ha contribuido a crear esa imagen la experiencia fallida de los Hermanos de la Costa, pero debo incidir en la afirmación de que aquella sociedad duró en estado puro sólo cincuenta años.

La piratería ha sido en la gran mayoría de los casos el campo de acción de los corsarios y tarde o temprano todos los piratas han sido o han acabado siendo marinos con patente de corso.

En las primeras páginas del libro expliqué lo que es un “corsario”, pero quiero volver a repetir con otras palabras el concepto claro de “corsario” Se trata de un buen marino, generalmente con mínimos conocimientos militares, que trabaja para un rey, un armador o un individuo perteneciente al poder de turno, y que a cambio recibe una comisión. Hace el trabajo sucio, lo que el poder no puede hacer públicamente. El corsario roba para el rey o el empresario sin hacer más preguntas que las justas y acordar a cambio un sueldo que figura escrito en la carta o patente de corso. Es un sicario que asalta, roba y mata si es preciso, según un plan político establecido y bendecido en las mesas de los poderosos.

Desde que se descubre América y las monarquías ven que allí hay oro y riquezas a mansalva, comienza a surgir el concepto moderno de economía, como se puede ver en los escritos que hablan del “interés” de las “acciones en venta” y se crean compañías privadas, en un principio organizadas por la aristocracia y más tarde coparticipadas por armadores y banqueros. Son sociedades mercantiles que empiezan a sentar las bases del naciente capitalismo.

En la Cámara de los Comunes y en la de los Lores ingleses se empieza a hablar de beneficios, se discute sobre la tasa de interés y se esbozan tímidas conjeturas sobre la ley de la oferta y la demanda. En Holanda y los Países Bajos ocurre otro tanto. De hecho, se crean las primeras Sociedades colonizadoras como la Compañía de las Indias o la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, auténticas empresas capitalistas que llenaron de piratas a sueldo el Caribe.

Estos piratas y corsarios traerán el dinero, es decir, el oro que capitalizará a estas sociedades. Durante mucho tiempo, por no decir siempre, detrás de cada pirata hay una patente de corso. Drake, Hawkins o Sir Walter Raleigh son, entre otros, la mano negra de ese nuevo capitalismo. Son los padres del colonialismo y eso, mal que le pese a la literatura romántica, está muy lejos de la imagen libertaria que tenemos de los piratas. Entre los corsarios piratas que se lanzaron a los mares y los españoles que conquistaban tierras no hubo una gran diferencia. Les unía el expolio y la necesidad de conseguir el oro como fuese. La diferencia estaba en que mientras unos entregaban ese oro a través de los corruptos encomenderos al rey del imperio y éste lo gastaba en satisfacer una corte manirrota, pagar deudas a los banqueros y financiar guerras, los ingleses y holandeses lo invertían en sociedades anónimas para doblar beneficios.

Cuando Hawkins reúne en Liverpool a varios potentados y les propone ir a las Antillas llevando negros esclavos y trayendo mercancías robadas, les está proponiendo un negocio claro: ellos ponen barcos y dinero para la tripulación, y él, a cambio de una comisión, les trae lo que ellos necesitan. Para conseguir el dinero que financie la expedición, venden acciones entre los ricos de Inglaterra. El conde Pembroke, el de Leicester y el mismísimo alcalde de Londres, Sir Rhomas Lodge, son los principales compradores. Drake hizo lo mismo y en Francia fue Enrique II el que siguió el ejemplo enviando a Sores y a Leclerc. En Holanda el precursor fue Pietr Heyn.

Y todo esto fue así hasta que surge la Cofradía de los Hermanos de la Costa.

Sobre cómo surge ya lo hemos visto y el por qué también. La Cofradía nace con la idea o de la idea de no servir a ninguna corona, es más, está en contra de cualquier corona, rompiendo una de las normas de comportamiento de la piratería hasta ese momento. Se definen libres y libertarios. Son quizá el reflejo de esos piratas que salen en los textos del romanticismo, incluso se acercan a esa imagen que nos dio el cine (por supuesto, en el cine desaparece el toque sanguinario). La Cofradía pone la libertad y el sentido de la aventura por encima de todo, y precisamente por eso es una sociedad condenada al fracaso: ¿hasta cuándo estarían dispuestas todas las monarquías europeas a permitir un ensayo de esas características? La respuesta es fácil, hasta que les dejase de ser útil.

Pero el fracaso no sólo era por causas externas. La Cofradía era una experiencia sin futuro porque ellos mismos negaban el futuro. ¡Hoy ricos y mañana pobres!, venían a decir, ¿qué más da una pata de palo o un collar de perlas? ¡Lo importante es vivir al día con lo que tienes! ¿Qué mayor negación del futuro que esa proclama? Pero no es sólo ésta u otras proclamas similares; es ante todo la reafirmación cotidiana de ellas. Hasta las últimas consecuencias. Cuando en la Cofradía no dejan entrar a las mujeres, no lo hacen por una postura de desprecio razonado hacia la mujer, van más allá; es la forma de evitar la creación de familias. En la Cofradía están abiertamente contra la familia. La familia trae descendencia, y la descendencia crea ataduras y obliga a mirar al futuro. Ya no está el filibustero solo frente al mundo, en casa le espera una mujer y unos hijos, tiene ya una casa, por pequeña que sea, y probablemente unas posesiones, en definitiva, tiene lazos y ataduras que le impiden ser libre hasta las últimas consecuencias. Tiene futuro. Sólo las prostitutas eran aceptadas. La Cofradía niega el concepto de madre. La única madre posible es la libertad, la mar, la aventura y al final, la muerte.

Los monarcas europeos conocen esta forma de pensar y ven en ella un punto débil por el que atacar la línea de flotación de esa sociedad. Les dejarán actuar porque son tremendamente útiles con sus ataques al imperio español. Cada barco hundido, cada ciudad asaltada es un enemigo menos para Francia, Holanda e Inglaterra; por eso les van a ayudar en todo, pero sin perder de vista que tarde o temprano serán sus enemigos y por lo tanto hay que ir domesticándoles poco a poco, sutilmente. Encuentran un sistema directamente relacionado con el que acabo de contar: envían en distintas remesas a prostitutas europeas a isla Tortuga y a Port Royal. A los franceses les envían francesas, a los ingleses, inglesas... buscando que poco a poco se vayan formando parejas y al final lo consiguen. Con el tiempo el pirata libertario

deja de ser uno para tener alguien que le espera en tierra, que vuelva de la expedición de turno y él, cuando está lejos y en peligro se acuerda de ella, de ellos, y piensa por primera vez en la urgencia de la vuelta.

El pirata de la Cofradía se caracteriza por no tener el menor miedo a la muerte. Vive con ella, se ríe de ella en sus canciones y en sus textos, brinda por ella en sus borracheras, pero algo cambia con la llegada de las familias: por primera vez tiene miedo a perder algo, a alguien, y surge la necesidad de la “seguridad”. Necesita sentirse más seguro, él y los suyos. Es un concepto que van a saber utilizar muy bien las monarquías. Los reyes les ofrecen seguridad, les dan puertos más seguros, les ayudan a fortificar sus posesiones, incluso les proporcionan islas y barcos... pero a cambio les piden una comisión libre, voluntaria, sobre sus capturas. Les acaban de dar la patente de corso, sin apenas ser conscientes de ello. Cuando quieran darse cuenta ya será demasiado tarde. Acabarán siendo corsarios. La experiencia libertaria de la Cofradía morirá con la patente y la bandera francesa o inglesa.

La historia de Morgan es un claro ejemplo de cómo va cambiando un pirata libertario en corsario y, por último, en gobernador y perseguidor de sus hermanos: cuando el ansia por el oro se pone por encima de la vida en libertad sin ataduras, incluida la de las riquezas, toda persona tiene un precio.

Mansvelt, como hemos visto, tenía la idea de crear un estado, un país de la Cofradía en la isla de Providencia. Era un idealista. La libertad estaba antes que el botín. No pudo hacerlo porque murió antes, probablemente envenenado, pero nunca habría podido llevarlo a cabo: un estado, un partido, necesita una constitución, un programa, unos objetivos, en definitiva unos planteamientos de futuro que chocarían con la esencia de la Cofradía. Sin duda, de haber creado ese país, en pocos años habría acabado siendo absorbido por una de las grandes monarquías que litigaban en la zona.

Asociar el término “partido” o “movimiento” al de “pirata es absurdo e ingenuo. Hoy y siempre. Demuestra un gran desconocimiento de la historia de la piratería, pues si estamos hablando del pirata clásico, estamos definiendo a un partido o movimiento al servicio del poder de turno, abierta u ocultamente corsario, como siempre han sido los piratas, y si hablamos del pirata libertario estamos hablando de la negación mismo de cualquier organización con planteamientos de desarrollo y futuro.

Volviendo a la Cofradía, ¿qué experiencias se pueden sacar de su corta vida?

En primer lugar, la de ver cómo la estupidez, la avaricia, el espíritu sanguinario de conquista, la intolerancia religiosa y la irracionalidad de un imperio acaban generando rebeliones espontáneas que llegan a minar y destruir ese poder imperial. La Cofradía hizo más daño a la corona española que los más de cien años anteriores de piratería clásica y los cincuenta posteriores, para acabar finalmente todo como deseaban en un principio aquellos fugitivos de la religión y el hambre que llegaron a aquellas tierras buscando el paraíso.

En segundo lugar podemos ver cómo una sociedad, cuando vive lejos de las leyes antinaturales de las monarquías, lejos del poder clasista e interesado, y lejos del dominio asfixiante de las religiones, es capaz de proponer formas de vida y leyes que rompen y revolucionan la historia. La Cofradía es el primer ensayo anarquista y como tal influyó notablemente en revoluciones futuras como la francesa, la Comuna de París o los movimientos libertarios del siglo XIX. Nos queda también el sentimiento de solidaridad y hermandad que se dio en este breve modelo social, gracias fundamentalmente a la sociedad bucanera, y que sería base de futuros movimientos y hermandades humanistas y socialistas.

Por último, en tercer lugar, nos queda la leyenda. La recreación imaginaria de un tiempo de libertad, de un paraíso en el que la aventura y la vida llena de peligros, pero también de recompensas, alimenta y seguirá alimentando historias, poemas, textos y canciones. Las cosas no son como son, son como se recuerdan, y el recuerdo nos va a seguir abriendo las puertas a la creación, dando alas a la imaginación y por lo tanto a la libertad.

Esto nos queda de la Cofradía de los Hermanos de la Costa.

De la piratería en general nos queda un rastro de sangre, de mercenarios sin escrúpulos, tráfico de esclavos y el poco honroso título de acelerador del capitalismo.

De todo lo escrito en este libro me quedo con el sentido de solidaridad, de libertad y de aventura que unió a los cofrades. A esto le añado su anticlericalismo abierto, su sentido republicano y su negación de cualquier patria o nacionalismo. Nada más ni nada menos. Me uno a ese individuo que se enfrenta a una realidad adversa reivindicando una libertad que nunca conseguirá. Soy consciente de eso, pero el camino es lo único importante.

Como músico agradezco a la Cofradía el respeto y la importancia que dieron a la música y a los músicos a los que pagaban mejor que nadie y respetaban hasta el punto de incluirlos, para protegerlos, en sus leyes en un tiempo en el que en la vieja Europa, por poner un solo ejemplo, se nos negaban por incitar al pecado, ser enterrados en campo santo: no perdimos nada, pero ahí queda la anécdota como reflejo del desprecio social.

Músicos, putas y titiriteros engrosaban las filas de los desheredados y al menos alguien durante unos años nos hizo caso. Afortunadamente, el tiempo ha venido a demostrar que es más interesante y enriquecedor pertenecer al grupo de los marginados pero rebeldes, que al grupo de los aduladores de aristócratas y poderosos. No puedo dejar de citar para terminar este libelo, un poema popular de la época que decía...

*No te quejes, ¡oh Mari! De tu estado
Aunque te llaman puta a boca llena
Que puta ha sido mucha gente buena.
Y miles de putas han reinado.*

¡Salud, libertad, alegría y buena suerte!



Índice

Prólogo a la Edición pirata de 2014.....	2
Prólogo.....	3
Los Orígenes.....	8
Los Bucaneros.....	28
Los Hermanos de la Costa.....	43
Biografías.....	77
Conclusión.....	107